

La venganza de Han Solo

Brian Daley

Titulo original: Han Solo's revenge
Traducción: Dukesoft

—Chewie, hey, ¡lo he conseguido!

El grito de Han Solo sorprendió tanto a Chewbacca que el altísimo wookiee se enderezó de manera involuntaria. Como estaba bajo el estómago del *Halcón Milenario* reparando su casco con un soplete de plasma, se golpeó la cabeza contra la nave con un sonoro gong. Apagando el soplete, dejando morir su campo supercaliente, el wookiee se arrancó la máscara de soldador y la lanzó a su amigo.

Han, conociendo el humor de Chewbacca, patinó para detenerse y se agachó con los reflejos de un piloto estelar experimentado, dejando que la pesada máscara pasase junto a él. Dio un paso atrás cuando Chewbacca salió con paso airado desde debajo del Halcón hacia la brillante luz del sol blanco de Kamar. Hacer las reparaciones improvisadas en el viejo carguero había llevado al wookiee cerca del caos.

Han se quitó la gorra y sonrió abiertamente, levantando su mano libre para prevenir el resentimiento de su copiloto.

—Espera, detente. Tenemos un holocubo nuevo; Sonniod nos lo trajo.

Para demostrarlo, Han sujetó en alto el cubo de material claro.

Chewbacca, olvidando su cólera momentáneamente, hizo una pregunta.

—Es alguna clase de historia musical o algo por el estilo —contestó Han—. Nuestros clientes probablemente no comprenderán éste tampoco, pero eso da igual... ¡vamos a ponerles música, y baile!

Han agitó el cubo y sonrió radiantemente pensando en su buena fortuna. Había conseguido conservar muchos rasgos de su juventud, pero los había combinado con la confianza de la madurez. Había descascarado su chaleco bajo el calor de Kamar, y su camisa manchada por el sudor se pegaba a su pecho y espalda. Llevaba las botas militares y los pantalones de la Armada Imperial con la franja roja de sangre Corelliana sobre sus costuras. En su costado estaba su compañero constante, un bláster hecho a la medida que estaba equipado en la parte trasera con una mira telescópica, y, donde la parte delantera del cañón había sido recortada. Han lo llevaba siempre bajo, atado en su muslo derecho en una pistolera que había sido cortada para exponer el gatillo y el seguro de su arma.

—Chewie, ¡vamos a atraer clientes desde todas partes de los páramos!

Con un gruñido sin ataduras ni compromisos, Chewbacca se fue a recoger el soplete de plasma. El sol de Kamar se ocultaba en el horizonte, y había hecho todo lo que podía hacer por el momento en la vieja nave.

Chewbacca era grande, hasta para un wookiee. Tenía unos ojos azules radiantes y una melena marrón que le cubría todo el cuerpo. Tenía una nariz negra, bulbosa y una rápida sonrisa llena de colmillos; era pacífico con los que le agradaban y completamente feroz hacia quien lo provocara. Hubo pocos de su propia especie para quienes Chewbacca fue tan amigo como para Han Solo, y el wookiee era, a su vez, el único y verdadero amigo de Han en la inmensa galaxia...

Recogiendo su equipo, Chewbacca andaba con paso pesado debajo de la nave.

—Deja eso —le mandó Han—. Sonniod viene a saludar —indicó la nave de Sonniod, un carguero ligero que estaba tomando tierra sobre su tren de aterrizaje bastante lejos, en los aparcamientos.

Como él había estado junto al soplete de plasma, Chewbacca no había escuchado siquiera el aterrizaje.

Sonniod, un hombre pequeño, conciso y de pelo gris, con un caminar seguro, una bolsa roja colgando en un costado y una inclinación aerodinámica en su deformable sombrero, se estaba acercando despacio por detrás de Han. Estudió el lugar de descanso temporal del *Halcón* con un ojo divertido. Siendo un ex contrabandista y uno de los más rápidos en pasar contrabando en su nave le parecía raro el trabajo de lijar colinas secas, quitar plantas y maleza, en aquel sitio en medio de los páramos de Kamar.

El sol blanco y caluroso de Kamar estaba ocultándose rápidamente, Sonniod sabía que los animales carroñeros de la noche dejarían sus madrigueras y sus guaridas. La idea de digworms, bloodsniffers, nightswifts, y grupos de cazadores de howlrunners lo hizo temblar un poco; Sonniod odiaba las cosas espeluznantes. Hizo gestos con la mano y llamó con un saludo a Chewbacca, quien siempre le había gustado. El wookiee devolvió el saludo como quien no quiere la cosa, prosperando muchísimo en su idea de una bienvenida amigable en su lengua y subió por la rampa para guardar su equipo de soldador y, de paso realizar unas pruebas en su trabajo de reparación.

El *Halcón Milenario* descansaba sobre el triángulo que formaba su tren de aterrizaje, cerca de un anfiteatro natural al aire libre. Las laderas circundantes mostraban las huellas de pies y colas arrastradas dejadas en ocasiones anteriores por los badlanders. Abajo en la mitad de la depresión, el suelo seco y terco de Kamar había sido despejado. Allí descansaba una audiencia masiva junto a un holoproector, un modelo comercial típico que se parecía en tamaño y forma a la consola de control de una pequeña nave espacial.

—Me enteré de que querías un nuevo holocubo, cualquier holocubo en realidad —dijo Sonniod, siguiéndole hacia el holoproector—. *El amor es esperar* es todo lo que pude encontrar con tan poco tiempo.

—Servirá perfectamente —le reconfortó Han, acomodando el holocubo dentro de su nicho en el proyector—. Estos simplones observarán cualquier cosa. He estado poniéndoles el único holocubo del que disponía, un documental de viajes, desde hace once noches. Todavía siguen viniendo a mirarlo estúpidamente.

El sol estaba apunto de ponerse y el crepúsculo llegaría rápidamente ya que aquella parte de los Páramos, estaba próxima al ecuador de Kamar. Quitándose la visera de su frente, Han se inclinó sobre el holoproector.

—Todo coincide; tenemos una nueva función para esta noche. Venga vamos de regreso al *Halcón* y te dejaré ayudarme en la admisión.

Sonniod miró con el ceño fruncido por el hecho de tener que dar la vuelta y volver a subir el anfiteatro otra vez.

—Escuché el rumor de que estabas aquí, pero no podía entender cómo, en nombre de la Luz Original, tú y el wookiee terminasteis aquí proyectando holocubos a los badlanders de Kamar. También oí, que os chamuscó un poco la Autoridad sobre Rampa.

Han se detuvo y miró con el ceño fruncido a Sonniod.

—¿Quién lo dice?

El hombre pequeño se encogió de hombros minuciosamente.

—Una nave ve como un carguero modificado pierde una estela de vapor en la reentrada al planeta, y la vigilancia espacial de Rampa piensa que esa nave

es un contrabandista de agua. Disparan al carguero y ven cómo echa su carga, tal vez cinco mil litros, y huye entre el tráfico de entrada al planeta. Debido a los miles de naves que había esperando para aterrizar y despegar, nunca obtuvieron una identificación positiva. De ese modo escapaste de Rampa.

Los ojos de Han se estrecharon.

—Demasiados chismes te van a meter en problemas. ¿Nunca te lo dijo tu madre, Sonniod?

Sonniod mostró una gran sonrisa.

—No, lo que sí me dijo fue que nunca hablara con desconocidos. Y no le hice caso, Solo. Pero pensaba que tendrías más cordura. ¿No revisaste la nave en busca de fugas?

Han se relajó e intercambió sus pies.

—La próxima vez instalaré los malditos tanques yo mismo. Ese cargamento era agua mineral pura de Walla, dulce y natural y cara como el infierno y por la que hubiese conseguido una fortuna en Rampa, donde todo lo que tienen es esa sopa química reciclada. Lástima. Alguien que logre burlar la vigilancia de Rampa con una carga de agua dulce estos días se haría un hombre rico.

Lo que Han no mencionó, aunque asumió que Sonniod lo había adivinado, fue que él y Chewbacca habían perdido todo el dinero que habían ahorrado en esos dos minutos y medio de diversión y excitación burlando la vigilancia de Rampa.

—Al final, aterricé con nada excepto la carga que llevaba de tapadera. ¡Y alguien también metió la pata en eso! En lugar de doce de los modelos de Holoproyectores Lockfiller, conseguí solo once de ellos y este viejo Brosso Mark II. El comprador sólo aceptaba los once Lockfillers y al final no quería pagar, porque pensaba que el duodécimo había sido vendido fuera del lote. El proveedor saldó las cuentas pendientes inmediatamente después de que despegase, y sabes cuánto odio a la policía y los tribunales, así es que me marché con este holoprojector.

—Pues bien, ya veo no le dejaste cerrar el negocio, Solo —concedió Sonniod.

—La inspiración es mi especialidad —estuvo de acuerdo Han—. Supe que era hora de salir del Sector Corporativo por algún tiempo, y pensé que los vecinos de aquí fuera en los Páramos estarían locos por holos. Estaba en lo cierto; espera para que veas. Oh, y gracias por conseguir el holocubo.

—Yo no —contestó Sonniod cuando reanudaron la marcha—. Conozco a alguien que los alquila, y *El amor es esperar* se trata de lo más viejo que tenía. En mi viaje de regreso le comentaré que te lo has quedado y cogeré un poco de efectivo para pagarlo. ¿Te parece bien?

El trato le sonó bien a Han.

Regresaron al *Halcón*, dónde una colección variada de bienes de comercio locales habían sido apilados al pie de la rampa principal de la nave estelar. Cuando Han y Sonniod llegaron, un droide apareció con fuertes pasos rampa abajo cargando una caja de cartón que contenía más mercancías kamarianas de diversos tipos.

El droide era algo más bajo que Han, pero bastante más cuadrado, y se movía con la leve rigidez que indicaba a un matón. Había sido diseñado a imagen del hombre, con fotorreceptores rojos para sus ojos y un pequeño

enrejado como vocalizador se sedimentaba en su cara metálica, donde habría estado su boca. Su cuerpo de duracero estaba pintado de un verde oscuro, destellante.

—¿Cómo es que puedes permitirte un droide nuevo? —preguntó Sonniód cuando la máquina en cuestión dejó su carga.

—Yo no —contestó Han—. Ellos dijeron que querían ver la galaxia, pero algunas veces pienso que los dos no son sino un manojo de circuitos locos.

Sonniód se quedó perplejo.

—¿Los dos?

—Mira —el droide había completado la tarea que Han le había ordenado—. Oye, Bollux, abre las placas de tu pecho.

—Por supuesto, capitán Solo —respondió Bollux con una voz lenta e informal, y estiró sus brazos largos servicialmente hacia los lados. Su pecho se abrió al centro con un siseo de aire presurizado y las dos mitades se mecieron hacia afuera. Acurrucado entre los otros elementos en su pecho estaba el módulo pequeño de una computadora, vagamente cúbico, una entidad independiente de la máquina, pintada de un azul oscuro. Un fotorreceptor montado en una torrecilla en la parte superior del módulo estaba encendido, pivotando, y se detuvo finalmente en Han.

—Hola, capitán —una voz infantil se reprodujo por el enrejado diminuto del vocalizador.

—Por todos los... —exclamó Sonniód, inclinándose aún más para tener una mejor vista cuando el fotorreceptor de la computadora le inspeccionó de arriba abajo.

—Este es Max Azul —dijo Han—. Lo llamé «Max» porque parece una lata de sardinas con esas pequeñas cejas, aunque es una computadora de investigación y «azul» por razones obvias. Algunos técnicos fuera de la ley pusieron a los dos de este modo. Pensaron que era mejor para entrar en el enredado y descabellado mundo del crimen, conflictos, y engaños después de su aventura en la instalación secreta de la Autoridad conocida como *el Confín de las estrellas*.

El cuerpo original de Bollux había sido destruido allí, pero los técnicos lo habían provisto de uno nuevo. El droide había optado por un modelo muy parecido a su viejo cuerpo, insistiendo en esa durabilidad y versatilidad, y la aptitud para hacer el trabajo que siempre había sido su modo de supervivencia. Aún conservaba su lento patrón al hablar, ya que se dio cuenta de que le daba más tiempo para pensar y así es como lo hacían los humanos.

—Cuando fueron liberados pidieron enrolarse conmigo —le dijo Han a Sonniód—. Intercambian trabajo por su pasaje.

—Esos son los últimos artículos de comercio que hemos acumulado, señor —informó Bollux a Han.

—Bien. Cierra tu pecho y recoge todos los artículos sueltos para poder movernos.

Las mitades del peto se cerraron sobre Max Azul, y Bollux obedientemente regresó rampa arriba.

—Pero, Solo, pensaba que habías dicho que odiabas todo tipo de maquinaria autónoma capaz de hablar —le recordó Sonniód.

—Un poco de ayuda es bienvenida algunas veces —contestó Han defensivamente. Han evitó más comentarios, diciendo—. Ah, la función está a punto de comenzar.

Fuera, las figuras se apresuraban hacia la nave, deteniéndose a una distancia prudencial. Los badlanders de Kamar eran más pequeños y más ágiles que otros kamarianos, y su exoesqueleto de quitina segmentada era más delgado y de un color más claro, correspondiendo a los matices de su área social. La mayor parte de ellos descansaban en la posición característica de su especie, sobre sus extremidades posteriores y sus gruesas colas, segmentadas, y prensiles.

Lisstik, uno de los pocos badlanders que Han podía distinguir de los demás, se acercó a la rampa del *Halcón*. Lisstik había estado entre los pocos que vinieron a observar los holos en la primera noche que Han los había reproducido, y había aparecido cada tarde desde ese día. A Han le pareció que era un líder entre su pueblo. Ahora Lisstik estaba sentado sobre su cola, dejando sus extremidades superiores con forma de pinzas libres para gesticular y entrecruzar como les gustaba hacer a los kamarianos. Los ojos labrados en facetas insectiles del badlander no indicaban emociones que Han fuese capaz de interpretar.

Lisstik traía puesto un ornamento inusual, un integrador de control quemado que Chewbacca había arrojado a un lado. El kamariano lo había recogido de entre la basura y lo había traído puesto, atado por una banda tejida en la frente de su destellante cráneo esférico. Lisstik hablaba algunas frases de básico, posiblemente una de las razones por las que era un líder.

Otra vez preguntó a Han lo que se había convertido en algo parecido a una conversación entre ellos. Con su voz llena de chasquidos y clics guturales preguntó:

—¿Veremos *mak-tkkp*, su holo-sss, esta noche? Tenemos nuestro *q'mai*.

—Seguro, ¿por qué no? —contestó Han—. Simplemente deje el *q'mai* en el «lugar habitual» y tome un... —dándose cuenta de que casi dice «asiento», lo cual habría sido un concepto difícil de entender para un kamariano— un lugar en las gradas. La función comenzará cuando todo el mundo esté allí abajo.

Lisstik le hizo la expresión afirmativa común de los kamarianos, un roce conjunto de las juntas centrales de sus extremidades superiores, sonando como el roce de dos pequeños platillos. De su costado desató de una cuerda una pequeña cantidad enroscada de hojas de una planta local y la colocó en una lona alquitranada comercial que Han había extendido en la base de la rampa. Seguidamente Lisstik corrió a pasos cortos hacia las gradas del teatro al aire libre con el modo de andar veloz e inestable de su especie.

Los otros comenzaron a entender, dejando su aportación envuelta en hojas, una pieza de artesanía o una obra de arte. A menudo un badlander le ofrecía algo que constituía las contribuciones de él y varios compañeros. Han no puso objeción; el negocio era bueno y no había razón para crearse un mal nombre por avaro. A Han le gustaba pensar que lo hacía de buena fe. Los badlanders, quienes no estaban acostumbrados a congregarse, tendieron a concentrarse en las gradas, en pequeños grupos, manteniendo tanta distancia entre grupos como les era posible.

Entre los pagos había tubos de extracción de agua, flautas de faringe, artículos de juego minuciosamente esculpidos, joyas raras adecuadas para la

anatomía exótica kamariana, amuletos, un abridor de digworm de piedra cristalina y casi tan afilada como el metal trabajado por una máquina, y un delicado collar religioso. Al principio, Han se había visto forzado a disuadir a sus clientes de traerle gachas de nightswift y howlrunner, asado de stingworm, y otras exquisiteces locales.

Han apretó la hoja que Lisstik había traído; Abrió la palma de la mano y mostró su contenido a Sonniod. Dos pequeñas piedras preciosas, sin tallar y una astilla de algún cristal lechoso se vislumbraban en la palma.

—Nunca te harás un hombre rico a este paso, Solo —opinó Sonniod.

Han se encogió de hombros, volviendo a cerrar la mano sobre las piedras.

—Todo lo que quiero es conseguir un nuevo cargamento, así es que puedo almacenar todo esto y mientras tanto puedo reparar el *Halcón*.

Sonniod estudió la nave que una vez había sido, y todavía se parecía mucho, a un carguero ligero. Que la nave estuviese armada hasta los dientes y que fuese asombrosamente rápida era algo Han había preferido que no se viese externamente. Tal despliegue de fuerza habría sido demasiado llamativo y hubiera despertado la curiosidad de los encargados de la aplicación de la Ley.

—Parece que no esta muy bien —comentó Sonniod—. El viejo *Halcón* parece un trineo de basura aunque vuela como un interceptor.

Correrá aún más, ahora que Chewie ha reparado el casco —admitió Han—, pero los circuitos de control que fueron destruidos en la refriega sobre Rampa son muy difíciles de conseguir en Kamar. Antes de que saliésemos hacia los Páramos tuvimos que colocar algunos componentes nuevos, y lo único que pudimos encontrar en Kamar fueron sistemas Fluidic.

La cara de Sonniod se agrió.

—¿Fluidics? Solo, estimado amigo, preferiría pilotar mi nave con un estabilizador defectuoso. ¿Por qué no has buscado algún sistema de circuitos decente?

Han estaba examinando detenidamente el resto del pago de admisión.

—No hay en ninguna parte del planeta. Todavía viven en el nacionalismo y sus armas —en los lugares avanzados, digo, no aquí en los páramos— son misiles de tipo explosivo y nuclear. En algún momento, alguien desarrolló un virus para estropear los sistemas de circuitos de los misiles, y naturalmente todo el mundo recurrió a los Fluidics, porque los sistemas de circuitos con escudos eran demasiado para ellos. Ahora los Fluidics son el único tipo de sistemas adelantados que tienen aquí. Tuvimos que realizar ajustes en los adaptadores y routers de la interfaz y usar componentes Fluidic gaseosos y líquidos. Los odio.

Han se levantó de nuevo.

—No puedo aguantar pensar en todos esos conductos de flujo y micro válvulas en el *Halcón* y tampoco puedo esperar a romperlos para volver a equipar la nave —Han se mantuvo firme y estudió con mucho gusto una estatuilla esculpida de piedra negra, exquisitamente detallada y no más grande que su pulgar—. Tal y como están yendo las cosas, esto no debería tomarnos demasiado tiempo.

Colocó la estatuilla en el más pequeño de los dos montones de bienes que habían sido apilados alrededor de la rampa de la nave. El mayor constaba de

artículos de comercio de masa relativamente grande y de un escaso valor, incluyendo instrumentos musicales, utensilios de cocina, herramientas para hacer túneles, pinturas de quitina, y los toldos portátiles que los badlanders usaban algunas veces. Mientras, el montón más pequeño contenía todas las piedras finas, muchas obras de arte, y un número aceptable de los más finos utensilios y herramientas lo complementaban. Los bienes acaudalados estaban colocados dentro del *Halcón*, almacenados aquí y allá en las esquinas disponibles de la nave, obtenidos a lo largo de los pasados once días locales.

Mientras Chewbacca había estado completando las reparaciones, Bollux y Han habían transportado todas las cosas fuera de la nave para ordenar y para determinar simplemente lo que habían acumulado.

—Puede que no —Sonniod estuvo de acuerdo—. Los badlanders usualmente no comercian con estas cosas; son muy celosos de su territorio. Me asombra que los tengas agrupándose aquí.

—No hay nadie que no disfrute una buena función —le dijo Han—. Especialmente si es en un anfiteatro como este lugar. O si no, no tendría todos estos trastos viejos —observó el último torrente de kamarianos abrirse paso hacia el anfiteatro y tomar sus puestos de descanso—. Bravísimo, clientes —suspiró cariñosamente.

—¿Pero qué vas a hacer con todas esas cosas? —preguntó Sonniod, callándose cuando Han volvió de nuevo hacia el anfiteatro.

—Estamos planeando una liquidación de stocks —declaró Han—. Los negocios son muy buenos, los descuentos súper para clientes regulares y los artículos compactos ofrecidos están muy bien —Han se frotó la mandíbula—. Aún puedo vender al viejo Lisstik el holoprojector cuando me vaya. Odiaría ver el «Holocine Solo» cerrar definitivamente.

—Sentimental. ¿Así es que supongo que no necesitas trabajar ahora mismo? —indagó Sonniod.

Han miró rápidamente a Sonniod.

—¿Qué clase de trabajo?

Sonniod agitó la cabeza.

—No sé. Los comentarios se escuchan allá en el Sector Corporativo pero parece que va a haber un buen trabajo. Nadie parece saber los detalles y nunca se oyen nombres, pero te doy mi palabra de que si estás disponible, serás aceptado.

—Nunca he trabajado a ciegas —dijo Han.

—Ni yo, y es por esa razón por la que no acepté el trabajo. Pensé que podrías estar lo suficientemente apurado de dinero para estar interesado. Debo decir que me alegra que no sea así, Solo; suena un poco a trampa, pero pensé que te gustaría saberlo.

Comprobando los ajustes del holoprojector, Han inclinó la cabeza.

—Gracias, pero no te preocupes por nosotros; la vida es un banquete. Aun puedo hacer esto un tiempo más, podría alquilar algunos proyectores y podría contratar equipos locales en estos mundos del borde y explotar el negocio. Podría ser un negocio legal y pequeño, y no tendría que disparar contra nadie.

—A propósito —dijo Sonniod—. ¿Qué es ese otro holo que has estado proyectando?

—Oh, eso. Es un documental de un viaje, *Varn, Mundo de Agua*. ¿Sabes?, la vida entre los pescadores de anfibioide y los agricultores del océano en los archipiélagos, la fauna y flora silvestre, las luchas a muerte en los fondos del océano entre algunos lossors realmente grandes y un grupo de cheeb. Cosas así ¿Quieres oír la narrativa, me la sé de memoria?

—No, gracias —contestó Sonniiod, apretando su labio inferior pensativamente—. Me pregunto cómo reaccionarán ante una proyección nueva.

—La adorarán —insistió Han—. Cantando, bailando; golpeando ligeramente sus pequeñas tenazas entre sí.

—Solo, ¿cuál fue la palabra que Lisstik utilizó para el precio de admisión?

—Q'mai —Han estaba terminando los últimos ajustes—. No tenían ninguna palabra para la «admisión», pero finalmente le transmití el mensaje a Lisstik en básico y él dijo la palabra *q'mai*. ¿Por qué?

—Lo he oído antes, aquí en Kamar —Sonniiod se quedó pensativo por un momento. El holocubo apareció en proyección para la gran audiencia, llenando el aire sobre el anfiteatro natural. Los badlanders, quienes habían estado contoneándose amablemente en la brisa caliente de noche y haciendo clics y gorjeando repetidamente entre ellos, se quedaron completamente callados.

—*El amor es esperar* es para todos los públicos —recordó Han.

La proyección comenzó sin créditos o título, que podrían aparecer en cualquier momento. Esto es tan sano, reflexionó Han, los símbolos abstractos decían tanto a los badlanders de Kamar como los medicamentos avanzados a un digworm. Se preguntó lo que pensarían acerca de la música y la coreografía humana, que no habían visto en la proyección de *Varn, Mundo de Agua*.

La crónica era sobre un desolado héroe llegando al andén de un transporte, de camino, con algún recelo, a su trabajo en una compañía de modificación planetaria. Una pulsación repetida comenzó, para informar al espectador que comenzaba la producción.

Algo, sin embargo, pareció inquietar a los badlanders. Tanto los clics como el gorjear repetidamente se produjeron con más insistencia, y no disminuyó cuando el héroe chocó con el ingenuo y su confrontación condujo a una canción.

Antes de que el héroe hubiera terminado la primera parte de su texto de la canción, la discordia entre los kamarianos ahogaba por completo la música. Han escuchó varias veces el nombre de Lisstik. Levantó el volumen un poco, esperando que la multitud se tranquilizara, preguntándose qué los había puesto tan nerviosos.

Una piedra voló desde de la oscuridad y rebotó en el holoprojector con un estrépito. A través de la luz derramada por las figuras danzantes y cantantes podía distinguirse el fiero ondeo de muchas extremidades superiores kamarianas. Los ojos multifacéticos arrojaron la luz hacia la oscuridad en un millón de fragmentos.

Otra roca hizo un ruido metálico contra el holoprojector, haciendo saltar a Sonniiod, y un fémur de howlrunner, restos de la cena de alguien, rozó a Han.

—Eh, Solo —empezó Sonniiod, pero Han no escuchaba. Habiendo divisado a Lisstik, Han gritó hacia la grada donde se encontraba.

—Hey, ¿qué está ocurriendo? ¡Dícales que se calmen! Den al holo una oportunidad, por favor.

Pero era inútil gritar a Lisstik. El kamariano estaba rodeado de una multitud de su propia gente, agitando sus extremidades superiores y sus colas haciendo más ruido del que Han les había escuchado hacer nunca a los badlanders. Uno de ellos le dio un golpe en el circuito integrador quemado pegado al cráneo de Lisstik. En otro lugar de las gradas, alrededor del holoprojector, los empujones, las discusiones y las diferencias de opinión habían hecho erupción en un desacuerdo violento.

—Oh, yo... —dijo Sonniot con un hilo de voz—. Eh Solo, acabo de recordar lo que quiere decir *q'mai*; lo oí en uno de los núcleos de población en el norte. No quiere decir «admisión», quiere decir «la ofrenda». Rápido, ¿dónde está el otro holocubo, el del documental de viajes?

Para entonces una multitud de hostiles badlanders se acercaban lentamente hacia donde se encontraba el holoprojector.

La mano de Han descendió hacia su bláster.

—Está a bordo del *Halcón*, ¿por qué? ¿De qué estas hablando?

—¿Nunca te has parado a analizar las cosas? Les has estado mostrando holos de un mundo con más agua de la que jamás habrían soñado que pudiera existir, con culturas y formas de vida que nunca habían visto. No has creado un holocine, eres un idiota; ¡has iniciado una religión!

Han tragó saliva, sujetó el bláster vacilantemente cuando los badlanders se acercaron.

—Pues bien, ¿cómo podía saberlo? ¡Soy un piloto, no un oficial de relaciones públicas!

Han agarró una manga de la camisa de Sonniot y, tirando amablemente, le llevó lentamente de regreso hacia el *Halcón*. Han escuchó el rugido alarmado de Chewbacca en lo alto de la rampa.

Sobre sus cabezas, el héroe, el ingenuo y todos los demás en el andén del transporte estaban comprometidos en una rutina meticulosamente hecha de coreografía y baile desarrollada alrededor de las taquillas y los tornos.

Los badlanders en el lado del círculo alrededor de los dos humanos comenzaron a ceder terreno ante Han, quien tiró de un Sonniot muy asustado detrás de él.

Un grupo de los kamarianos más atrevidos despachó rápidamente el holoprojector golpeándolo con varas, piedras, y con sus tenazas desnudas. Por encima de sus cabezas, el número bailable comenzó a distorsionarse. Una cantidad abrumadora de fanáticos indignados se habían apartado del holoprojector y estaban avanzando en un grupo vengativo hacia donde se encontraba Han.

Intuyendo correctamente que ni siquiera reembolsando el *q'mai* tendría alguna oportunidad de aplacar a sus ex feligreses, Han disparó contra la tierra ante ellos. El terreno arenoso explotó arrojando escombros rocosos y cenizas muy calientes. El material inflamable del terreno ardió. Han disparó dos veces más, hacia la derecha y hacia la izquierda, abriendo agujeros en el suelo con estallidos espectaculares. Los badlanders se replegaron por el momento, sus ojos enormes atraparon el carmesí de los rayos láser del bláster, agachando sus cabezas pequeñas y escudándose de los restos incandescentes. Han no

tuvo que dispararle a los malhumorados kamarianos que se encontraban entre ellos y su nave; continuaban cediendo terreno.

—Quédate ahí —gritó hacia la oscuridad donde estaba Chewbacca—. ¡Y enciende los motores!

El populacho estaba haciendo un trabajo bastante bueno desmantelando el holoproector. Su sintetizador aún en buen estado hacía ahora simplemente ruidos aleatorios, aunque a un volumen muy alto.

El amor es esperar había degenerado en un flujo muerto de remolinos multicolores en el aire.

Cuando Han miró hacia atrás, caminando tranquilamente, Lisstik entró corriendo desde la oscuridad, arrancó el integrador de su frente y lo tiró al suelo, pisoteándolo y moliéndolo en el polvo, al igual que destruyó el holoproector con sus tenazas.

—Parece ser que su sumo sacerdote ha dejado de creer en la iglesia —observó Sonniód.

Lisstik recogió del suelo un trozo del tablero de mandos del holoproector y lo arrojó en la dirección de Han con una serie vindicativa de chasquidos.

Sintiéndose más molesto que culpable, Han perdió el dominio sobre sí mismo

—¿Quieres ver una función? ¡Ahora te voy a dar una función, podrido y pequeño ingrato!

Han disparó al holoproector. El rayo rojo del bláster produjo una breve explosión brillante como respuesta secundaria, en alguna parte en el interior del proyector.

Repentinamente, el sintetizador en buen estado producía ahora un fuerte ruido penetrante, y las mezclas de los sonidos más horribles que Han había oído nunca. La proyección llenó el cielo sobre el holocine con despliegues violentos de novas, llamaradas solares, molinetes, cohetes, y la luz estroboscópica brillaba intermitentemente. La multitud entera dio un balido desconcertado y salió corriendo en todas las direcciones subiendo las gradas del anfiteatro.

Han y Sonniód consiguieron una ventaja considerable gracias a la confusión, corriendo a toda velocidad hacia el *Halcón Milenario*. A medida que corrían, escuchaban sonidos de chasquidos a ambos lados del camino producidos por badlanders que aun no habían descargado su indignación y que comenzaron a perseguirles. Han dio varios disparos al aire y la tierra detrás de él. Todavía rehusaba a dispararles a sus anteriores clientes a menos que fuese cosa de vida o muerte.

Cuando se acercaron a la rampa de acceso del *Halcón*, Han y Sonniód se alegraron de ver la torreta artillera descender desde la barriga de la nave. Los cañones cuádruples escupieron líneas rojas, y el suelo donde acababan de estar los dos hombres se convirtió en una fuente de chispas, roca derretida, y energía desatada. El calor abrasó la espalda de Han y un trozo de piedra pasó silbando junto a la oreja de Sonniód, demasiado cerca para su gusto, pero le puso freno a la persecución de los badlanders de momento.

Cuando alcanzaron la rampa, Sonniód entró corriendo en la nave mientras Han se agachó para recoger lo que para él era el *q'mai* más valioso.

Una piedra lanzada rebotó en el tren de aterrizaje del *Halcón* y otras rebotaban junto a la rampa mientras Han entraba en ella a gatas.

—¡Solo, ven aquí! —gritó Sonniód.

Dándose la vuelta, Han vio a los badlanders rodeando la nave. Han disparó sobre sus cabezas y ellos se agacharon, pero siguieron avanzando. Subiendo rápidamente la rampa, Han disparó dos veces y cayó al suelo cuando trató de esquivar una nueva roca que algún badlander había lanzado. Han terminó gateando a través de la escotilla.

Cuando la escotilla principal estaba terminando de cerrarse, Chewbacca apareció por el pasillo desde la cabina del piloto con un caos furioso de palabras saliendo de su garganta.

—¿Cómo querías que supiese que los habíamos insultado? —gritó al wookiee—. ¿Qué soy yo, un telépata? ¡Elévanos y dirígete hacia la nave de Sonniód, Ahora! —Chewbacca desapareció de vuelta hacia la cabina del piloto.

Cuando Sonniód le ayudó a levantarse de la cubierta, Han trató de reconfortarle.

—No te preocupes, te llevaremos hasta tu nave antes de que el comité de reivindicaciones llegue. Tendrás tiempo suficiente para despegar.

Sonniód inclinó la cabeza agradecidamente.

—¿Qué haréis ahora el wookiee y tú, Solo? —la nave tembló ligeramente y se balanceó sobre sus repulsores en dirección a la nave estacionada de Sonniód—. Yo no volvería a por mis ganancias si fuese tú.

—Supongo que tendré que ir hacia el Sector Corporativo —Han suspiró—, y ver qué clase de trabajo es ese. Al menos se acabó el calor; no creo que nadie esté buscándome ya a mi nave o a mí.

Sonniód negó con la cabeza.

—Trata de averiguar de qué se trata antes de aceptarlo —le alentó—. Nadie parece saber de qué clase es.

—No me importa; no estoy en posición de ser muy selectivo. Tendré que tomarlo —dijo Han resignado. Oyeron la voz de Chewbacca desde la cabina del piloto—. Tiene razón, no estamos hechos para una vida honesta.

II

El *Halcón Milenario* parecía una nave fantasma, como el *Explorador Permondiri* perdido hace tiempo, algunas veces divisado, o la legendaria *Reina de Ranroon*. Arrastrando haces de crujiente energía, con danzantes líneas de brillantes descargas jugando de un lado a otro sobre ella, podría haber salido volando directamente de una de esas leyendas.

Alrededor del carguero bullía la turbulenta atmósfera de Lur, un planeta muy cerca, según las distancias estelares, del Sector Corporativo. La ionización de su estratosfera interactuaba con las pantallas del *Halcón* creando extraños despliegues de la luz. El ulular de los vientos del planeta podía oírse a través de la carlinga de pilotaje, y la furia de la tormenta había reducido la visibilidad virtualmente hasta cero.

Han y Chewbacca prestaban poca atención al gran alboroto creado por la lluvia, la nieve, y la fuerza del vendaval que se estrellaba contra la carlinga.

Prestaban toda su atención a los instrumentos, cotejando toda la información que podían proveer, como si con su concentración pudieran persuadir a los sensores y señalizadores para mostrarles un estado más claro de la situación en el exterior.

Chewbacca gruñó con irritación, sus asustados ojos azules claros observaban toda la consola mientras su oscura nariz temblaba.

Han se sentía igual de enfadado.

—¿Cómo se supone que debo saber el grosor de la ionización de la atmósfera? Los instrumentos son sensibles a las descargas, y no muestra nada claramente. ¿Qué quieres que haga, tirar por la escotilla una cuerda con un plomo para saber a qué altura estamos? —Han volvió a monitorear estrechamente su parte de la consola.

La contestación del wookiee fue otro gruñido.

Detrás de él; en el asiento del oficial de comunicaciones que generalmente estaba vacío, Bollux habló subiendo la voz.

—Capitán Solo, uno de los indicadores se ha encendido. Parece ser un funcionamiento defectuoso en algunos de los nuevos sistemas de control.

Sin apartarse de su trabajo, Han exhibió una cantidad de maldiciones de su repertorio más selecto, luego se calmó un poco.

—¡Son los miserables Fluidics! ¡Perfecto, sencillamente perfecto! Chewie, te dije que darían problemas, ¿o no? ¿No te lo dije?

El wookiee agitó violentamente una garra enorme y peluda en el aire a modo de despedida, deseando alejarse de sus tareas y rugiendo fuertemente.

—¿Dónde está el problema? —Han chasqueó los dedos hacia atrás sobre su hombro derecho.

Los fotorreceptores de Bollux escudriñaron los señalizadores del panel.

—Localizado junto a la consola de comunicaciones. Son los sistemas de emergencia de la nave, señor. El circuito contra incendios, creo.

—Vete allí y mira a ver qué puedes hacer, Bollux. Eso es lo que nos faltaba, que el engranaje del sistema contra incendios nos cerrase el paso; estaríamos con espuma hasta las barbillas y asfixiados por los gases antes de que llegases a preguntarme el camino de la salida.

Cuando Bollux salió tambaleándose completamente y apenas manteniendo el equilibrio sobre la cubierta del carguero, Han desechó el problema de su mente.

Chewbacca gruñó. Había obtenido una lectura positiva. Han se levanto de su silla y a medio camino vio como otra descarga esférica a la deriva se acercaba al costado del *Halcón*. Los niveles de ionización estaban cayendo. Seguidamente se dejó caer de nuevo en su asiento y redujo la velocidad de la nave considerablemente. Han tuvo terribles visiones del nivel de ionización extendiendose, de algún modo, hacia la superficie de Lur, cegándoles hasta el momento en que hubiesen colisionado.

Por supuesto, el trabajo para el que había sido contratado el *Halcón Milenario* no había mencionado nada sobre la ionización de la estratosfera. Han le había dado su palabra al hombre de que él y su nave estaban disponibles para alquilar y sin hacer preguntas, y el trabajo había salido, como Sonniod le había dicho, de fuentes ocultas, mediante una cinta de audio anónima y una cantidad del dinero por adelantado.

Pero con acreedores acosándolos y sus otros recursos agotados a consecuencia del fracaso con los badlanders de Kamar, Han y su socio no tenían otra alternativa que ignorar el consejo de Sonniod y aceptar el trabajo.

—¿O yo nací estúpido... —se preguntó a sí mismo con repugnancia—, o voy a sentar la cabeza cuando muera?

Pero en ese momento ambos, la tormenta y la ionización de la estratosfera se quedaron atrás. El *Halcón* bajó suavemente a través de una región clara y calmada de la atmósfera de Lur. Muy por debajo, las características de la superficie del planeta podían verse, montañas enormes se proyectaban a través de las nubes que giraban e iban formando un tapiz.

Otra luz brilló intermitentemente en el panel; los sensores de largo alcance del carguero habían captado la señal de un faro de aterrizaje.

Han cambió los sensores hacia el terreno y comenzó a recibir las lecturas.

—Por lo menos escogieron un lugar decente para aterrizar —admitió—. Un lugar grande y plano flanqueado por dos picos bajos. Probablemente un campo glacial.

Colocó el micrófono de sus auriculares en modo intercomunicador.

—Bollux, estamos entrando. Deja lo que estés haciendo y mantente a la espera.

Corrigiendo el ángulo de descenso del *Halcón*, pilotó hacia la zona de aterrizaje a una velocidad muy moderada. El equipo de evaluación de riesgos TFS no demostró obstáculos u otros peligros, pero Han deseaba no correr riesgos con los instrumentos en este planeta estúpido.

Se adaptaron a las nubes cuando la precipitación caía sobre la carlinga, sólo para disminuir cuando chocó con las pantallas defensivas del *Halcón*. Los sensores habían empezado a funcionar normalmente, dando información precisa de la altitud. La visibilidad, aunque aún se encontraban en la tormenta, era suficiente para un aterrizaje cuidadoso. Lur se materializó debajo de ellos como una llanura donde los vientos corrían interminablemente, sin rumbo fijo. Han aterrizó la nave con precaución; no tenía ganas de quedarse sepultado en un abismo de hielo. Pero el tren de aterrizaje de la nave encontró superficie sólida, y los instrumentos demostraron que la suposición de Han había sido correcta; habían aterrizado en un banco de hielo glacial. Hacia estribor, a unos cuarenta metros más o menos se encontraba el faro de aterrizaje. Han se quitó

sus cascos-auriculares, los guantes de vuelo que llevaba puestos, y desabrochó su cinturón de seguridad.

Han se dirigió a su copiloto wookiee.

—Quédate aquí y mantente alerta. Yo bajaré la rampa y veré qué clase de trabajo es.

Desde detrás del asiento del navegante recogió un paquete y salió de la cabina del piloto. En la parte posterior donde se encontraba la rampa de la nave encontró a Bollux. El droide estaba agachado en el hueco de una placa de inspección abierta del mamparo en el nivel de la cubierta. El pecho de Bollux estaba abierto, y Max Azul estaba dentro del hueco haciendo un examen del problema.

—¿Qué tal la inspección? —inquirió Han—. ¿Está arreglado?

Bollux se puso de pie.

—Me temo que no, capitán Solo. Pero Max y yo conseguimos cerrarlo poco antes de que la última medida de seguridad cayese. Cerramos el sistema entero, pero la reparación está más allá de nuestra capacidad.

—Usted no necesita un técnico para esos Fluidics, capitán —Chirrió Max—. Usted necesita a un maldito fontanero —su voz denotaba una afrenta personal a sus capacidades.

—Dímelo a mí. Y cuida tu lenguaje, Max. Sólo porque yo hablo de ese modo no es ninguna razón para que tú también lo hagas. Bien, niños, simplemente dejen las cosas igual que estaban. Este viaje nos debería hacer ganar lo suficiente como para reemplazar toda esa planta de tratamiento y depuración de Fluidics por un buen sistema de circuitos escudados. Bollux, quiero que cierres tu «puesto de frutas»; tenemos cargamento para recoger y no quiero hacerlo con clientes nerviosos. Lo siento, Max, pero produces ese efecto algunas veces.

—No hay problema, capitán —contestó Max Azul mientras las mitades del pecho de Bollux se iban cerrando con un zumbido de servomotores.

Han pensó que mientras no apreciara demasiado a los droides no le molestarían. Bollux y Max no eran muy malos. Decidió, sin embargo, que nunca comprendería cómo las dos pseudo-personalidades, la de un antiguo droide de labores y un módulo de computadora precoz podía hacer tan buenas migas.

Han abrió el paquete que había traído de la cabina, un abrigo térmico voluminoso y empezó a ponérselo encima de su ropa. Antes de acomodar las manos en los guantes adjuntos del abrigo térmico, se quitó el cinturón de su arma, reabrochándolo sobre el abrigo, y luego quitándole el seguro con el propósito de sacarlo y hacer fuego con el guante puesto. Han no pensaba salir fuera desarmado; él siempre era muy cauteloso cuando el *Halcón Milenario* estaba en lugares poco familiares, pero especialmente era así cuando negociaba en los callejones oscuros.

Se puso un casco protector y una máscara facial con audífonos aislados. Tocando un botón en la unidad de control incrustada en la manga del abrigo térmico activó la unidad de calefacción del traje.

—Mantente alerta —le ordenó a Bollux—, por si necesito una mano con el cargamento.

—¿Puedo preguntar qué es lo que vamos a cargar, capitán? —Bollux preguntó por si tenía que apartar las placas de la cubierta donde estaban los compartimientos especiales escondidos bajo los pasillos.

—Adivínalo tú mismo, Bollux; eso es lo más que puedo hacer yo mismo — Han aguijoneó en el control de la escotilla con un dedo enguantado—. Nadie ha mencionado lo que va a ser, y no estaba en posición de preguntarlo. No creo que sea nada demasiado grande, imagino.

La escotilla se abrió y una ráfaga de viento helado invadió el pasillo. Han gritó sobre el ruido de la tormenta.

—No creo que sea un cargamento de bálsamo para el sarpullido causado por el calor, ¿verdad?

Empezó a descender por la rampa, apoyándose debido a la fuerza del vendaval. El frío en sus pulmones era lo suficientemente agudo que le hizo pensar en regresar a la nave a por un respirador, pero determinó que no estaría fuera de la nave el tiempo suficiente como para necesitar uno. Su máscara facial se oscureció en respuesta al resplandor del hielo cuando la nieve siseó contra él. La gravedad en Lur era ligeramente superior a la estándar, pero no lo suficiente como para causar cualquier inconveniencia.

Al pie de la rampa se encontró con que el viento estaba cambiando, levantando el polvo de nieve a través del glaciar blanco y azul. Los remolinos en miniatura se acumulaban contra del tren de aterrizaje del *Halcón*. Vio el faro de aterrizaje, un grupo de luces de parpadeo encima de un soporte, anclado en el hielo glacial mediante un trípode. No se veía a nadie, pero la visibilidad era tan baja que Han no podía ver más allá del faro de aterrizaje.

Caminó hacia el faro para inspeccionarlo y descubrió que no era sino un modelo estándar, diseñado para el uso en lugares donde no existían sofisticados equipos de navegación y rastreadores.

Repentinamente una voz amortiguada detrás de él gritó.

—¿Solo?

Han giró rápidamente, con la mano derecha cayendo automáticamente hacia su bláster. Un hombre salió del remolino de la tormenta. Él también llevaba puesto un abrigo térmico y una máscara facial que había ahogado su voz, pero el abrigo térmico y la máscara facial reflectora eran blancos, haciéndole casi invisible en el glaciar.

Se movió hacia adelante con las manos desnudas y en alto. Han, entrecerrando los ojos, miró detrás de él; vio los contornos difusos de otras figuras moviéndose al borde de su campo visual.

—Yo soy —respondió Han. Sus palabras se amortiguaron algo a causa de la máscara facial—. ¿Eres, uh, Zlarb?

El otro asintió con la cabeza. Zlarb era un hombre alto, y muy fornido, de piel blanca, barba rubia y ojos grises claros con arrugas a sus lados que le daban una apariencia dura, amenazadora. Pero mostró sus dientes en una amplia sonrisa.

—Bien, capitán. Estamos listos para el trabajo. Podemos cargar de inmediato.

Han trató de mirar con atención a través de la cortina de nieve detrás de Zlarb.

—¿Hay suficiente ayuda para subir su cargamento a bordo? Traje un

elevador repulsor manual para el caso de que fuera necesario tirar de la carga. ¿Quiere que vaya a recogerlo?

Zlarb lo miró de una forma que Han realmente no supo como interpretar, luego sonrió otra vez.

—No. Creo que podemos subir a bordo la carga sin problemas.

Algo acerca del comportamiento del hombre, la sombra de un chiste privado o algo en el tono irónico de su respuesta, hizo sospechar a Han. Había aprendido a escuchar sus alarmas interiores hacía mucho. Volvió la mirada hacia atrás, donde se encontraba el contorno poco definido del *Halcón* y esperó que Chewbacca fuese espabilado y que el wookiee tuviera las baterías principales de la nave preparadas y apuntando. Rara vez tuvo problemas con sus contactos. Normalmente en otros trabajos, tras la entrega y el pago, no ocurrían problemas. Pero esta vez podría ser una excepción.

Han se echó un paso para atrás, observando de reojo la reunión de Zlarb.

—Todo correcto, estamos preparados para comenzar a cargar.

Han tenía preguntas para hacerle a aquel hombre, pero quería llevarlos hacia un lugar más favorable, por ejemplo, al lado de la torreta artillera de la barriga del carguero.

—Arrastre el cargamento hasta la base de la rampa de acceso y nosotros lo cogeremos allí.

La gran sonrisa de Zlarb era más amplia ahora.

—No, Solo. Creo que ambos subiremos a bordo de su nave. Ahora mismo.

Han estaba a punto de decirle a Zlarb que eso iba en contra de su política de alquiler de la nave para pasar contrabando, cuando vio que el hombre giró su mano. En ella había un arma diminuta, una pistola de mano de corto alcance que debía haber llevado escondida entre los dedos enguantados. Han pensó en coger su bláster, pero se dio cuenta de que en el mejor de los casos podría ingeniárselas para acertarle, pero seguramente Zlarb también por lo que los dos morirían.

Las luces intermitentes del faro de aterrizaje brillaban en la máscara facial de Zlarb, y le daban a la sonrisa del hombre una apariencia aun más siniestra.

—Entrégueme el bláster con la culata por delante, Solo, y vuelva a la nave de modo que su socio no pueda verlo. Con mucho cuidado ahora, Solo; me han advertido sobre usted y su velocidad, y más bien dispararía antes que correr algún riesgo.

Colocó el arma de Han en su cinturón.

—Ahora vamos a subir a bordo. Conserve ambas manos en sus lados y no trate de advertir al wookiee.

Cambió de dirección momentáneamente y les hizo señales a los compañeros ocultos, luego indicó el *Halcón* con el arma. Han vio que parecía un gesto educado de «usted primero». Cuando caminaron de vuelta al *Halcón*, Han trató de ordenar la situación en su mente. Estas personas sabían exactamente lo que estaban haciendo; el trabajo entero había sido un plan. La franca insinuación de Zlarb de usar su arma era prueba suficiente de que él y sus cómplices jugaban en apuestas muy altas.

La cuestión de ser estafado en el pago o incluso el secuestro repentino de su nave no le molestó menos que el presentimiento de no sobrevivir al encuentro.

La silueta del *Halcón Milenario* se definía más a medida que se acercaban a ella.

—Ningún movimiento brusco, Solo —avisó Zlarb—. No hagas temblar siquiera la nariz o morirás.

Han tuvo que admitir que Zlarb pensaba con anticipación, pero no podía saberlo todo. Han y Chewbacca tenían un sistema de señales para las recogidas y las entregas rápidas, por lo que Han no necesitó comunicarle que algo estaba pasando; todo lo que tenía que hacer era acercarse a la nave y dejar ver sutilmente que «todo iba bien».

Sobre el ulular del vendaval oyeron el quejido de servomotores. La torreta artillera cuádruple descendió de la barriga del *Halcón*, apuntó, y comenzó a disparar, pero Zlarb ya había dado un paso detrás de Han, cogiendo el arma confiscada de su cinturón y colocando el cañón del arma en la sien de Han. Podían ver a Chewbacca, su cara peluda de preocupación estaba cerca del transpariacero contemplando con aprensión la situación. El brazo izquierdo del wookiee estaba estirado delante de él y cerca de la consola. Han supo que los dedos de su amigo estaban sólo a unos milímetros de los controles de fuego. Han quiso gritar “¡Huye!”, “¡Despega!” Pero Zlarb anticipó eso.

—¡Ni una palabra, Solo! Ni un sonido, o te mataré. Han no lo dudó.

Zlarb consiguió centrar en él la atención del wookiee y le indicó que desembarcara de la nave, gesticulando con el cañón del bláster lo que le ocurriría Han, si Chewbacca no obedecía. Han, familiarizado con las expresiones de su peludo segundo oficial, leyó la indecisión y luego la resignación en su cara. Luego el wookiee desapareció de la cabina del piloto.

Han masculló algo, y Zlarb le golpeó con el bláster.

—Ahórralo; eres afortunado de que atendiera a razones. Simplemente seguid la corriente y ambos saldréis bien librados de esto.

Dos de los hombres de Zlarb habían llegado y se habían detenido cerca de su jefe. Uno era un humano que parecía un matón que podría ser natural de cualquiera de los 100,000 mundos conocidos. El otro era un humanoide, una criatura gigante, corpulenta, casi del tamaño de Chewbacca, con ojos diminutos sobresaliendo de su huesuda frente. La piel del humanoide era de un color moreno lustroso, con unos cuernos exóticos y pulidos, rizados en su frente. Parecía que no necesitaba de abrigo térmico ni de máscaras faciales. Pero fue lo que el otro hombre había traído lo que más asombró a Han. Sujetaba una correa de control en la muñeca; al final de la correa estaba un nashtah, una bestia de caza legendaria de Dra III. Las seis fuertes patas del nashtah, terminaban en garras-diamante, cambiando de posición con desesperación sobre el hielo.

Tiró de su correa; con la lengua arsina, su aliento húmedo y caluroso chirriando entre la triple hilera de dientes blancos, su larga cola de púas se movía lentamente. Sus músculos se tensaban y relajaban a la vez que enviaban ondas a lo largo de su piel lisa y verde.

“¿Qué clase de trabajo podían estar haciendo para necesitar un nashtah?” se preguntó Han. Las criaturas eran sanguinarias, incansables e imposibles de despistar una vez que captaban el rastro de su presa, y estaban entre los más crueles de todos los animales de ataque. Esto demostraba que el trabajo era alguna clase de caza furtiva, pero, ¿para qué iba a crearse todos estos problemas una pandilla de cazadores furtivos?

A Han no le gustaba el contrabando de pieles y no habría realizado el trabajo, pero eso no justificaba una acción tan extrema de Zlarb; había suficientes contrabandistas que habrían aceptado el trabajo.

Chewbacca apareció en lo alto de la rampa. El nashtah, divisándole, dio un grito agudo y se abalanzó sobre él, arrastrando a su manipulador hasta que clavó los talones y presionó la correa de control contra el suelo. El nashtah dio un ¡yeow! de desagrado por el bloqueo de su avance. Chewbacca observó la situación impasiblemente, con su arco de energía sujeto y listo, y los ojos barriendo la escena de abajo.

Zlarb propinó un empujón a Han, quedándose un poco detrás, y los dos subieron la rampa. Cuando estaban cerca de la parte superior, Zlarb le habló a Chewbacca.

—Pon el arma en el suelo. Hazlo ahora mismo o dejo frito a tu amigo —apretando el cañón del bláster entre los omoplatos de Han.

Chewbacca sopesó las posibilidades, luego accedió, no viendo solución para salvar la vida de su amigo. Entretanto, Han evaluó sus posibilidades para realizar un movimiento rápido. Sabía que podría tener una posibilidad de neutralizar a Zlarb, pero los otros dos miembros de la pandilla respaldaban a su jefe y cada uno había sacado ya su pistola. Y también estaba allí el nashtah. Han decidió posponer su opción más desesperada para otro momento.

Cuando alcanzaron la parte superior de la rampa, Zlarb empujó a Han con mucha fuerza, entonces se agachó y recogió el arco de energía de Chewbacca. El wookiee atrapó a su amigo cuando tropezó por el empujón y lo ayudó a no caer. Han se quitó su máscara facial y la echó a un lado. Echando una rápida ojeada hacia ambos lados, vio a Bollux, todavía de pie donde Han le había dejado. El droide parecía estar anclado en su sitio, inmóvil por la sorpresa, y su sistema de circuitos luchando para tratar de comprender la desconcertante situación de los acontecimientos.

Los hombres de Zlarb habían entrado detrás de él junto con el nashtah, cuyas garras arañaron la cubierta. Nuevamente, tuvo que ser reprimido de atacar al wookiee, y Han se preguntó por qué atacaba así a Chewbacca. ¿Sería por algo del olor corporal de su segundo oficial, o quizá por el parecido con uno de los enemigos naturales de la bestia?

Zlarb habló al humanoide gigantesco que había estado vigilando a Chewbacca casi con tanta hostilidad como el nashtah.

—Vete a decirle a los demás que se pongan en movimiento. Los traeremos hacia aquí —luego se giró hacia Han—. Abra la bodega principal; vamos a comenzar a cargar —finalmente, se giró hacia el entrenador del nashtah. Zlarb señaló al wookiee—. Si se mueve, fríelo.

Se colocaron detrás de Zlarb, teniendo cuidado de mantenerse bien lejos de Han, vigilando cualquier movimiento sorpresa que el piloto pudiese hacer.

Después de la curva del pasillo, alcanzaron la escotilla de la bodega principal de carga del *Halcón*. Han pulsó el botón, y la escotilla se deslizó revelando un compartimiento de tamaño modesto, reforzado por las vigas estructurales de la nave, sin rasgos sobresalientes excepto por los conductos de aire, el equipo de seguridad, la unidad de refrigeración y la unidad calentadora. Una pila de paneles, postes de embalaje y soporte yacían allí, para levantar estantes o retener depósitos si fueran necesarios. Los travesaños

de madera y el relleno fueron amontonados a un lado cerca de unas bobinas de aparejos.

Zlarb, mirando alrededor, inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Esto servirá perfectamente, Solo. Deje la escotilla abierta y regresemos con los demás.

Otro de los hombres de Zlarb había llegado y estaba de pie en lo alto de la rampa, con un rifle disruptor apuntando hacia Chewbacca. El entrenador del nashtah tuvo que arrastrar a su bestia más allá, hacia la cabina del piloto. El humanoide grande había regresado, también, llevando un pequeño paquete.

Zlarb lo señaló.

—¿Tienes todo tu equipo, Wadda?

Wadda inclinó su cabeza a modo de asentimiento.

Zlarb señaló a Bollux.

—Primero quiero que le pongas un perno inhibidor al droide. No le queremos vagabundeando; podría ser una molestia.

Bollux comenzó a protestar pero las armas le apuntaron directamente y Wadda se acercó a él, y rodeándolo, desenvolvió el paquete que traía en su hombro. Los fotorreceptores rojos del droide se posaron en Han en lo que pareció un ruego.

—Capitán Solo, ¿qué van a hacerme?

—Estate quieto —indicó Han, no queriendo ver a Bollux destruido y, sabiendo como era, Zlarb haría justamente eso si el droide se resistía—. Sólo te lo pondrán temporalmente.

Bollux miró de Han a Chewbacca, luego hacia Wadda y de regreso a Han otra vez. Wadda se acercó en él, colocando un perno inhibidor dentro de un aplicador manual. El humanoide grande presionó el aplicador contra del pecho de Bollux y el droide hizo un sonido agudo durante una fracción de segundo. Se produjo un hilillo de humo cuando el perno se fundió en la piel de metal. Bollux caminó arrastrando los pies, intercambiándolos como si una postura nueva le fuese a ayudar en algo, mientras sus fotorreceptores se fueron oscureciendo, ya que el perno inhibidor desactivó sus matrices de control.

Satisfecho de que el *Halcón* fuese suyo, Zlarb empezó a repartir órdenes.

—Pongámonos a trabajar.

Han fue colocado al lado de Chewbacca. El manipulador del nashtah y el hombre con el rifle disruptor continuaban observándolos mientras Wadda bajó apresuradamente la rampa, haciéndola temblar con su gran peso.

—Zlarb —comenzó Han—; ¿no cree que es momento de explicarnos qué es lo que está pasando?

Zlarb estaba distraído por las vibraciones de la rampa y el sonido de muchos pasos ligeros. Un momento más tarde Han entendió qué ocurría y la peligrosa situación en la que él y Chewbacca se habían visto involucrados. Un grupo de figuras pequeñas subió a bordo, sus cabezas colgaban por la fatiga y la desesperación. Eran obviamente nativos de Lur. El más alto de ellos apenas le llegaba a la cintura a Han. Eran bípedos, cubiertos con un pelaje muy blanco, y cuyos cuerpos estaban al abrigo de gruesos tejidos de piel. Sus ojos eran grandes, con colores que iban desde el verde hasta el azul; se quedaron con la mirada fija en el interior del *Halcón* con una expresión de asombro aburrido.

Sus cuellos, estaban rodeados por collares metálicos, unidos entre sí mediante un cable negro delgado. Era una caravana de esclavos. Chewbacca bramó un rugido enfurecido. El nashtah gritó a su vez.

Han miró furioso a Zlarb, que dirigía la carga de esclavos. Uno de sus hombres tenía en sus manos una unidad direccional, un sistema de circuitos asociado a los collares. El mando direccional, un dispositivo prohibido, parecía inacabado y casero. Cualquier desafío por parte de los cautivos les acarrearía un intenso dolor.

Han miró a Zlarb con sus ojos entrecerrados.

No en mi nave —dijo, enfatizando cada palabra.

Zlarb sólo se rió.

—¿Crees que estás en posición de hacer algo al respecto, Solo?

—No en mi nave —repitió Han tercamente—. Esclavos no. Nunca.

Zlarb le apuntó con su propio bláster.

—Piénsalo de nuevo, piloto. Si me das cualquier clase de problema, acabarás con un collar en tu propio cuello. Ahora, tú y el wookiee irán a la cabina del piloto y prepararan el despegue.

Una segunda caravana de esclavos estaba siendo llevada a bordo y conducida a la bodega de carga principal. Han miró a Zlarb con el ceño fruncido, luego se dirigió hacia la cabina del piloto. Chewbacca vaciló, enseñó nuevamente sus colmillos a los traficantes de esclavos, y siguió a su amigo.

Han se dejó caer de mala gana en el asiento del piloto, y Chewbacca tomó el asiento contiguo. Zlarb se situaba detrás de ellos observando cada uno de sus movimientos cuidadosamente. Desconfiaba de los dos, por supuesto, pero sabía que ellos podrían sacarle a la nave más velocidad y mejor rendimiento que él mismo o cualquiera de sus hombres. Y eso bien podría significar la supervivencia en este negocio lleno de riesgos, del tráfico de esclavos.

—Solo, usted y su socio estén listos para despegar. Llévenos a nuestro punto de entrega y saldrán bien de esto, pero si somos detenidos y encarcelados, será nuestra sentencia de muerte, las suyas incluidas.

¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Han distraídamente.

—Le diré la ruta cuando llegue el momento. Ahora, dispóngase a despegar.

Han imprimió potencia a los motores del *Halcón*, calentando sus escudos y disponiéndose para el despegue.

—¿Cuánto te pagan por esto? Porque no creo que exista una cantidad de dinero suficiente para mezclarme en asuntos de traficantes de esclavos.

Zlarb se rió burlonamente.

—Me dijeron que eras un caso duro de pelar, Solo. Veo que no estaban equivocados. Esas pequeñas bellezas de ahí detrás valen cuatro, cinco, incluso seis mil créditos cada una en el mercado negro. Son expertos intrínsecos en la manipulación genética, y de gran demanda, amigo mío. No todo el mundo está contento con las restricciones que fueron impuestas después de las Guerras Clon. Parece que a estas criaturas les gusta demasiado su mundo, pero, sin embargo, no podía dejar pasar un contrato como éste. Así es que mis socios y yo acorralamos a un grupo. Unos cuantos de ellos están enfermos o heridos, pero entregaremos al menos cincuenta de ellos. Sacaré suficiente de este trabajo para vivir tranquilo y feliz durante mucho tiempo.

Mano de obra. Parecía como si la propia Autoridad del Sector Corporativo

estuviera involucrada. Era bien sabido que la Autoridad usaba contratos engañosos, pero hasta a Han le costó esfuerzo creer que se atrevieran a la práctica consumada de la esclavitud asaltando un planeta fuera de sus propias fronteras. Era un caso que ni siquiera el Imperio podría ignorar.

—Tu nave parece muy buena, Solo —comentó Zlarb estudiando la consola—. Despeguemos.

Cuando Han, Chewbacca, y los traficantes de esclavos dejaron el pasillo, Bollux aún permanecía de pie exactamente donde había sido desactivado, cerca de la rampa de entrada. El perno inhibidor había desactivado todo su centro de control, inmovilizándolo.

Pero escondido dentro del caparazón del tórax del droide, con un sistema de suministro independiente, Max Azul evaluaba la situación. Aunque se dio cuenta de que el sistema de emergencia contra incendios podría significar un desastre para el *Halcón*, la sonda, más pequeña de lo normal para una computadora, no lograba encontrar otra cosa para cambiar la situación. No tenía capacidad motora propia y tampoco disponía de ningún sistema de comunicación excepto su vocalizador. Además, su fuente de energía era minúscula en comparación con la de Bollux y probablemente no sería suficiente para activar el cuerpo de Bollux y moverse o hacer cualquier cosa antes de que se le agotase la energía.

Max Azul deseaba por lo menos poder hablar con su amigo; pero la interferencia del perno inhibidor se extendió por todas las funciones del cerebro de Bollux. La computadora, que rara vez se había separado del cuerpo anfitrión de Bollux, se sintió muy sola.

Luego recordó el corto y agudo sonido emitido por Bollux poco antes de ser desactivado. Max analizó el sonido, desacelerándolo un poco y encontrando, como había pensado, que había sido una transmisión cortada. Estaba confuso; Bollux había estado realizando varias tareas en el momento en que fue desactivado, pero por fin entendió lo que el droide había estado tratando de decirle.

Max Azul se conectó cuidadosamente con una parte del sistema de circuitos motores de Bollux, dispuesto a retirarse instantáneamente y cerrarse definitivamente si la influencia del perno lo amenazaba de algún modo.

No lo hizo. El perno inhibidor actuaba en contra de los comandos y centros de control de Bollux, no sobre sus servomotores y sistemas de circuitos reales. Max sabía que tenía aún una tarea muy difícil, una que habría sido imposible si Bollux no hubiera reposicionado sus pies en el último instante antes de ser desactivado.

La computadora carecía de la energía necesaria para mover el cuerpo de Bollux poco más que algunos pasos pero tenía la suficiente para activar un solo servomotor. Aunque le agotó peligrosamente, Max imprimió toda la energía que podía en la articulación de la rodilla de la pierna izquierda de su compañero. La rodilla se flexionó y el cuerpo del droide se inclinó. Llegando al límite y tratando desesperadamente de medir los ángulos y las posiciones que le resultaban poco familiares, bloqueó el cuerpo un momento y redirigió sus esfuerzos hacia la red de circuitos centrales de torsión de la cintura de Bollux, moviéndolo un poco hacia la izquierda. Eso exigió una cantidad demasiado alta de la energía de Max, por lo que tuvo que detenerse y dejar que las reservas se recargasen un poco.

Max anuló todas sus actividades y piezas no vitales para almacenar la energía que necesitaba, y luego se dirigió de nuevo hacia la articulación de la rodilla. En ese momento, los motores del *Halcón Milenario* se encendieron produciendo una vibración en las placas de la cubierta que llenaron el pasillo con un sonido hueco, y el balanceo del droide pasó a un punto crítico; se tambaleó, y luego perdió el equilibrio hacia la izquierda, aterrizando en la cubierta con un fuerte estrépito. El cuerpo de Bollux quedó tumbado sobre su brazo izquierdo, estabilizado por su pie derecho, que también tocaba la cubierta.

Max descubrió que con el cuerpo en esa posición no podría conseguir abrir los dos paneles del peto, pero eso carecía de importancia ya que de todos modos no disponía de la energía necesaria para poder hacerlo. Aun así realizó dos intentos para abrir el panel correcto, por lo que volvió a esperar y canalizar energías para imprimirlas en el servomotor del panel. Max bloqueó el movimiento del panel derecho cuando se abrió lo suficiente para poder divisar su objetivo. El último movimiento era el más duro. Max prolongó su brazo adaptador hacia los sistemas expuestos de Fluidics en los cuales él y Bollux habían estado trabajando antes del aterrizaje de la nave. Los Fluidics estaban equipados con acopladores estándar, pero seguía existiendo el problema de realizar una conexión con ellos. Extendiendo su brazo adaptador hasta el límite, y descubrió que su meta era sencillamente inalcanzable. El acoplador se encontraba lejos y, ligeramente hacia abajo donde no llegaba su brazo. En su desesperación Max trató de estirar su brazo adaptador aún más, dañándose en el intento. No sirvió de nada.

La computadora vio que solamente le quedaba una posibilidad, que además implicaba un riesgo extremo para sí mismo, pero eso no le hizo vacilar ni un momento. Max volvió a desviar la energía de regreso a la cintura de Bollux, girando la red de circuitos de torsión nuevamente en un esfuerzo exhaustivo que casi le sobrecargó. El cuerpo del droide se torció lentamente, y luego se dio la vuelta.

Pero en el último momento, el giro acercó el adaptador de Max lo suficiente como para conectarse con los sistemas Fluidics temporalmente. Max hizo una conexión con los sistemas y tuvo el tiempo justo de emitir solamente una orden. Luego el peso descendente del torso dobló su frágil brazo adaptador, rompiendo la conexión, y Max Azul lo retiró con un dolor cegador.

Mientras Max libraba su solitaria batalla particular, Han clavaba los ojos en sus controles. Sudaba y comenzó a quitarse el abrigo térmico que ya tenía abierto, preguntándose si debería dejar las cosas como estaban o debería tratar de saltar sobre Zlarb.

Zlarb escudriñaba la consola de control.

—Te dije que despegases, Solo. Despega ya.

Todavía agitaba el bláster de Han para enfatizar su orden cuando repentinamente recibió un chorro de espuma blanca en plena cara.

Todos los aspersores en la cabina del piloto y en todo el *Halcón Milenario* habían comenzado a arrojar gas y espuma antiincendios cuando la solitaria orden de Max activó el sistema contra incendios de la nave. Para la computadora, el sistema se comportó como si la nave entera estuviera en llamas.

Han y Chewbacca ignoraban qué ocurría, pero no se pararon a pensar, en lugar de eso no desperdiciaron la oportunidad que se les dio. El wookiee lanzó un fuerte golpe con la garra en el antebrazo de Zlarb enviándolo contra de asiento del navegante, situado detrás de Han. Zlarb, cegado, dejó escapar un disparo al azar. El bláster hizo un hueco dentado en el transpaciaco de la carlinga, dejando sus bordes goteando metal fundido.

Justo entonces Han saltó sobre el traficante de esclavos, seguido muy de cerca por su segundo oficial. La cabeza de Zlarb fue golpeada, sacudida, mordida, y estrellada contra la computadora de navegación antes de que pudiese volver a disparar por segunda vez.

La cabina del piloto estaba llena de espuma que llegaba hasta los tobillos y las ráfagas de gas antiincendios hacían casi imposible ver. El alboroto de sirenas y bocinas de alarmas era ensordecedor. No obstante, los ánimos de ambos habían aumentado significativamente. Recogiendo su bláster, Han colocó una mano en su boca y gritó en la oreja de Chewbacca.

—No sé lo que está ocurriendo, pero tenemos que golpearles antes de que se recuperen. Conté seis de ellos, ¿no?

El wookiee confirmó el número. Han abrió el camino saliendo de la cabina del piloto tan rápido como pudo, resbalando y deslizándose sobre la espuma. Salió precipitadamente hacia el pasillo principal y, afortunadamente miró primero hacia la derecha. Allí uno de los traficantes de esclavos estaba pasmado, con la mirada fija en el aspersor contra incendios que vomitaba espuma. Vio a Han y tiró rápidamente la mano hacia su rifle disruptor. El disparo del bláster de Han le golpeó en el pecho, lanzándolo hacia atrás a través del aire mientras su arma caía de su mano.

Han escuchó un gruñido horrible y giró rápidamente. El entrenador apareció desde la otra dirección y soltó al nashtah, que se abalanzó sobre Han con tal velocidad que su ataque no fue más que un borrón. Antes de que pudiese alcanzar a la bestia con un disparo, ésta consiguió tumbarle empujándolo contra el panel de seguridad acolchado que bordeaba la escotilla de la cabina del piloto; su hombro y su antebrazo habían sido rajados por las garras de la criatura.

Pero el nashtah nunca completó su salto. En lugar de eso fue agarrado en el aire y lanzado contra un mamparo de la nave. Chewbacca, habiendo perdido el equilibrio en el momento de lanzar al nashtah a un lado, se levantó de nuevo. Han subió nuevamente el arma, pero dudó en disparar porque la caída le había noqueado. En ese momento el nashtah, con un golpecito fiero de su cola y un grito horrendo, se abalanzó sobre el wookiee, haciéndole retroceder en el pasillo hacia la cabina del piloto.

Chewbacca se las arregló para mantener el equilibrio. Utilizando su asombrosa fuerza, amortiguó la embestida del ataque del nashtah, cerrando sus manos peludas alrededor de su garganta, encorvando sus hombros y aprisionándolo con piernas y antebrazos para prevenir sus garras.

El nashtah gritó otra vez, y el wookiee gritó aun más fuerte. Chewbacca sujetó a la bestia y lo estrelló contra el mamparo de la izquierda de la cubierta, luego contra el de la derecha y nuevamente contra el de la izquierda, todo en menos de un segundo. El nashtah, con su cabeza colgando en un ángulo muy extraño, se desplomó bajo el apretón. Chewbacca lo dejó caer sobre la cubierta.

El entrenador de la bestia dio un grito furioso, al ver el cuerpo inmóvil de su animal. Subió su pistola, pero el bláster de Han reaccionó primero. El hombre se tambaleó, trató de subir su arma nuevamente, y Han disparó una segunda vez. El entrenador cayó pesadamente en la cubierta no lejos del cuerpo de su nashtah.

Han agarró el codo de Chewbacca, y señalando con el dedo se dirigió hacia la bodega principal de popa. Encontraron la masa inerte de Bollux dónde Max Azul había provocado su caída, y fue evidente lo que los dos autómatas habían hecho. La espuma había rodeado poco a poco el cuerpo del droide y había empezado a filtrarse a través del panel abierto del pecho.

Chewbacca dio un gruñido irritante refiriéndose a la ingeniosidad de aquellos droides.

—Secundaré eso; son muy impertinentes —concurrió Han. Había agarrado por un hombro al droide—. Ayúdame a sentarlo, así la espuma no los alcanzará.

No había tiempo para hacer otra cosa. Apoyaron el cuerpo del droide contra un mamparo de la nave en una posición temporal y apresurada. Se estaban moviendo nuevamente cuando el humanoide gigante apareció detrás de la curva del pasillo en dirección opuesta, con un arma antidisturbios en su mano. Han hizo un intento embarazoso de subir y a la vez cubrir su bláster con la otra mano pero con la cubierta resbaladiza por la espuma, perdió el equilibrio y patinó. Chewbacca, por otra parte, se adaptó rápidamente a estas condiciones inusuales. Sin disminuir la velocidad se arrojó con una pata por delante a lo largo de las placas de la cubierta, produciendo una ola de espuma sin dirección. Su entusiasta rugido se elevó por encima del siseo de los aspersores de gas y las alarmas.

El objetivo del traficante de esclavos vaciló entre Han y el wookiee, pero Chewbacca se movía demasiado rápido; un disparo maulló, y falló, crujiendo en la cubierta y creando vapor de la espuma. El wookiee golpeó duramente al humanoide con sus patas más grandes de lo normal, haciéndole caer con brusquedad en una montaña de espuma, donde rápidamente entró Chewbacca. El montículo de espuma se estremeció y tembló, dispersándose por el aire, con rugidos de pelea y de colisión de pesos pesados.

Han estaba de nuevo en pie, sintiéndose algo mareado a causa del gas antiincendios. Todavía no sabía qué iba a hacer cuando encontrase a los dos últimos traficantes de esclavos, los que llevaban la unidad direccional. Han vaciló pensando en lo que pasaría si llegaban a pulsar el botón, matando violentamente a cada uno de los cautivos de las caravanas. Se dedicaría a disparar sin perder un instante.

Pero la responsabilidad no era suya. La bodega principal parecía un infierno. Los dos traficantes restantes se tambaleaban bajo los cautivos, que se agitaban violentamente. Todas las criaturas se movían angustiadas, temblando, oponiéndose a los captores aún con los dolores infligidos por sus collares. Muchos estaban en la cubierta, incapaces de vencer el dolor y unirse a la pelea.

Pero los que habían dominado con maestría su agonía llevaban bien la batalla. Cuando Han llegó, arrastraban a los traficantes por la cubierta, ambos forcejeando sin sus armas ni la unidad direccional, golpeándolos y manteniéndolos bajo control. Apparentemente las criaturas entendían lo

suficiente sobre las unidades direccionales como para desactivarla. Todos los esclavos se desplomaron visiblemente cuando su agonía terminó.

Han se movió cautelosamente hacia la bodega. Esperaba que sus pasajeros involuntarios entendiesen la situación lo suficiente como para saber que él no era su enemigo, pero se recordó a sí mismo que sería mejor ser simpático hasta que estuvieran seguros.

Una de las criaturas, con su pelaje blanco, erizado y aún despeinado a causa de la pelea, estudiaba la unidad direccional. Presionó decisivamente en un interruptor y todos los collares en las filas se abrieron de golpe. La criatura tiró a un lado la unidad direccional desdeñosamente, y uno de sus compañeros le pasó un disruptor capturado. El balanceo lateral del arma parecía amplio y torpe en sus pequeñas, pero ágiles manos.

Han enfundó su bláster lentamente, levantando las manos vacías para que lo pudiesen ver todos.

—No quería hacer esto —les dijo en un tono tranquilo, aunque dudaba que hablasen un idioma compartido—. No podía hacer nada al respecto, al igual que vosotros.

El disruptor se movía lentamente. Han se planteó el tratar de alcanzar su pistola pero dudó de su habilidad para derribar a disparos a la criatura a tiempo. No podía hacer eso. Decidió tratar de razonar, pero la piel en su cuello estaba tratando de arrugarse poco a poco en su cuero cabelludo.

—Escuchen: son libres de irse. No voy a detenerlos.

Saltó hacia un lado cuando vio el disruptor elevarse y apuntarle. Requirió una enorme fuerza de voluntad el abstenerse de sacar el arma. Oyó el disruptor disparar inesperadamente, y escuchó un pequeño ruido y un grito entrecortado detrás de él.

Enmarcado en la escotilla, mirando hacia abajo sin comprender el por qué le faltaba el aire, estaba Zlarb. A sus pies estaba la pequeña arma de mano. Cayó contra la escotilla y se deslizó lentamente por la cubierta. La criatura bajó su disruptor nuevamente. Han salió y se arrodilló junto a Zlarb. El traficante de esclavos respiraba muy desigualmente siseando entre dientes. Abrió los ojos, captando la atención en Han, quien había estado a punto de decirle que guardase sus fuerzas, pero vio que hubiese dado lo mismo. Quizá, en un centro médico, el traficante podría haberse salvado, pero con los recursos limitados de la mediunidad del Halcón, Zlarb no sobreviviría.

Han no evitó la mirada fija del traficante.

—No eran tan mansos como pensabas, ¿eh, Zlarb? —preguntó silenciosamente—. Simplemente esperaban su momento.

Los ojos de Zlarb comenzaron a cerrarse otra vez.

—Al final lo conseguiste, ¿eh, Solo? —poniendo más odio en el nombre del que Han habría creído posible.

—¿Creías que te ayudaríamos, Zlarb? ¡Casi nos matas, babosa!

Chewbacca gruñó coléricamente en respuesta al comentario indignado de Han y apuntó con un dedo donde el traficante humanoide con el que el wookiee había luchado se encontraba atado junto a la rampa principal.

—¿Qué más da? —dijo Han con un sarcástico y elaborado comentario. Estaba arrodillado junto a Bollux, intentando quitarle el perno inhibitor—. Antes

solías manejar a tres de su clase antes de desayunar. Lo que no necesito es un segundo oficial convertido en un caso geriátrico.

Chewbacca ladró tan fuerte que Han se encogió involuntariamente. La longevidad de un wookiee era mayor que la de los humanos y siempre había sido un chiste entre ellos.

—Eso es lo que tú dices—. Han movió el interruptor del extractor, produciendo un hilillo gaseoso y un pequeño y violento estallido en la base del perno.

Los fotorreceptores rojos de Bollux se iluminaron.

—¿Qué? ¡Capitán Solo! Gracias, señor. ¿Esto quiere decir que ha pasado la crisis? Abrimos las conexiones de salida del sistema contra incendios.

—Sí, por eso la nave parece como una tienda de postres después de una explosión. Se puede patinar desde aquí hasta la cabina del piloto. Fue un buen trabajo, Maxie.

—¿Max Azul? interrumpió Bollux extrañado—. Señor, Max no está conectado; creo que le ha pasado algo.

—Lo sabemos. Su brazo adaptador se dobló y algo se le ha quemado. Chewie dice que puede repararlo, sin embargo no tenemos los componentes necesarios a bordo. Max estará de permiso por un tiempo. ¿Puedes levantarte?

Los servomotores del droide respondieron levantándole y cerrando protectoramente su panel del pecho sobre el módulo de la computadora.

—Max Azul es excepcionalmente ingenioso. ¿No cree, capitán?

—Puedes apostar tus microchips. Si tuviese dedos tendríamos que comenzar a cerrar la nave con llave. Puedes decírselo de mi parte, pero por ahora vamos a tomárnoslo con calma.

Han se levantó e hizo señas a Chewbacca para que le acompañase nuevamente a la bodega de carga. Los ex cautivos habían colocado los cuerpos de varios de sus muertos, que no habían sobrevivido a la prueba extremadamente dura y terrible de los collares, en un lado. Estaban montando camillas con los materiales de aislamiento y los travesaños de madera que Han les había ofrecido, para poder regresar a sus casas.

Han paseó de visita por el cadáver de Zlarb. En el registro preliminar del cuerpo, había descubierto el conglomerado duro y rectangular de una caja de seguridad dentro del bolsillo del pecho bajo su abrigo térmico. Han había visto algunas de esas cajas con anterioridad y sabía que tenía que tener mucho cuidado con ella.

Sentándose con una de las mediunidades del *Halcón*, se inyectó un calmante y con una vibrohoja comenzó a cortar la dura tela del abrigo térmico de Zlarb. Mientras tanto, Chewbacca había empezado a limpiarse sus propias heridas con una manguera de irrigación y un dosificador de sintocarne. Más por fortuna que por otra cosa, ninguno de los dos tenía cortes profundos producidos por las garras del nashtah.

Han dejó la caja de seguridad a la vista. Estaba sujeta al bolsillo con un clip delgado al cual estaba adjunto un alambre fino. Han cuidadosamente palpó y encontró el seguro, un botón pequeño oculto en el borde inferior de la caja. Presionándolo, desconectó el circuito de seguridad. Entonces empezó a trabajar en el clip tratando de liberarlo del forro del bolsillo con su otra mano. Tratar de mover la caja de cualquier otra manera provocaría un shock

procedente de la caja. Un brazo entumecido sería lo mejor que podría esperar, dependiendo del ajuste de la caja. Algunas cajas de seguridad eran capaces de dar sacudidas mortales.

Desarmado el clip, la caja se volvió inofensiva. Canturreando una melodía medio recordada, se puso a trabajar con algunas herramientas de precisión que había traído de la caja de herramientas del otro lado de la nave. La cerradura de la caja era un modelo común; el neuroshock era su principal línea de defensa, por lo que la tuvo abierta en un momento.

Escupió algunos juramentos del clásico repertorio corelliano. No había dinero. Todo lo que contenía la caja era una tarjeta de datos, una cinta de mensajes, y una caja más pequeña con un conjunto de venenos preparados por los envenenadores malkitas. Que Zlarb fuese un practicante de las artes del envenenamiento malkita reafirmó las creencias de Han de que el universo no echaría de menos a ese hombre, pero no ayudó a mejorar su frustración o su situación financiera.

Tiró a un lado la caja de seguridad y miró encolerizadamente a los dos traficantes humanos supervivientes. Ambos comenzaron a temblar visiblemente.

—Tenéis una oportunidad —dijo tranquilamente—. Alguien me debe mucho dinero; diez mil créditos de este trabajo y los quiero. No decirme donde los cobraré sería la cosa más tonta que podríais hacer en la vida, y posiblemente la última.

—No sabemos nada, Solo, lo juramos —protestó uno de ellos—. Zlarb nos contrató y lo organizó todo; él manejaba los contactos y todo lo demás. Nunca vimos a ningún otro, esa es la verdad.

Su camarada lo confirmó enérgicamente.

Los ex esclavos habían terminado sus preparativos y estaban listos para irse. Han miró hacia donde yacían los collares vacíos y la unidad direccional.

—Tenéis una suerte pésima —dijo a los traficantes y colocó un collar alrededor del cuello de cada uno, ignorando sus protestas. Han le dio la unidad direccional al líder de los ex esclavos y apuntó hacia los cuerpos de los traficantes.

La criatura entendió, palmeando en la caja. Los traficantes pagarían por la muerte de su gente con la esclavitud. El tiempo que tendrían que estar en esa situación, era decisión exclusivamente de los ex cautivos. A Han no le pudo haber importado menos.

—Coged el cuerpo de vuestro jefe —les ordenó. Se miraron el uno al otro. El dedo de la criatura estaba preparado cerca de los controles de sus collares. Se apresuraron a obedecer, levantando a Zlarb entre ellos.

Chewbacca se despidió cuando los ex esclavos, precedidos por sus nuevos sirvientes, salieron de la bodega de carga.

—No te olvides de deshacerte de las otras bajas —dijo Han a su amigo—. Y ponles collares a todos ellos. Luego tráeme un lector de datos.

Exhausto, se dedicó a la tarea de limpiar sus lesiones con otra manguera de irrigación, pensando cómo se habían quedado sin dinero y si su suerte cambiaría alguna vez. Entonces recordó que Zlarb indudablemente les habría matado tanto a él como a Chewbacca, si Max Azul y Bollux no hubieran dado vuelta a la situación. Como quiera que fuese, él y el wookiee estaban vivos y eran libres y, con una pequeña limpieza, tendrían su nave preparada nuevamente. Cuando Chewbacca regresó, Han estaba aplicando sintocarne a

sus heridas y silbándose a sí mismo. El wookiee traía un lector portátil. Han apartó a un lado la mediunidad y colocó la placa de datos dentro del lector. Su copiloto se inclinó sobre su hombro y conjuntamente ponderaron sobre lo que vieron.

—Fechas y coordenadas de tiempo, índices planetarios —masculló Han—. Códigos de las oficinas de registro y agentes de alquiler de ID de naves. La mayor parte de ellos para un planeta llamaron a Ammuud.

Chewbacca rugió de forma cavernosa su asentimiento.

Han maldijo otra vez a Zlarb. Quitando la placa, introdujo la cinta del mensaje en otra abertura del lector. En la pantalla apareció la cara de un hombre joven, de pelo negro. El primer plano de la cara del hombre no le dijo a Han nada acerca de él, de su paradero o la ropa que llevaba. La cara en el lector portátil empezó a hablar.

—Las medidas que usted sugirió están siendo tomadas contra el Mor Glayyd en Ammuud. Cuando la entrega de su cargamento actual haya sido realizada, el pago tendrá lugar en Bonadan. Vaya a la mesa 131, en la sala de pasajeros principal, en el espaciopuerto Bonadan II Suroeste, en las siguientes coordenadas.

Las coordenadas de tiempo y fecha estándar aparecieron en la pantalla por un momento, y luego desaparecieron.

Han lanzó el lector al aire con un estallido de risa.

—Si trabajamos rápido, podemos llegar a tiempo. Parchearemos la carlinga; podemos encargar la reparación a Bollux y Max mientras estamos en el hiperespacio.

Han besó el lector y el wookiee rió a carcajadas, mostrando los colmillos. Era el momento de ir a por el merecido pago.

III

Han Solo subió la voz al contar la frase final. Una nave enorme de transporte de minerales estaba aterrizando con el tronar retumbante de sus motores, que hacían vibrar la tierra a través del vasto espaciopuerto, provocando pequeñas olas en las bebidas de los pasajeros que se encontraban en el salón principal de la terminal.

El salón principal del espaciopuerto Bonadan II Suroeste era colosal y se escuchaban las conversaciones de miles de clientes humanos y no humanos, además del incesante retumbar de los motores de las naves que llegaban o partían. La cúpula transparente del salón revelaba un cielo rebosante de naves de todo tipo, con sus rutas controladas por el más avanzado sistema de control disponible en el mercado. Lanzaderas interplanetarias que viajaban regularmente por todo el sistema solar, naves de pasajeros, las enormes naves de transporte de comida o materias primas, naves de la flota de seguridad de la Autoridad del Sector Corporativo y gran cantidad de naves de carga que exportaban bienes manufacturados fuera de Bonadan, lo convertían en uno de los puertos con más actividad del Sector Corporativo.

Aunque la Autoridad del Sector Corporativo abarcaba decenas de miles de sistemas estelares, no dejaba de ser un grupo aislado entre los incontables soles conocidos por la civilización. Pero no se habían descubierto formas de vida nativas o inteligentes en esta parte de la galaxia; existían varias teorías que explicaban el por qué. La Autoridad había sido la que había establecido los estatutos para explotar los incalculables recursos de aquí. Había quien usaba palabras como «pillaje» o «saqueo» para lo que hacía la Autoridad. Mantenía el control absoluto sobre sus provincias y sus empleados, y protegía celosamente sus derechos.

Inclinándose hacia Chewbacca, Han se rió entre dientes.

—Y entonces el prospector dijo... atento, Chewie... El prospector dijo: Bueno, ¿cómo pensaba obtener el paquete?

Había cronometrado el final del chiste perfectamente. Chewbacca había llevado una jarra de dos litros de cerveza de Ebla hacia sus labios y un espasmo de risa le sobrevino a mitad de un largo trago. Se ahogó, resopló, y ladró poderosamente dentro de su jarra. La espuma blanca de la cerveza estalló hacia afuera. Aunque les desagradó la situación, los clientes de las mesas cercanas, miraron al wookiee y viendo su tamaño y su feroz semblante, se abstuvieron de quejarse. Han se rió con satisfacción, mientras se rascaba el hombro que aún le picaba por los efectos regenerativos de la sintocarne.

Chewbacca pronunció una acusación gutural.

El piloto arqueó sus cejas.

—Por supuesto que cronometré la frase final de ese modo. Bollux me hizo esa misma broma mientras comía y me pasó lo mismo.

Chewbacca recordó nuevamente el chiste y se rió fuertemente, algo a medio camino entre un gruñido y un ladrido.

Durante todo momento y la mayor parte de la alborada de Bonadan, Han había mantenido un ojo en la mesa 131. Estaba todavía vacía y la pequeña luz roja sobre su droide camarero señalaba que todavía estaba reservada. El crono encima de sus cabezas demostró que la hora de la cita con el pagador había pasado hacía rato.

La sala de espera estaba casi llena, cosa que debía ser habitual a cualquier hora del día o la noche, debido al número de pasajeros, miembros de tripulaciones de paso y demás personal domiciliado. Era un lugar tranquilo, ventilado, y abierto, construido con niveles de terrazas serpenteantes donde plantas de centenares de mundos de la Autoridad habían sido cultivadas. Aunque cada mesa tenía una vista clara del constante tráfico en el cielo, el follaje tendía a ocultar a una terraza de la siguiente. Los dos socios habían seleccionado una mesa desde la cual podían observar la mesa 131 a través de la cortina exuberante de una enredadera pecosa de orquídeas con un musgo aromático de un agradable olor dulce.

Había sido su plan elemental, observar quién venía a reunirse con Zlarb en la mesa, seguirlo y abordarlo, para conseguir sus diez mil créditos a la fuerza, aunque las amenazas o la intimidación parecían ser métodos más apropiados. Pero algo no andaba bien; nadie había venido.

Han empezó sentirse incómodo a pesar de sus bromas; pero ni él ni Chewbacca estaban armados. Bonadan era un mundo altamente industrializado, densamente habitado, y uno de los primeros mundos-fábrica de la Autoridad. Con masas de humanos y otras formas de vida viviendo conjuntamente como sardinas en lata, los Agentes de Seguridad —«Espos», como eran llamados en argot— llevaban las armas de fuego en la mano u otros apéndices para controlar a la gente. Los detectores de armas y monitores de búsqueda se encontraban en casi todas partes alrededor del planeta, incluyendo vías públicas, domicilios sociales, tiendas, y transporte público. Y, además, mantenían la vigilancia en cada uno de los diez espaciopuertos de Bonadan, siendo el más grande de ellos el llamado II Suroeste.

Llevar un bláster o cualquier otra arma de fuego o un arco de energía wookiee serían razones suficientes para el arresto inmediato, algo que los dos apenas podían permitirse. Si sus identidades verdaderas y sus actividades pasadas salían a relucir en algún momento, la pena aplicada por la Autoridad del Sector Corporativo sería la ejecución inmediata. El único aspecto positivo de esta situación, o por lo menos para Han, era que el contacto de Zlarb muy probablemente estaría igualmente desarmado.

O debería estarlo. Comenzaba a parecer que su espera había sido en vano.

Chewbacca presionó una serie de botones en el droide camarero de la mesa y le introdujo un poco de dinero en efectivo, casi lo último de que disponían. Unos paneles se deslizaron hacia los lados y una nueva ronda de bebidas apareció en la abertura. El wookiee cogió su nueva jarra con entusiasmo, y para Han había otra media botella de un fuerte vino local. Chewbacca bebió profundamente de la jarra con los ojos cerrados, luego la bajó y se limpió los restos de espuma y cerveza de su cara con el dorso de una de sus patas. Cerró nuevamente los ojos y se relamió fuertemente los labios.

Han se acercó a su botella con menos ansiedad. No era porque no le gustase el vino; era por la naturaleza impertinente de aquel planeta sobrecivilizado, que hasta se reflejaba en el diseño de la botella, cosa que aborrecía. Presionó el precinto de la dura tapa con su pulgar y esta salió disparada. Una vez quitada, era casi imposible volver a sellarla. Luego llegó la peor parte, la que Han realmente odiaba; la brecha del precinto de la tapa provocó la activación de un pequeño generador de energía. Los diodos luminosos, colocados en la botella, empezaron una representación llena de color. Figuras e inscripciones se movieron alrededor de la botella ensalzando las virtudes de

su contenido. Los LED's centellearon, mostrando los premios que había ganado el vino, la uva, y el alto grado de higiene personal de la compañía embotelladora. La información al consumidor apareció también, pero en letreros más pequeños y menos cegadores.

Han miró furioso la botella, rehusando tocarla mientras siguiese haciendo alarde sobre sí misma, y pensó en lo que habría pasado si hubiese tenido una buena cantidad de aquellas botellas en Kamar. Los badlanders probablemente habrían bailado alrededor de ellas agarrándose de las manos y cantando alabanzas.

Después de un minuto de alabanzas, el pequeño generador se agotó y la botella se convirtió en un envase inofensivo. La atención de Han se desvió hacia una conversación cercana a la mesa número 131, a algunos metros en la terraza de abajo. Un subgerente, nativo de Pho Ph'eah, de piel azul, y cuatro brazos estaba enfrascado en una discusión por una diferencia de opiniones con una hembra humana joven y atractiva.

El gerente agitaba los cuatro brazos en el aire.

—¡Pero la mesa está reservada, humana! ¿Es que no puede ver la luz roja indicándolo?

La humana parecía ser varios años menor que Han. Tenía un pelo negro y liso que caía por debajo de la nuca de su delgado cuello. Su piel era de un color moreno oscuro, y sus ojos casi negros, indicaban que provenía de un mundo que recibía gran cantidad de radiación solar. Tenía una expresión divertida en la cara que saltaba a la vista. Llevaba puesto un mono de trabajo azul y botas bajas. Colocó las manos graciosamente en las caderas, y clavó los ojos en el poco convencido pho ph'eahiano.

Luego ella desfiguró su cara en una imitación muy buena de la del subgerente, agitando los brazos y encogiéndose de hombros de la misma forma que hacía él, aunque sus brazos eran un poco más pequeños y solo tenía dos. Han se rió en voz alta. Ella le escuchó, atrapó su mirada y le ofreció una sonrisa conspiradora. Luego continuó con su disputa.

—Pero lleva reservada desde que entre aquí, ¿no? Y nadie la ha reclamado aún, ¿o sí? No hay más mesas pequeñas y yo estoy cansada de sentarme en la barra; quiero esperar a mis amigos aquí mismo. ¿O deberíamos llevarnos nuestros negocios a otro sitio? No parece que ahora mismo esté haciendo mucho dinero con esta mesa. ¿O sí?

Le había golpeado donde más le dolía. Ingresos perdidos era una cosa que un buen empujado de la Autoridad nunca podía permitirse. El gerente de piel azul miró alrededor, preocupado por si la gente que había reservado la mesa se materializaba repentinamente como por arte de magia y se opusieran. Con un gesto de sus cuatro brazos lleno de resignación, apagó de un golpecito la luz roja de reservado. La joven mujer tomó asiento con una expresión de satisfacción.

—No se diga más —le suspiró Han a Chewbacca, quien también había presenciado el incidente—. No cobraremos hoy; el jefe de Zlarb es tan escurridizo como lo era él.

El wookiee se quejó como un redoble de tambores en una caverna profunda. Añadió un hosco rugido cuando se levantó para dirigirse hacia el *Halcón Milenario*.

—Después de que compruebes la nave —dijo Han—, date un paseo por los salones de contratación del gremio y por las oficinas de puerto. Nos

encontraremos más tarde en la zona de aterrizaje. Mira a ver si hay alguien que conozcamos en el puerto, tal vez puedan decirnos algo. Chewie, si no conseguimos dinero pronto, no vamos a poder salir siquiera de Bonadan. Voy a terminarme el vino, y luego haré algunas paradas a ver si veo alguna cara familiar.

El wookiee, rascándose su pecho cubierto de pelo, asintió con un rugido de contrabajo. Cuando su copiloto se marchaba, Han tomó otro sorbo de su vino y esperó la llegada de último momento que le daría una oportunidad para cobrar los diez mil créditos que le debían. Pero no vio a nadie interesado en la mesa 131. La pena lo amenazaba y sentía el deseo de tener ese dinero y cambiar su situación financiera. Estuvo unos minutos más sorbiendo el vino y admirando a la joven que se había sentado en la mesa 131. Ella volvió a mirar en su dirección y atrapó nuevamente su mirada.

—Feliz aterrizaje —brindó ella, y Han a su vez levantó su vaso en respuesta al viejo saludo espacial. Ella le miró picaronamente—. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

Han mantuvo una cara indiferente, no estaba seguro de su repentino interés.

—No considero ningún espaciopuerto como mi hogar, solamente mi nave. Es más sencillo.

Ella había vaciado drásticamente su copa.

—¿Qué tal otra copa?

Su cara viva y divertida atraía a Han, y no tenía mucho sentido mantener una conversación a través de la cortina de vegetación. Cogió su botella y su copa y se reunió con ella en la mesa 131.

—Usted y su amigo estaban vigilando esta mesa —aventuró cuando Han estaba llenando nuevamente su copa.

Han dejó de servir. Ella estiró el dedo índice y amablemente inclinó el gollete de la botella nuevamente, llenando la copa casi hasta el borde.

—Fue fácil deducirlo —siguió diciendo ella—. Cada vez que alguien se acercaba a esta mesa, usted y su compañero parecían que iban a saltar a través del follaje. Lo sé, soy muy buena leyendo las expresiones.

Han buscaba alrededor a sus hombres de refuerzo, soldados de apoyo, cómplices, o cualquier otra cosa. Nadie en el salón que Han pudiera ver prestaba una atención particular: había previsto reconocer al contacto de un traficante de esclavos, alguien con aspecto duro capaz de sobrevivir y prosperar en una de las empresas más viles que existían. Esta atractiva y ardiente mujer le había cogido desprevenido.

Ella sorbió el vino.

—Mmm, delicioso. A propósito, ¿cómo están las cosas en Lur? —Ahora, era ella la que lo estaba observando atentamente.

Han mantuvo su cara vacía de expresiones.

—Frío. Excepto el aire, es más claro que el de aquí —Agitando el aire con la mano—. No con tanto humo, ¿sabe lo que quiero decir? —intentando seguir hablando naturalmente, siguió—. A propósito, tiene usted algo para mí, ¿no?

Frunció sus labios como si estuviera en profunda concentración.

—Desde el momento en que empezó a trabajar con nosotros, tenemos un trato, por supuesto. Pero el salón principal es un sitio demasiado público, ¿no cree?

—Yo no escogí el lugar. ¿Dónde sugeriría usted ir, a un callejón oscuro? ¿Bajo un puente, tal vez? ¿Por qué encontrarnos aquí si no es para ser cautelosos?

—Tal vez sólo quería verle a la luz —ella recorrió con la mirada un crono colocado encima de sus cabezas—. Pero teníamos que estar seguros y ha sido usted revisado y aprobado. Después de que yo haya salido, espere diez minutos y luego sígame. —ella le alargó una hoja de plastifino doblada con una dirección escrita—. Nos veremos en este hangar privado. Traiga una prueba de la entrega y obtendrá su dinero —le subió una ceja—. ¿Sabe usted leer?

Han cogió el plastifino.

—Soy mejor siguiendo mi propio camino. ¿Por qué nos movemos tan furtivamente?

Ella le miró con una expresión irritable.

—¿Quiere decir que por qué no llegué hasta donde estaba usted y le puse una montaña de dinero en efectivo sobre la mesa, y luego hacerle firmar un recibo? Adivínelo usted mismo.

Se levantó de su asiento y salió de la sala sin mirar hacia atrás. Han disfrutó de la vista de una manera desapasionada; tenía una forma muy bonita de moverse.

Su primer impulso fue ir en busca de Chewbacca, y quizá correr el riesgo de armarse. Pero buscar al wookiee entre los salones de contratación del gremio y las oficinas de puerto podría significar perder el resto del largo día de Bonadan. Han poseía lo que consideraba un cierto don para la improvisación, así como una confianza en su habilidad para plantar cara. Nada de lo que la mujer había dicho sonaba bien, y esperar hasta que Chewbacca se marchase indicaba a Han que estaba tratando de pescarle.

Hacía unos minutos había estado preocupándose de dónde sacar su próxima comida, y ahora que tenía una oportunidad para conseguir el dinero se sintió bien. Esa clase de cosas siempre eran suficientes para eliminar las dudas de Han Solo.

De todas formas, no tenía la intención de seguir las instrucciones de esa mujer al pie de la letra. Había hecho suficientes estafas como para darse una ventaja. Después de todo, era de día y el espaciopuerto zumbaba de actividad.

Tan pronto como ella salió de la vista, Han se puso en pie para irse. Introdujo un poco más de dinero en el droide camarero y compró otra media botella, cogiendo dos vasos desechables del dispensador. Se dijo a sí mismo: *“Por si ella está aún sedienta. Espero que esto compense el quitarle su dinero.”*

El espaciopuerto Bonadan II Suroeste tenía una extensión más grande que muchas ciudades, sin embargo poco de él se extendía a gran altura o por debajo de la superficie del planeta. Había astilleros de construcción, patios de reparaciones, grandes cantidades de dársenas para las naves de transporte y cargueros, un centro de mando de la «Espo», una academia de la Marina Mercante de La Autoridad, y el cuartel general de oficinas del puerto. Añadiendo a eso las terminales de pasajeros, depósitos de mantenimiento, instalaciones de tratamiento para el transporte, almacenes, y lugares de recreo para los miles y miles de humanos y no humanos que vivían allí o que estaban de paso. Su extensión inmensa de tierra moldeada por fusión estaba respaldada por estructuras fijas de permacreto que daban mejor calidad y rapidez al traslado de pasajeros.

Con sus credenciales de capitán de una nave, aunque eran falsificadas, Han no tuvo que esperar la lanzadera pública. Llamó un taxi especial de cortesía, y se puso en camino con la convicción que podría cruzar el enorme puerto antes que la mujer, por lo que no importaba cuántos amigos pudiese tener allí.

El taxi se detuvo a cierta distancia del hangar cuya dirección le habían dado. Esa parte del puerto era mucho menos activa; los hangares eran estructuras de alquiler, baratas pero con cerrojo, destinadas para naves particulares que no iban a ser usadas por largos períodos.

Cuando se acercó a su destino, pasó por uno de los detectores de armas que cubrían Bonadan. Le rastreó por un momento, como una flor exótica buscaba la luz del sol. No detectando armas de fuego en él, se retiró sin hacer saltar ninguna alarma.

—Entrometido —rugió Han, quitándose de su camino.

En vez de entrar en el hangar de alquiler por la puerta principal, lo hizo por una pequeña puerta trasera. La puerta estaba sin cerrar y entró a hurtadillas para escuchar y mirar antes de darse a conocer.

Era un edificio sin ventanas que contenía equipo de mantenimiento y seis asientos. Un número de herramientas yacía alrededor de los asientos, sugiriendo que quienquiera que había estado trabajando con ellas había salido fuera por alguna razón y había dejado abierta la puerta trasera.

Convencido de que el hangar estaba desierto, encontró un lugar detrás de una pila de cajas de embalaje, desde el cual podría observar la puerta principal sin ser visto. Apoyándose en un contenedor metálico aislado, colocó sobre él las copas, la botella y esperó. Si la mujer aparecía con refuerzos, podría retirarse y seguirlos; si ella llegaba sola, Han sabía que pronto contaría su dinero. No obstante, comenzó a desear que Chewbacca estuviese con él. Se sentía desnudo sin su bláster, y la fuerza muscular del wookiee habría sido reconfortante. Todavía estaba pensando cuando las luces se apagaron.

Han se enderezó rápidamente, girando sobre sí mismo lentamente en la absoluta oscuridad sin atreverse a respirar. Pensó que escuchaba sonidos, y vio una luz moviéndose en alguna parte delante de él, entre las cajas de madera, pero no parecía que apuntase en su dirección. Tenía manos y pies listos para la defensa pero se sentía inútil y muy vulnerable en la oscuridad. Deseó tener el sentido del olfato tan agudo como el de Chewbacca.

Un pesado golpe en su espalda y hombros, lo tiró violentamente hacia adelante dejándolo de rodillas y sin aliento. Entonces sintió una superficie áspera, fría, y húmeda que se apretaba en su cara. Parecía una mano enguantada, pero eso careció de importancia cuando se dio cuenta de que la humedad estaba soltando emanaciones de alguna clase. Había conseguido recuperar el aliento cuando había caído y sus reflejos lo libraron de respirar demasiado de aquellas emanaciones, pero aun así la cabeza le daba vueltas.

Temiendo ser drogado, Han trató de torcer la cabeza, pero tuvo éxito sólo a medias y el guante le buscó a tientas otra vez. Con un terrorífico esfuerzo logró continuar conteniendo el aliento cuando arremetió contra la mano mordiéndola duramente. Su silencioso e invisible asaltante, se retorció locamente y tiró de la mano para escapar.

Han se tambaleó sobre sus pies, aún mareado. Se movió ciegamente, tratando de golpear o agarrar a su invisible adversario, pero sin suerte. Girando

lentamente, escuchando el latido de su corazón, fue cogido por sorpresa otra vez como cuando fue golpeado por detrás.

Girando rápidamente, golpeó la base del contenedor metálico donde se había apoyado. Era un envase de doble pared, pero afortunadamente estaba vacío y lo suficientemente ligero como para doblarse un poco. Aún veía puntos de luz dando vueltas antes sus ojos. Llegó a la conclusión de que su asaltante había debido de tomar las precauciones lógicas de llevar unas gafas protectoras y filtros para la respiración, dándole una ventaja enorme.

Algo se posó sobre la espalda de Han y rodó por el piso, entonces el asaltante estuvo de nuevo sobre él y nuevamente todo lo que podía hacer era acordarse de aguantar la respiración otra vez. Han luchó locamente para ponerse de pie, protegiendo su cabeza con un brazo. Cuando lo hizo, sus manotazos encontraron algo. Repentinamente se dio cuenta a pesar del aturdimiento que lo que había aterrizado en su espalda un momento antes había sido la botella de vino, que ahora sujetaba, al haber golpeado el contenedor metálico. Desafortunadamente no estaba en posición para moverla, sujeto por el peso del asaltante sobre su espalda.

Con una presión desesperada de su pulgar rompió el sello de la botella. El anuncio comercial de luz y el resplandor comenzaron a llenar la oscuridad con muchos colores, eliminando las tinieblas.

El peso agobiante en su espalda desapareció, y el asaltante huyó. Podría oír el arrastrar de unos pies cuando su asaltante se retiraba, confundió y repelido por el truco inesperado de Han. Trató de levantarse, pronunciando juramentos e insultos en cuatro idiomas y tratando de ignorar el dolor de sus lesiones y los efectos de lo que quiera que fuese lo que había inhalado.

Se arrastró, usando el contenedor como soporte. Su asaltante no estaba a la vista. Han sujetó la botella en alto, pero su resplandor no se extendió mucho más allá en la oscuridad; los LED's no eran, al fin y al cabo, adecuados para la iluminación.

Sabía que no disponía de tiempo para buscar a su enemigo o los controles de las luces. La unidad energética de los LED's de la botella duraría poco tiempo más. Tropezó de regreso a la puerta trasera del hangar, tratando de estar en guardia vigilando todas las direcciones, para evitar más ataques. Bajo el resplandor del sol de Bonadan, se apoyó hacia atrás contra la pared del hangar, cerró sus ojos y jadeó hasta aclarar su cabeza. La botella perdía intensidad. La tiró a un lado y esta rebotó, alejándose en vez de romperse. Estaba hecha de un vidrio muy resistente.

Lo que más le molestó fue pensar que su asaltante podría haber sido la chica. Pensaba que habría estado más generosa y dispuesta hacia él, pero los hechos parecían tener sentido. Ella podría no estar trabajando sola, y eso quería decir que ambos, Han y Chewbacca habían estado siendo vigilados en la sala de pasajeros.

Si Chewbacca había sido seguido al salir del salón, podría estar en problemas.

Han corrió a toda velocidad, buscando desesperadamente un taxi de cortesía, esperando llegar a su nave antes de que alguien la robara.

IV

No había ningún taxi de cortesía al que pudiese engañar en aquella zona privada de hangares del espaciopuerto. Han perdió mucho tiempo en una carrera desesperada para localizar uno. La idea de saber que su amigo pudiese estar en problemas, y un posible robo de su bien amado *Halcón*, lo habían mantenido todo el camino inquieto y malhumorado. Quedó ligeramente aliviado cuando vio el carguero modificado aterrizado, y aparentemente ileso donde él lo había dejado.

Como andaban escasos de fondos, los socios se habían visto forzados a dejar su nave estacionada en una zona de aterrizaje pública en vez de en una bahía alquilada de atraque como era su preferencia. Han subió la rampa en dos largos saltos. Antes de alcanzar la escotilla principal había puesto especial cuidado y revisado meticulosamente cada detalle alrededor de su nave, una colección variada de herramientas antiguas y las zonas descoloradas por el uso de las mismas. Cubrió el cerrojo con su palma, listo para cargar a través de la escotilla en el mismo momento en que se abriese, olvidándose de que no estaba armado. Solo sentía ansiedad por la posible situación de Chewbacca y temía las atrocidades que los desconocidos pudieran estar realizando en su fuente de sustento y libertad, el *Halcón Milenario*.

Cuando la escotilla se abrió estaba listo para saltar al fatal combate, encontrándose de cara con Bollux. La brillante cara del droide no mostraba mucha emoción, pero Han pudo haber jurado que hubo una nota de alivio en su voz.

—¡Capitán Solo! ¡Max y yo estamos encantados de verle, señor!

Han lo rozó al pasar.

—¿Dónde está Chewie? ¿Está bien? ¿Está bien la nave? ¿Qué pasó? ¿Quién estaba aquí?

—Aparte del daño menor en el cerrojo principal de la escotilla, todo está en orden. El segundo de a bordo Chewbacca hizo una breve inspección visual y entonces partió. Luego los sistemas de vigilancia nos alertaron a Max y a mí de que alguien trataba de forzar la entrada. Evidentemente el equipo que trajeron no era suficiente para comprometer la seguridad de la nave.

Eso tenía bastante sentido para Han. El *Halcón* no era una nave común, y había sido modificada para resistir el abordaje o los esfuerzos de forzar las entradas. Entre otras cosas, el cerrojo relativamente poco sofisticado y las otras medidas de seguridad habían sido reemplazadas con lo mejor que Han había podido diseñar, comprar o robar. Las herramientas y el equipo que podían abrir un carguero normal en cuestión de minutos no ponían siquiera nervioso al *Halcón*.

Bollux continuó su narración.

—Les advertí que alertaría a las fuerzas de los «Espos» si no desistían y se iban de inmediato. Lo hicieron, aunque de acuerdo con sus reglamentos vigentes, habría sido muy reacio a involucrar a cualquier agencia de la ley.

Han estaba de nuevo en la rampa, comprobando la cerradura. El plato manual mostraba muescas y arañazos donde un decodificador había sido sujeto a él en un intento fútil de abrirlo. El plato blindado de la escotilla había sido quemado con un soplete de plasma o disparos de bláster. El plato de la cubierta no había sido tocado y probablemente podría haber resistido la

entrada de los ladrones de quince a veinte minutos más. Habría sido necesario un cañón ligero para quemar rápidamente las placas hasta el final. Pero el daño producido a su nave dejó a Han bastante indignado.

El droide siguió relatando.

—Fui hacia la cabina del piloto y observé como huían.

—¡Estúpida pila de productos defectuosos! ¡Tendrías que haber hecho descender la torreta artillera del *Halcón* y haberlos borrado del mapa! —Han estaba tan enojado que apenas podría ver nada.

El lento discurso del droide le hizo parecer imperturbable.

—Eso es algo que no podría hacer. Lo siento, capitán; usted conoce las restricciones incorporadas a los droides que nos impiden hacer daño o atacar a formas de vida inteligentes.

Han todavía meditaba sobre la afrenta a su orgullo, murmurando.

—Sí, un día de éstos cuando tenga tiempo tendré que ocuparme de eso.

Alarmado al pensar en alteraciones fundamentales de la personalidad realizada por Han Solo, Bollux rápidamente cambió el tema.

—Señor, conseguí una identificación visual de los individuos que trataron de entrar a la fuerza. Ambos eran humanos y traían puestos monos azules estándar. Uno era un hombre, pero tenía puesto un sombrero y no pude percibirle muy bien desde la altura de la cabina del piloto. La otra era una hembra de pelo corto y negro.

—La he conocido —cortó Han, con un repentino aumento de color en su cara. Estaba tratando de hacer cálculos por distancia y determinar si pudo haber sido ella o su compañero el que había saltado sobre él en el hangar. Si como él sospechaba tenían un transporte privado, que fácilmente podía ser así, *¿por dónde se habrían ido?*

—En realidad, Max Azul sugirió seguir su partida con los macrobinoculares que usted guarda en la cabina del piloto. Partieron y el hombre fue directamente hacia la terminal de pasajeros, pero la mujer abordó un patín repulsor, uno verde de los modelos de las agencias de alquiler. Además de su casco protector, noté que llevaba una unidad buscadora. Max Azul activó el sistema de contramedidas electrónicas de la nave y lo mantuvo encendido; mientras tanto yo obtuve una lectura de su unidad. Luego ella emprendió el vuelo en un curso aproximadamente de cincuenta y tres grados al noroeste planetario, capitán.

Han estaba mirando a Bollux con asombro.

—Sabéis, los dos me tenéis francamente asombrado.

—Es usted muy amable, señor —hubo un chirrido breve de comunicación electrónica dentro de la cavidad torácica del droide.— Max Azul se lo agradece, también.

—Un placer —Han pensó su siguiente movimiento. El curso de la mujer la llevaba hacia una zona desierta de aquella parte de Bonadan. Él no podría ir tras ella en el *Halcón*; las estrictas reglas del espacio aéreo prohibían a las naves espaciales salir fuera de los corredores de salida o acercamiento. La alternativa restante era alquilar un patín repulsor y tratar de localizarla de ese modo. Pero eso también significaba que tendría que pasar más de esos omnipresentes escáneres de armas y dejar su bláster en la nave: Llevar consigo a Chewbacca sería una precaución lógica, pero esperar el regreso del

wookiee disminuiría sus oportunidades de alcanzar a la mujer. Han todavía hervía por haber sido asaltado en el hangar, y estaba más enojado aún por el daño causado al *Halcón Milenario*. En este estado de ánimos, Han rara vez razonaba.

—Va a ser un problema contactar con Chewbacca. Bollux, quiero que dejes a Max aquí, conectado al sistema de vigilancia de la nave por si alguien vuelve a tratar de forzar el *Halcón*, así podrá hacer lo mismo que tú, Bollux; y si se ve en apuros, puede hacer venir a los «Espos»: Luego quiero que tú busques a Chewie. Lo encontrarás por los salones de contratación del gremio, las oficinas del puerto o esperándome en el sitio designado alrededor de la zona de aterrizaje del espaciopuerto. Nos encontraremos allí tan pronto como pueda. Si tardo más de una o dos horas, nos encontraremos de regreso aquí. Cuéntale lo que ha ocurrido.

El patín repulsor era el más rápido que la agencia de alquiler tenía disponible, aunque era de una marca normal. Han aceleró el patín hasta el máximo, con su diminuto motor sonando como si tuviera una enfermedad pulmonar, y explorando el horizonte con los macrobinoculares que había recogido del *Halcón*.

Estableció un rumbo similar al que Bollux le había dicho que había tomado la mujer. Él también había traído una unidad buscadora, ajustado a la resonancia que tenía el de ella.

La ciudad era un mosaico lúgubre de fábricas, refinerías, oficinas, dormitorios de estudiantes, residencias de trabajadores, almacenes, y centros de embarque con gente entrando y saliendo sin parar. Pilotaba, como exigían las leyes, a través de los niveles más bajos de tránsito aéreo. Alrededor de él, deslizadores de superficie, motojets, y otros patines pasaban y fluían según las direcciones de regulación del tráfico. Transportes oruga situados debajo movían sus ruedas a través de las avenidas y caminos secundarios, por encima de las carreteras cubiertas de niebla tóxica utilizadas por los grandes transportes auto-conducidos de larga distancia. Los vehículos de la patrulla «Espo» nadaban entre los flujos de circulación de todos los niveles como peces de rapiña.

Fortuitamente dejó atrás la ciudad, después de lo cual la Regulación del Tráfico le notificó que la dirección de navegación de su pequeño vehículo lo llevaría fuera de la ciudad. El patín repulsor era poco más que una pequeña silla con un tablero de mandos adjunto, un vehículo barato, simple, de fácil manejo y encontrado en cualquier mundo. Había colgado el casco de seguridad que había recibido de la agencia de alquiler en su gancho; quería tener todo el campo de visión que pudiese. El hecho de que llevar el casco puesto era obligatorio no le importaba.

Una vez terminadas las restricciones metropolitanas, Han imprimió más velocidad al motor del patín de la que era aconsejable. Agachándose detrás del pequeño parabrisas, ignoró los ruidos ominosos que llegaban del sistema de propulsión situado bajo su asiento.

Bajo él la superficie de Bonadan se veía árida, deshidratada, erosionada, y desprovista de su capa cultivable, ya que la vida vegetal había sido destruida por la minería a gran escala y el poco interés de la gerencia de La Autoridad. La superficie tenía un predominante color amarillo, con tiras furiosas de rojo óxido en las hondonadas y los agrietados montículos. La Autoridad del Sector Corporativo no se preocupaba por el efecto a largo plazo de sus actividades en

los mundos que regía. Cuando Bonadan estuviese agotado e inhabitable, la Autoridad simplemente cambiaría sus actividades y operaciones al siguiente mundo que le conviniese.

El paisaje cedió terreno gradualmente a peñascos y picos más pronunciados. Esas montañas debían haber tenido poca riqueza mineral ó ningún valor industrial pues estaban relativamente intactas. La incursión hecha aquí por la tecnología de la codiciosa Autoridad era una estación automatizada de control de clima, un colosal cilindro colocado a lo largo en un aparato gigante de sistemas de adquisición de blancos, ahora apuntando hacia el mar, sin duda para disipar un centro tormentoso que la Autoridad del Sector Corporativo encontraba inconveniente. Al infierno con los patrones naturales del clima de Bonadan; si seguían considerando el océano como una cantera, los mares de Bonadan morirían.

La unidad buscadora empezó a desviarse. Han cambió de dirección hacia el curso que indicaba, superando el pico en el cual se levantaba la estación meteorológica. Pasó sobre las colinas inferiores cercanas, y cogió los macrobinoculares, comprobando el tiempo de grabación de la unidad.

Un movimiento abajo atrajo su atención. Han impulsó el patín para sobrevolar las colinas mientras enfocaba la atención en aquello más claramente. Otro pequeño vehículo aéreo, algo más rápido que un patín, se deslizaba hacia una meseta plana de tierra. Había tenido éxito, una figura diminuta estaba esperando al lado con un patín de alquiler de color verde.

Imprimió velocidad otra vez. En otro momento podría haber esperado y mantenerse alejado mientras estudiaba la situación, pero Chewbacca y él habían caído en una trampa, les debían diez mil créditos en efectivo y casi los matan, por lo que ambos querían venganza desde entonces.

Luego alguien había golpeado a Han y habían intentado robarle su nave. Teniendo en cuenta las condiciones en Bonadan, el hecho que nadie tenía posibilidad de llevar un arma de fuego encima contaba en su decisión. Cuando se zambulló hacia abajo, su rabia era algo que estaba más cerca de un ataque de adrenalina que del valor. Golpeó los pedales de frenado de emergencia en el último instante, convirtiendo lo que habría sido un choque prodigioso en un aterrizaje de precisión impresionantemente controlado.

Bajándose del patín, Han fue saludado por una mirada fija y atónita de la mujer y la fiera sospecha del hombre que acababa de llegar junto a ella. El hombre era un poco más alto que Han, pero muy flaco, con ojos hundidos y mejillas demacradas. Él, también, llevaba un mono estándar de trabajador. El vehículo que pilotaba, sin embargo, estaba totalmente fuera de lo común.

Era lo que usualmente se llamaba una vaina de motores gemelos controlados por unos manillares. Estaban hablando descansando sobre sus patines de aterrizaje, y sus motores vibrando suavemente.

El piloto de la vaina miró a la mujer con una extraña sonrisa.

—Pensé que había dicho que Zlarb la enviaba sola —luego clavó los ojos en Han—. Tiene un sentido fatal para los horarios, amigo —su mano se sumergió en la bolsita de herramientas de su cinturón. Cuando surgió de nuevo sujetaba algo que llenó el aire de un zumbido insistente.

Han identificó el arma como alguna clase de vibrocuchillo, quizá una herramienta de carnicería o el instrumento de un cirujano que los escáneres de armas registraban como una herramienta industrial. Había sido modificado para

incluir una gran hoja, y su mango estaba alimentado con una fuente más voluminosa. La hoja, casi tan larga como el antebrazo de Han, se movió cegadoramente, vibrando de una forma increíble. Atravesaría carne, hueso, y cualquier material con poca o ninguna resistencia.

Han saltó atrás cuando el vibrocuchillo cortó en el aire justamente donde había estado hacía solo un instante.

La voz de la mujer gritó firmemente.

—Deténganse ahora mismo.

Ambos hombres vieron que ella había sacado una pequeña pistola, pero mientras ella estaba indicando con su arma, el hombre con el vibrocuchillo se detuvo y esperó. El desafío del rostro de Han provocó una duda en su cara, pero siguió apuntándoles directamente con el arma.

—¡Deje de apuntarle y dispare! —gritó Han. Vio como el dedo de ella apretaba el gatillo.

No pasó nada. Ella miró la pistola asombrada y trató de disparar nuevamente sin éxito. El vibrocuchillo empezó a moverse nuevamente hacia Han, haciendo cortes rápidos y explorando las defensas de Han, que, en resumen, constaban de retiradas y evitaciones. Contra una hoja normal Han podría haber tratado de bloquearla o esquivarla; una laceración simple, o profunda, era fácil de curar con el contenido de cualquier mediunidad y habría sido un precio que habría aceptado pagar gustoso por acabar el combate. Pero un vibrocuchillo podía hacer algo más que un simple arañazo, podría llegar a cortarte en pedacitos muy lentamente.

Quienquiera que fuese, el hombre del vibrocuchillo era bueno. Han se arrepintió tardíamente de haber descendido hacia ellos. El hombre se le acercó de forma amenazadora con más seguridad en sí mismo, tejiendo con su hoja el aire, conduciendo a Han paso a paso hacia atrás, listo para saltar hacia él en un instante si el piloto giraba para retirarse.

Han divisó su patín por el rabillo de su ojo. Eludió la hoja de su adversario moviéndose hacia donde estaba estacionado. El hombre giró rápidamente cortando el aire donde Han estaba en ese momento, pensando que quería escapar.

Pero Han se detuvo y se giró lateralmente en el último momento, cogiendo su casco de seguridad del gancho donde lo había dejado. Enfurecido por haber sido engañado, el hombre apuró un golpe torpe de revés. Han levantó el casco y con toda la fuerza de su brazo golpeó al hombre en su hombro y de rebote en su cabeza. El material ligero del que estaba hecho el casco no fue suficiente para derribarle.

El hombre del vibrocuchillo hizo un movimiento cegador con su arma en un movimiento que habría abierto a Han en canal, pero ya se había colocado fuera de su alcance. Caminaron nuevamente arrastrando los pies en silencio, con Han retirándose.

La pelea había cambiado sutilmente. Han movió el casco, apuntando a la mano que sujetaba el arma. Aunque aún se encontraba en gran desventaja, intentó golpear, rompiendo la guardia del hombre. Entonces podría enfrentarse a golpes con el hombre inmovilizando su muñeca, era la única oportunidad que necesitaba.

Pero su adversario sabía eso tan bien como Han. Su avance era todavía implacable, pero tenía cuidado de recibir un impacto del casco. Entonces el

hombre, atrapó el casco protector con una cuchillada; un gran trozo de plastiduro amputado salió volando. En vista de que el casco era demasiado lento y tosco, Han hizo girar lo que quedaba de él hacia la izquierda y lo arrojó hacia la cara de su adversario.

El hombre lo evitó, rápido como una bala, pero en esa fracción de segundo Han ya estaba dentro de su guardia, con su mano izquierda sujetando la muñeca que empuñaba el arma. Sus manos libres golpearon, trabándose entre sí. El hombre era más fuerte de lo que parecía; forzó la mano con la que empuñaba su vibrocuchillo acercándolo. Han escuchó el molesto sonido del campo del arma con su oreja izquierda; distraído por él, fue víctima de una hábil patada en la pierna. Cayó de espaldas y el hombre del vibrocuchillo cayó con él, agarrados en una llave.

Han logró darse la vuelta, ganando la posición dominante, pero su antagonista usó el momento para forzar otro nuevo revolcón, recobrando la posición y atrapando a Han como un peso invisible. El hombre presionó un poco, usando su peso, y esforzándose en hacer bajar la hoja. Su ruido llenó las orejas de Han cuando el duelo se convirtió en un concurso de fuerza sobre los pocos centímetros que separaban la hoja del cuello de Han.

Repentinamente la atmósfera de Bonadan pareció llenarse de un estruendo tremendo, una inundación de sonidos. El vibrocuchillo fue arrancado tan rápidamente que Han casi fue arrastrado con él. Cuando pasó eso, empujó a su adversario, casi torciendo su hombro y rompiendo su agarre.

Han se puso en pie, confundido. Mirando en una dirección vio al hombre del vibrocuchillo a unos metros, inmóvil, pero respirando. Girando lentamente la cabeza, y sacudiéndola un poco para aclararse, vio a la mujer, a cierta distancia en la otra dirección. Había dado una vuelta lenta.

Pilotando el vehículo con una gran falta de experiencia, terminó por localizar el pedal de frenado y apagó la vaina.

Una vez detenida, se apeó y siguió el resto del camino a pie. Para entonces Han se había levantado y sacudido mucho polvo del que tenía encima.

Ella le estudió, con la mano izquierda en la cadera.

—No fue un mal movimiento, ondas de impacto de los motores —admitió.

—¿Alguna vez presta atención a alguien? —regañó ella duramente—. Estuve gritando, ¡apártese!, ¡cuidado! Iba a tirarle a él una piedra, pero usted lo único que hacía era ponerse en medio. No sé lo que habría hecho si no hubiesen estado detrás de los motores de la vaina, ¿Y si él hubiese llegado más lejos...? ¡Hey!

Han había dado un paso adelante, agarró sus manos y levantando apenas sus palmas, inspiró profundamente. No detectó ningún olor del anestésico que había en los guantes de su asaltante en el espaciopuerto o cualquier disolvente que hubiese usado para quitarlo. Pero su compañero podría haber ejecutado la emboscada en el hangar, o también era posible que la sustancia de los guantes no hubiese entrado en contacto con su piel. Esto no probaba que ella fuese inocente; sólo dejó de probar que era culpable.

La dejó ir. Ella le observaba con un travieso interés.

—¿Debería olfatearle yo a usted, ponerle nuevamente mis manos en su nariz o qué? Es usted realmente extraño, Zlarb.

—Debía explicarle algunas cosas. Mi nombre no es Zlarb. Zlarb está muerto, y quienquiera que le contrató me debe diez mil créditos.

Ella lo miró fijamente.

—Eso concuerda, siempre que esté diciendo la verdad. Pero usted se encontraba donde supuestamente estaría Zlarb, haciendo más o menos lo que se suponía que haría.

Han señaló con un pulgar el cuerpo del hombre.

—¿Quién era ese?

—Oh, él. Ese es con quien Zlarb se iba a encontrar en el salón. Estaba jugando en los dos bandos, el de Zlarb y el de los que daban las órdenes. ¿O pensaba que era yo?

Han empezó a realizar una sesión de interrogatorio cuando ella le interrumpió.

—Me gustaría charlar de esto tranquilamente, pero, ¿no deberíamos marcharnos de aquí antes de que lleguen?

Miró hacia arriba y vio lo que quería decir. Vio que se acercaban cuatro deslizadores para una redada.

—Los patines son demasiado lentos. Vamos.

Cogió los macrobinoculares de su patín repulsor y corrió hacia la vaina del hombre. Montándose en ella, volvió a darle vida a los motores. La mujer estaba agachada sobre el cuerpo del hombre del vibrocuchillo.

Haciendo trabajar el acelerador del manillar, giró la vaina en una apremiante vuelta, ayudado de su pie. Un impulso repentino lo llevó al lado de ella en un momento.

Dio un frenazo.

—¿Vienes o te quedas? —le preguntó colocando sus piernas debajo de los controles auxiliares. Ella colocó sus botas en el apoyo auxiliar y se colocó en la silla detrás de él, mostrándole el vibrocuchillo que ella se había detenido a recoger.

—Muy bien —concedió—. Ahora póngase el cinturón y agárrese.

Han hizo lo mismo, apretándose el cinturón de seguridad; cada uno se puso un par de gafas de vuelo que estaban colgadas de un enganche a un lado de la vaina. Giró el acelerador fuertemente y salieron volando a través del aire, el viento gritando entre ellos sobre el carenado de la vaina. Ella pasó sus brazos alrededor de la cintura de Han y ambos se agacharon para evitar el viento provocado por la hélice del carenado.

Los deslizadores que se acercaban estaban a punto de llegar desde la ciudad. Han condujo muy cerca del suelo. En el borde de una meseta de tierra realizó una zambullida repentina sobre el borde, y a plomo: la tierra se abalanzó sobre ellos.

Inclinó su peso sobre los manillares y se recostó fuertemente contra los controles auxiliares del timón. La vaina giró tan rápidamente que le la fuerza centrífuga le apartó de los manillares y la mujer también perdió su agarre. La parte trasera de la vaina donde estaba el motor cepilló la tierra, haciéndoles saltar y gritar. Han evitó el choque, e hizo virar la vaina dirigiéndola zigzagueando hacia el abismo.

Calculó que, debido a la naturaleza brusca y tortuosa de los barrancos y los cañones en el área, sus perseguidores simplemente no podrían apartarse de una buena altitud al ir en su busca, ya que podrían escapar a través de un cañón lateral o simplemente esconderse bajo una cornisa sobresaliente fuera del alcance de ellos. Por otra parte, si vinieran directamente en su búsqueda;

tenían que meter sus aeronaves en aquella hondonada que parecía una pista de obstáculos.

Han no había estado en una redada en muchos años, pero siempre había sido mejor que ellos, un corredor y un jinete magnífico. Estaba dispuesto a arriesgarse contra los cuatro vehículos perseguidores. Lo único que le preocupaba de eso era la posibilidad de que ellos se dividiesen colocándose dos de ellos en alto y los otros dos pegados a su trasero.

De todos modos, ¿por qué te preocupas? —gritó su pasajero sobre el aullido del motor y el ulular del viento—. Ellos no tienen armas o cosas por el estilo, ¿no?

—Eso no quiere decir que no puedan atacarnos —respondió por encima de su hombro, tratando de no distraerse en las vueltas alocadas y montañas rusas del laberinto.

Han supuso que ella no tenía experiencia en redadas. Hizo algún comentario que Han no captó, y asintió como si lo entendiera, pero estaba demasiado ocupado aprendiéndose de memoria los controles de la aeronave como para contestar.

Entonces se encontró con lo que más le había estado preocupando. Saliendo de una curva especialmente abrupta, casi perdió el control de la aeronave y tuvo que tocar sus propulsores de frenado con un juramento.

Salvó la vida de ambos. Una ráfaga repentina de aire hizo erupción a su derecha, provocando que la fuerza los lanzara lo suficientemente cerca de la pared de rocas de la izquierda. Con esfuerzos desesperados Han consiguió bambolear la aeronave, luego se enderezó y voló hacia delante nuevamente.

Las aeronaves de la redada se situaban encima de sus cabezas hacia la derecha; el piloto de una de ellas había descendido en una zambullidura pronunciada y había chasqueado los dedos al pasar, apretando su acelerador al final de la zambullidura en un esfuerzo para propinar un golpe al vehículo de Han y sacarlo del aire o tratar de hacerlos caer mediante la fuerza de una explosión de motor. Esas acciones, fallar por poco y los sustos, eran la clase de juegos que Han había conocido al dedillo en su juventud; jugando de verdad, era una eficiente forma de asesinar.

Sabía que habría al menos un hombre de apoyo; no saldrían de redada solos. Se acercó a una bifurcación del laberinto, y tomó una decisión en un abrir y cerrar de ojos yendo hacia el ángulo del sol, girando hacia el cañón que había elegido. La mujer le estaba golpeando el dorso, exigiéndole saber por qué había tomado esa decisión espontáneamente.

Había un largo saliente recorriendo un lado del cañón delante de ellos, pero Han se pegó al otro lado, dividiendo su tiempo entre la rápida toma de decisiones del camino a seguir y el robo de los microsegundos a sus perseguidores. Han se opuso al deseo que le impulsaba a detenerse y alejarse del tortuoso curso lleno de obstáculos; con el peso doble, su aeronave no cogería impulso, y no podría salir volando hacia el cielo fuera de la depresión.

Un destello de advertencia fue todo lo que obtuvo. Los rayos que caían en sentido oblicuo desde el sol le mostraron la sombra en el piso del cañón de otra aeronave acercándose. Su frenazo instantáneo y aceleración posterior estaban basados más en la intuición que en el cálculo de ángulos y velocidades. Pero sirvió para su propósito; la aeronave de redada que les seguía de cerca les pasó por encima, librándose de su piloto gracias a la maniobra de Han. El piloto

abortó su descenso, pero para entonces Han se había colocado en una posición de intercepción cuando llevó la aeronave de redada en una curva ascendente. Cuando se elevó, el piloto de la aeronave se encontró de frente con la parte trasera del motor de la vaina de Han.

No podía evitarle. La aeronave se movió alocadamente tratando de salir del piso del cañón, tembló en el aire por un momento, y luego se estrelló contra el suelo. Han no se paró a ver si el piloto había sobrevivido al accidente o no; Aceleró y puso la vaina a toda la velocidad sin peligro por el momento; Aceleró aun más. Rebasar, descender y deslizarse lateralmente, era todo lo que podía hacer para evitar una colisión.

Sufrieron una sacudida cuándo salieron de un tramo especialmente estrecho que mantenía la parte inferior de la vaina a sólo unos centímetros de una de las paredes verticales del cañón, Han y su pasajero salieron súbitamente al claro, dejando atrás las colinas. Inesperadamente, los otros tres perseguidores, que habían perdido el rastro de Han en el laberinto, llegaron volando en un curso directo de intersección.

Han vio por un momento sus caras asombradas; un humano y dos humanoides cuyas pieles de color oro brillaron a la luz del sol-nebulosa de la larga tarde de Bonadan. Giraron sus aeronaves para reanudar la persecución cuando Han aceleró.

Incluso cuando lo hizo, Han supo que una carrera en la llanura sería inútil. Con la mujer y él a bordo los alcanzarían antes de que pudiesen llegar a la seguridad de los patrones de tráfico de la ciudad. Lo que necesitaban era algo con lo que suspender la persecución lo antes posible.

Algo que sobresalía a su izquierda atrajo su atención. Era el enorme cilindro de la estación automatizada de control de clima que justamente empezaba a realizar un descenso lento con sus instrumentos de obtención de blancos, realineándose para una nueva asignación. Han tiró de los manillares y se dirigió hacia su nuevo objetivo.

Su pasajero gritó.

—¿Qué estás haciendo? ¡Nos atraparán!

No podía perder el tiempo en decirle que les atraparán de todos modos. Al acercarse rápidamente al soporte de la estación, tuvo que desacelerar. Una vista rápida le corroboró que la redada de sus perseguidores estaba en un punto muerto. Han desaceleró aún más cuando la base del soporte surgió amenazadoramente directamente delante suyo.

Por el momento sus perseguidores se contuvieron, no estando seguros de por qué iba en dirección a esa enorme construcción. No tenían ningunas ganas de participar en un accidente mortal.

En el último segundo redujo casi toda su velocidad y se abrió paso entre los soportes de la estructura. No era una maniobra especialmente complicada; las gruesas vigas estaban lo suficientemente espaciadas unas de otras, y su velocidad era, en ese momento, relativamente baja. Los perseguidores se agruparon detrás de él, decidiendo definitivamente seguirle en vez de desviarse para rodear la torre del soporte. Estaban determinados a no perderle una vez saliera por el otro lado. Sin embargo, ese no era el plan de Han.

Han tiró de los mandos y realizó una subida vertical, directamente hacia el pozo central del soporte de la torre, esperando que la estación fuera de diseño estándar.

Lo era; salió disparado entre dos pasarelas y directamente hacia el cavernoso cilindro de emisión de gases, un enrejado formado por cuadrados de aproximadamente metro y medio de lado cada uno. El cilindro de emisión era de unos 150 metros de largo, y por lo menos un tercio de eso de diámetro. Se mecía hacia abajo por un extremo del cilindro que giraba lentamente, orientándose a sí mismo y sobre su eje central. Regresó para ver que los tres perseguidores remontan el cilindro con determinación en su persecución. Se estaban moviendo más lentos que Han; nunca habían jugado a esto.

—Mantente sujeta —gritó sobre su hombro y se dirigió de regreso hacia ellos.

El cilindro era lo suficientemente espacioso para que pudiesen dispersarse y evitarle, pensando que estaba tratando pasarles por encima. Entonces, volvieron a pegarse a su cola siguiéndolo hacia el extremo más alejado del cilindro dónde, estaban seguros, podrían atraparlo.

Cuando aceleró nuevamente, el motor de la vaina vociferó su poder. El extremo más alejado del cilindro de emisión aún giraba y Han tuvo que compensar cuidadosamente su movimiento. Han se agachó hacia adelante, divisando cuidadosamente a través del carenado la situación de las aeronaves de redada. Las aberturas en el enrejado eran pequeñas.

La mujer vio lo que estaba a punto de hacer y acurrucó su cabeza en su espalda. La abertura que él había seleccionado se expandía ante él. Hubo un momento de terrible duda, pero ya era demasiado tarde.

Pasó el enrejado como un rayo. Estaban nuevamente en el descampado, apuntando más o menos hacia la ciudad. El motor de las aeronaves se escuchaba cerca. Echó una ojeada rápida hacia atrás. Trozos de restos llovían lentamente hacia él; uno de sus perseguidores había tratado de emularle y había fallado.

La cara de la mujer estaba pálida.

—¿Estás bien? —preguntó Han.

—¡Haga volar esta cosa, psicópata! —respondió a gritos.

Volvió a acelerar hacia la ciudad con una sonrisa arrogante y satisfecha.

—¡Manos hábiles y un corazón puro siempre triunfan! Nunca habías estado en una situación... —tragó saliva cuando vio que el borde del carenado había sido pulcramente cortado. Habían logrado pasar por milímetros— ...de peligro —acabó Han con una voz más tenue.

V

Chewbacca, todavía bastante lejos del *Halcón Milenario*, percibió un olor extraño y supo que algo andaba mal. Sus negras fosas nasales se dilataron en un esfuerzo sutil de identificar el olor, acercándose a la nave tan silenciosamente como pudo. A pesar de su gran tamaño y peso, el wookie, un cazador veterano, se movió con total sigilo.

Después de dejar el salón, Chewbacca había realizado solamente un chequeo superficial del *Halcón*, escudriñándolo fijamente para asegurarse de que nadie, y sobre todo los equipos de área, hubiesen tratado de mover el carguero o bloquearlo. Luego había comenzado un ciclo de preguntas en las oficinas del cuartel general del puerto y las agencias de contratación del gremio. Pero el segundo oficial del *Halcón* no había conseguido nada.

Su mandado había hecho que se perdiese el intento infructuoso de forzar la entrada del *Halcón*, la aparición de Han y su posterior partida. Pero ahora había descubierto otra nueva amenaza para el carguero. Silenciosamente se acercó al pie de la rampa. Vio que una forma poco familiar se encorbaba en lo alto y trabajaba activamente en el cerrojo principal de la escotilla del carguero. Al lado de la figura estaba una bolsa de herramientas abierta que contenía un cortador de fusión, algunas sondas, un taladro, y otros instrumentos para forzar entradas. Tenía puestos unos audífonos conectados a la nave.

Chewbacca subió por la rampa como un fantasma, extendió la mano, y agarró con su ancho puño el cuello del intruso, levantándolo. Los audífonos temblaron y cayeron por el cuello de la criatura, quedando colgando. Aparentemente era un dispositivo de escucha para la abertura de cerrojos.

—¡EEE-EE!

La figura se contorsionó y removió con tal fuerza que el wookie perdió el agarre sobre él. Pero cuando el aspirante a ladrón intentó esquivar y huir de Chewbacca éste extendió los brazos a los lados, cerrándole el paso. Atrapado, el ladrón se echó hacia atrás contra la escotilla principal del *Halcón*, jadeando y temblando.

El ser era pequeño, quizá una cabeza de altura menos que Han Solo estando recto. Tenía la piel brillante y satinada de un mamífero acuático, y un color negro profundo en los ojos. Era un bípedo con dedos pequeños en manos y pies; entre sus dedos, tenía una piel membranosa de color gris con un toque ligeramente rosado. Tenía una gruesa cola que levantó hasta la altura de sus orejas y la agitó rápidamente en todas direcciones, apuntando primero sobre el wookie, luego hacia los lados. Su hocico húmedo y largo, se estremecía nerviosamente. Dentro de aquel hocico barbudo, se vislumbraba una larga hilera de colmillos. Estaba claro que el entrecerrar de sus ojos determinaba que no tenía una vista muy aguda. El ser parecía obtener la mayor parte de la información por sus orejas; Chewbacca supuso que fue por los audífonos que tenía puestos por lo que no se había dado cuenta de su llegada.

El intruso se recogió hacia atrás y se irguió en toda su estatura (la cual no era muy imponente comparada con la de Chewbacca), la nariz estremeciéndose y la cola vibrando en claro signo de indignación. Desafortunadamente su voz, cuándo habló, era algo parecido a un chirrido tembloroso con un leve ceceo, reduciendo el efecto, por lo que perdió convicción.

—¿A qué se debe esta agresión, pedazo de wookie zoquete? ¿Cómo cree

que yo podría desafiarle a usted? Le hago saber que soy un rastreador de naves autorizado. ¡Esta nave aparece en la «*Lista Roja*»!

Sacó una tarjeta de su bolso abierto y la presentó con un ademán formal de su palmeada mano. Era un documento de identificación y autorización para alguien llamado Spray, del planeta Tynna, para actuar bajo los intereses y en el patrocinio de Rastreadores Interestelares Limitada, de conformidad con el cobro de deudas, el embargo y los procedimientos de recuperación y cualquier actividad conectada a eso.

Chewbacca, satisfecho de que el documento fuese real, miró hacia arriba con un gruñido de desagrado dirigido hacia todos los rastreadores en general y hacia Spray en particular. De la misma manera que Han, los detestaba sinceramente.

El hecho de saldar una deuda rara vez era un problema para las instituciones de aplicación de la ley; dicha práctica era común entre miembros de la sociedad como los pilotos independientes pero los agentes del orden en la galaxia no podían perder su tiempo en vigilar, buscar, detener y ajusticiar a esas personas, ya que provocaría la paralización de cualquier otra actividad. Así los «Espos», fuerzas Imperiales, y otras autoridades jurídicas tendían a ignorar el problema, dejando el cobro de deudas y/o el requisamiento de las naves espaciales, a los rastreadores de agencias como Spray que vagaba por la galaxia con la infame y voluminosa «*Lista Roja*».

Spray se hizo a un lado ante el rugido del wookiee. Habiéndose identificado, volvía a ser un empleado leal. El tynnano sacó, de alguna parte, un pequeño cuaderno de apuntes increíblemente grueso, y lo estudió, entrecerrando los ojos y con su húmeda nariz casi tocando la página.

Farfulló algo mientras leía.

—Ah, aquí, sí —dijo finalmente—. ¿Es usted por casualidad el capitán, umm, Solo?

Chewbacca gritó una negativa irritada y sacudió con fuerza un pulgar en dirección hacia el espaciopuerto, indicando la posición actual de Han tan bien como podía. Luego apartó groseramente a Spray de su sitio y se agachó para ver que le había hecho a la cerradura. Cuando descubrió el mismo daño que Han había visto antes que él, dejó escapar un aullido horrible y se volvió hacia el rastreador con un caos total en su mente.

Pero el tynnano, ya lo había visto antes mientras trabajaba; estaba más indignado que intimidado.

Resolló.

—¡Tenga toda la seguridad de que no soy responsable de ese daño! ¿Me toma usted por un chapucero o un gángster? ¿Un hombre primitivo e insensato poco familiarizado con la tecnología moderna? Soy un agente adiestrado en rastreo y embargos, mí estimado wookiee, equipado con las últimas herramientas de mi profesión; evito hacer cualquier daño innecesario a la propiedad embargada. ¡No tengo ni idea de quién manipulaba indebidamente el cerrojo de la escotilla antes de mi llegada, pero puede estar seguro de que esa persona no era yo! Simplemente desactivé el sistema de vigilancia y estaba a punto de neutralizar la cerradura sin dañarla, sí, puedo decir que así era cuando usted me abordó violentamente. Ahora que usted está aquí, sin embargo, esa necesidad ya no existe.

Spray acurrucó el cuaderno de apuntes otra vez y refunfuñó, insinuándole al wookiee que abriese la escotilla principal del *Halcón*. Chewbacca se encontró

dando zancadas; su furia y amenazas habían sido algunas veces saludadas por el miedo, algunas veces por la hostilidad, y ocasionalmente por el combate, pero nunca se había encontrado tan preocupado, por lo que no le prestaba ninguna atención.

—Ah, aquí esta —siguió diciendo Spray, después de haber abierto nuevamente el cuaderno y encontrado la página correcta—. Su capitán ha dejado adeudada una cantidad de dos mil quinientos Créditos Estándar a Vinda y D'rag, Starshipwrights e Ingenieros Aeroespaciales Incorporated, de Oslumpex V. Su capitán Solo ha ignorado siete; no, ocho avisos de vencimiento.

Miró furiosamente al wookiee.

—Ocho, señor. Vinda y D'rag han notificado el incumplimiento por parte de su capitán y le han referido el caso a mis jefes. Ahora, si usted fuera tan bondadoso de abrir la escotilla, puedo continuar el proceso de embargo. Por supuesto, usted tiene libertad para sacar todos los efectos personales.

Chewbacca había estado haciendo reverberar su garganta hasta ese momento, cosa que alguien más familiarizado con él habría tomado como una señal de peligro. Su enfado explotó con un rugido que hizo retroceder a Spray un paso atrás igual que si le hubiese golpeado físicamente, arrugando el pelaje de la nariz del pequeño rastreador y doblando los pelos de su barba.

Pero Spray se mantenía en pie esperando pacientemente, con los ojos cerrados contra el vendaval bucal del wookiee, y los horribles juramentos que Chewbacca escupía sobre él. El tynnano se sobresaltaba de vez en cuando, sobre todo en los aumentos de volumen, meciendo sus orejas protectoramente, pero se mantuvo resueltamente firme. El segundo oficial del *Halcón* interrumpía periódicamente su vociferar cerrando su enorme puño y descargándolo contra el casco de la nave, provocando profundas vibraciones en su armadura.

Cuando finalmente se calló, Spray comenzó de nuevo con el más templado de los tonos.

—Ahora bien, como decía: tengo un documento aquí facultándome a tomar posesión de...

Chewbacca agarró rápidamente los papeles de las manos de Spray. Era un grueso documento legal de varias páginas; el wookiee lo aplastó en una bola comprimida con sus fuertes manos y se lo metió en la boca. Burlándose del rastreador, mordió ruidosamente el documento varias veces, desmenuzándolo hábilmente y tragandoselo después.

Pero hacerlo no alivió su frustración con Spray. Ésta era la primera vez que Chewbacca recordaba, que una criatura que pesaba tres veces menos que él le hubiese dado tantos problemas. Empezaba a sentirse avergonzado; la escena ya había atraído la atención de varios holgazanes locales y de un número de paseantes y autómatas. La simple idea de demoler al tynnano estaba ahora totalmente fuera de consideración.

—Eso no le hará ningún bien, mi estimado wookiee —Spray se apresuró a decirle—. Tengo muchos duplicados. Ahora, a menos que su capitán esté preparado para hacer un pago inmediato y por la suma total de su deuda, siento mucho exigirle que abra la escotilla o me permita hacerlo a mí.

Chewbacca se rindió por fin gruñendo e indicando a Spray que le siguiese rampa abajo. Llevaría al rastreador a hablar con su socio; no veía ninguna opción excepto perder la nave o cometer un asesinato premeditado en un lugar público.

Pero Spray estaba negando con la cabeza enérgicamente, sus bigotes estremeciéndose.

—Creo que no, mi buen amigo. Es muy tarde para empezar a negociar; sus únicas opciones son el pago inmediato o el embargo.

En el transcurso de la larga vida de Chewbacca, aprendió que el rugido más belicoso era insuficiente. Sujetó con su enorme pata los hombros de Spray y sin esfuerzo alguno levantó al rastreador, hasta que sus miradas estuvieron a la misma altura. El hocico peludo de Spray estaba suspendido frente al hocico dientado de Chewbacca; sus palmeados pies estaban colgando en alguna parte por encima de las rodillas del wookie, el tynnano observó cuando el segundo de a bordo del *Halcón Milenario* desplegó silenciosamente sus labios, mostrándole dos hileras de feroces dientes.

—No obstante... —el agente de embargos volvió a la carga precipitadamente— ...quizá podríamos realizar alguna clase de acuerdo y ahorrar el coste y las molestias de la subasta pública a mis jefes. Bien visto, señor. ¿Dónde puedo encontrar a su capitán?

Chewbacca cuidadosamente colocó a Spray en el suelo delante de sus patas y gesticuló hacia el sistema de vigilancia del cerrojo, dando un severo gruñido. Captando su significado claramente, Spray sacó algunas herramientas de su bolso y rápidamente reactivó el dispositivo.

La voz de Max Azul sonó en un instante por el interfono.

—¿Quién está ahí? ¿Por qué fue desactivado este instrumento? ¡Responda inmediatamente o se lo haré saber a la seguridad portuaria!

Chewbacca ladró una vez en el intercomunicador.

—Oh, segundo de a bordo Chewbacca, señor —respondió Max con felicidad—. Pensé que la nave estaba siendo nuevamente robada. Hubo un intento antes. El capitán Solo se ha marchado para hacer algunas averiguaciones. Envié a Bollux a la Zona de Aterrizaje con el recado, y dijo que les encontraría allí. ¿Va a subir a bordo, señor?

El wookiee ladró con irritación cuando se marchó bajando la rampa. El tynnano tuvo que trotar para igualar las largas zancadas de Chewbacca.

Max Azul le gritó.

—Pero... ¿cuáles son mis instrucciones?

Como el wookiee se lo llevó a la fuerza, el rastreador gritó hacia atrás.

—¡En nombre de Rastreadores Interestelares Limitada, asegúrese que la nave no sufra ningún daño!

Por cierto... ¿Cuál es su nombre? —la mujer preguntó cuando atravesaron la entrada de la Zona de Aterrizaje—. Esto es una investigación. Cuando haya reunido toda la información, voy a dejarla caer encima de la mesa de la Junta Directiva —sonrió intensamente—. Con esto voy a ganarme el ascenso y el aumento de sueldo más jugoso que haya podido ver antes. Yo soy Fiolla del planeta Lorr. ¿Y usted?

Han unió sus manos.

—Hago contratos de alquiler. Me reuní con Zlarb sin saber que el trabajo era trasladar un cargamento de esclavos. No estábamos de acuerdo y Zlarb se quedó con el que le mató. Y no me importa quien esté haciendo qué para quien; me deben diez mil créditos en efectivo y los quiero. Zlarb tenía un

mensaje de cinta donde decía que debía encontrarse aquí con alguien para cobrar, así es que aguardé a su cita. ¿Cómo es que acabó usted en el salón?

—Era parte de la información que encontré. ¿Le dijo Zlarb alguna otra cosa?

—Zlarb hizo el «Salto Final» poco después de ser quemado con un disruptor, pero tenía un registro de matrículas de naves y permisos locales. La mayor parte de ellos eran una estratagema emitida por una agencia en Ammuud —ella escuchaba distraídamente, pero Han siguió—. ¿Le molestaría decirme por qué soy ahora de su confianza? No es que me conmueva profundamente, por supuesto.

—Simple; esto es más grande de lo que había pensado. Necesito alguna ayuda adicional y no puedo acudir a los «Espos». Usted parece saber lo que está haciendo, aunque no de forma sutil. Y estoy definitivamente segura que no forma parte del anillo de esclavitud a menos que el asesinato sea un pago inicial de esos diez mil que le deben.

—Se sorprendería. No se haga ideas equivocadas; no soy una buena persona. ¿Cómo acabó usted hoy allí?

—Mi asistente, Magg, colocó en mis manos un mensaje de que la Gerencia se reuniría con Zlarb, allí en el salón. Cuando decidí que usted no iba a decirme mucho le mandé a perseguirme y...

Han se inclinó hacia adelante con una cara que provocó que Bollux temiera por la seguridad de Fiolla.

—¿Y Magg me siguió hasta el hangar y fue el que apagó las luces?

Fiolla parecía sinceramente escandalizada.

—¿Está usted diciendo que alguien le atacó?

—Alguien hizo de todo excepto homenajearme.

Ella inspiró profundamente.

—Le di el número del hangar del depósito de la Autoridad. Sabía que no estaba en producción a la espera de componentes y que no habría nadie. Pero escuche, Magg siguió a su amigo peludo cuando salió del salón y así fue como nos enteramos de cuál era su nave. Cuando no pudimos subir a bordo para inspeccionarla, me marché a la cita de Zlarb con aquel hombre con las instrucciones que me dieron y un patín repulsor alquilado. Envié a Magg a ver lo que podía averiguar sobre usted.

Han estaba tan ocupado en desenredar todo lo que le estaba contando que se había olvidado de su enfado. Quedó impresionado con la inventiva de ella, enfadándose un poco por su confianza en sí misma, y sorprendido por su ingenuidad.

El camarero sljee había regresado: dos tentáculos levantaron rápidamente los dos vasos de la mesa hacia la bandeja colocada en su espalda mientras dos vasos nuevos de flameouts eran colocados ante Han y Fiolla.

—Aquí están —dijo el sljee alegremente—. ¿Hará el pago ahora, o lo pongo en una cuenta? —preguntó esperanzadoramente. Ya había sido estafado dos veces ese día por clientes sin escrúpulos que se habían aprovechado de la dificultad para diferenciar la individualidad del sljee.

—Póngalos en una cuenta —dijo Han inmediatamente. El sljee se retiró decepcionado, haciendo su mejor intento por aprenderse de memoria el olor de Han sin mucha confianza.

Los flameouts estaban perfectos, quemando sus lenguas y congelando sus gargantas, haciéndoles jadear un poco.

—¿No pensaba que era estúpido ir a esa cita usted sola? —preguntó Han.

—Tenía un arma —respondió—. Una especial, que no se registra en los escáneres. Muchos ejecutivos las llevan. ¿Cómo podía saber que aquel objeto insignificante me decepcionaría?

—¿Dónde está su asistente ahora?

—Después de que Magg averigüe algo sobre usted irá a nuestro hotel y se preparará para partir. Se me ocurrió que podríamos tener que abandonar el planeta rápidamente...

—Probablemente —dijo Han. Un pensamiento repentino le golpeó y se puso serio nuevamente—. ¿Le debo a Magg los daños en mi nave?

—Le ordené que tratase de entrar por la fuerza, y ver si había cualquier información a bordo; pensé que usted podría estar jugando con nosotros. Si quiere desquitarse, me puede llevar de redada en alguna otra ocasión. A propósito, ¿qué clase de sistema de seguridad tiene usted instalado? Magg estaba seguro que podría abrir un carguero sin romper la cerradura, pero ese bloqueo suyo lo dejó frío. Dijo que necesitaría una tienda de herramientas completa.

—Me gusta mi intimidad —explicó Han de manera sencilla, evitando la mención de que se dedicaba al contrabando.

—Magg dijo que era como tratar de abrir la Reserva Imperial de Moneda Circulante.

—Eso suena como si fuese un tipo experimentado —replicó.

—Oh, es muy versátil, sí. Le seleccioné cuidadosamente porque tenía, ah, un rango de habilidades muy amplio. Pienso que ustedes dos se encontrarán el uno al otro muy...

En ese momento Chewbacca llegó con Spray. El wookiee sentó a la fuerza la pequeña pelusa tynnana con la presión de una pata gigante y luego tomó asiento, dejándose caer a su lado.

—Conocí a Fiolla aquí y casi hace que me maten —le dijo Han a su amigo agradablemente—. ¿Cómo ha ido tu tarde?

Chewbacca estudió a la mujer con sus grandes y lúcidos ojos azules, ella le devolvió el escrutinio. Luego el wookiee señaló a Spray y, en su idioma de gruñidos y ladridos, explicó a Han lo sucedido con el rastreador entrecerrándose los ojos mutuamente.

—Odio a los rastreadores —anunció Han—. En ese caso pienso que haré pinitos...

Spray comenzó a levantarse. Chewbacca golpeó ruidosamente con una pata su hombro y le empujó nuevamente hacia abajo. La cabeza de Han daba vueltas por como se desarrollaban las cosas, y deseó poder procesar la información tan rápidamente como lo hacía Max Azul. Teóricamente, Spray podría utilizar la ayuda de los «Espos» para tomar posesión del *Halcón*: nuevamente Han se preguntó cuando terminaría su pésima suerte.

Justo entonces el camarero sljee apareció otra vez, habiendo percibido la presencia de Chewbacca y de Spray. Puso empeño en hablar en sus tonos más hospitalarios, todavía consciente de su arpón previo.

—¿Sí, señor? —susurró el sljee al wookiee—. ¿Qué le puedo traer a usted y su pequeño hermano?

Chewbacca ladró furiosamente al sljee. Spray, visiblemente perturbado, explotó.

—¡No somos de la misma especie!

—¿Qué te he dicho? —Han le preguntó al sljee amenazadoramente.

—Mil perdones —gimió el sljee, girando y moviéndose de un lado a otro, entrelazando sus tentáculos suplicantemente.

—¿Qué diablos está pasando? —quiso saber Fiolla, no habiendo entendido nada de lo que Chewbacca había dicho.

Spray mantuvo en alto sus patas, con los dedos palmeados fundidos entre sí, hasta que los demás se tranquilizaron, incluido el sljee.

—Ante todo, no tenemos necesidad de cualquier refrigerio, gracias —dijo el tynnano al camarero.

El sljee se retiró agradecidamente.

—Ahora —continuó Spray—, el tema principal. Capitán Solo, por favor, deje de hacerme callar, señor. ¡Me escuchará! El asunto son los dos mil quinientos créditos que debe a Vinda y D'rag, Starshipwrights e Ingenieros Aeroespaciales Incorporated, de Oslumpex V. A menos que usted esté preparado para realizar el pago, tengo plenos poderes para embargar y tomar posesión de su nave, la cuál, a propósito, parece haber sido modificada de modo ilegal.

Han estrechó sus ojos y miró furioso a Spray.

—Estoy pensando ahora mismo —dijo— en cómo cierto enano picudo de color cincel va a conseguir merecidamente cobrar.

—Hay un poco de público para hacer amenazas, ¿no, Solo? —preguntó Fiolla.

—¡Manténgase fuera de esto! Que yo sepa, ustedes dos trabajan más o menos para la misma gente.

—La fanfarronería no le hará ningún bien, capitán —ladró Spray con su insistente voz chirriante—. O procede al pago de la deuda ahora mismo, o me veré forzado a acudir a las oficinas del puerto y la Agencia de Seguridad.

Han estaba con su boca abierta, dudando entre mentirle o simplemente decirle a Chewbacca que dejase al rastreador inconsciente. Entonces, escuchó a Fiolla decir:

—Pagaré por él.

La boca de Han aún permanecía abierta cuando se giró hacia ella.

—Será mejor que la cierre —advirtió Fiolla—, antes de que se le queme la lengua con el sol. Mire, este problema mío es bastante más complicado de lo que había pensado. Necesitará más investigación antes de que esté listo para ir con él a la Junta Directiva. Necesito una forma de moverme rápido, y no soy particularmente entusiasta del transporte público. Y lo último que quiero es coger una nave del depósito de la Autoridad. Solo, usted debe estar deseando marcharse también, antes de que la investigación de los «Espos» sobre los patines repulsores alquilados y sus dos pilotos les lleven hacia nosotros. Si usted me saca de aquí, cubriré su deuda. Además, ¿no quiere usted sus diez mil créditos? Su mejor oportunidad de conseguirlos es ayudándome.

Se dirigió a Spray.

—¿Cómo lo quiere?

El tynnano se rascó nerviosamente el pelaje en su cabeza, parpadeando y retorciendo su nariz en signo de consternación.

—¿Dinero en efectivo? —preguntó por fin.

—Un vale de efectivo de la Autoridad —respondió Fiolla—. La mitad ahora y el resto cuando hayamos terminado. Es tan bueno como tener el dinero en una bóveda de seguridad.

—Rastreadores Interestelares Limitada prefiere el pago a los procedimientos de embargo —admitió el rastreador—. Pero me temo que no podré perderlos

de vista hasta que el pago haya sido completado.

—Un momento —Han dio un respingo hacia Fiolla—. No voy a llevar a este pequeño parásito social a todos lados.

Spray se puso inesperadamente firme.

—Capitán Solo, su propuesta es la única alternativa al embargo de su nave.

—Siempre queda el famoso truco de hacer desaparecer al rastreador —sugirió Han misteriosamente.

—Sea civilizado —regañó Fiolla—. No tardaremos mucho, Solo. Y si usted no me ayuda, tal vez tendré que poner su nombre en mi informe. Pero si me lleva para revisar esas listas de Ammuud, que mencionó, me olvidaré de usted completamente.

Han esperaba que el olvido fuese mutuo. Se bebió de un solo trago la mitad del flameout. Se sintió corrosivo pero no le ayudó en nada más. Miró hacia su segundo oficial, quien le devolvió la mirada, sin decir nada, estando dispuesto a seguir a Han sin importar la decisión que tomase.

Puso la barbilla sobre su puño.

—Chewie, coge a Bollux y marchaos de regreso a la nave. Iré con nuestro nuevo patrón y recogeremos a su asistente. Obtén la autorización de despegue y prepara las coordenadas para un salto hacia Ammuud.

Fiolla hizo un garabato sobre un PAD y presionó su huella digital sobre el cuadrado de autorización. Le presentó el comprobante a Spray. Han se dio cuenta de que tenía una cuenta de gastos ilimitada y que su posición para con La Autoridad debía ser muy importante.

El wookie se había levantado y se había acercado a Spray con una precaución total, con Bollux caminando detrás de ellos. El tynnano sólo hizo una educada reverencia de despedida hacia Fiolla.

—Gracias por permanecer razonable en este asunto —dijo.

Se puso en camino nuevamente hacia la puerta. Chewbacca expresó con un gruñido un adiós hacia Han, y luego otro a Fiolla. Ella lo devolvió, no entendiendo bien los sonidos vocales de Chewbacca pero desfigurando la cara en una imitación muy buena, haciendo subir las dos esquinas de su labio superior y dejando al descubierto sus dientes inferiores junto con los superiores como lo hacía un verdadero wookie. Chewbacca se asombró, y emitió un ladrido agudo de risa. Luego se fue rápidamente, con Bollux a su lado, alcanzando a Spray que ya salía del local.

—Es una imitadora bastante buena —comentó Han, recordando su imitación del gerente de cuatro brazos en el salón de la terminal.

—Le dije que era de Lorr —le recordó, y entonces lo entendió. Los lorrrianos, durante muchas generaciones, habían sido esclavos durante los desconciertos de Kanz. Sus amos les habían prohibido hablar, cantar y cualquier otra forma de comunicación con los demás en su trabajo. Los lorrrianos habían desarrollado un idioma complicado con las manos, con sutiles movimientos faciales y señales corporales, convirtiéndose en los amos de la comunicación Kinesic. Aunque habían pasado generaciones desde que la esclavitud de su especie había sido eliminada por los Caballeros Jedi y las fuerzas de la Antigua República, los lorrrianos seguían estando entre los mejores mímicos de la galaxia.

—¿Así es como supo que Chewie y yo observábamos hoy la mesa 131?

—Vi que estaba esperando a alguien; lo indicaba cada vez que alguien daba un paso hacia la mesa.

Han pensó que las habilidades lorrrianas de Fiolla la convertían en una persona muy interesante después de su liberación de la esclavitud. Todavía, era extraño encontrar a un lorrriano trabajando fuera de su planeta, y especialmente para la Autoridad del Sector Corporativo.

A punto de terminar su glameout, Han señaló la PAD de crédito ilimitado.

—Puede obtener más con un bláster que con una de esas. Si yo tuviese una, me compraría un pequeño y bonito planeta y me retiraría.

—Nunca tendría una de estas —le aseguró, levantándose y siguiéndole fuera de la mesa—. Este negocio de esclavitud va a ser mi gran salto; nada me impedirá ahora sentarme en una de las sillas de la Junta Directiva.

El camarero sljee regresó, sus tallos olfatorios inclinándose y ondeando cuando se percató que la mesa estaba vacía. Luego vio a Han y Fiolla y se acercó a ellos tentativamente, la cuenta extendida ante Han, estaba en una bandeja de metal.

—Ah, creo que ésta es su cuenta, seres humanos —aventuró el sljee.

—¿Nuestra? —Han estaba pelado, y lloró teatralmente—. Acabamos de llegar, y para su información hemos estado esperando para ser acomodados hace ya un buen rato. ¿Y usted está tratando de clavarlos la cuenta de alguien cuando ni siquiera hemos bebido algo? ¿Dónde está el gerente?

El sljee daba vueltas, enredando sus tentáculos en total consternación. Su equipo sensorial era realmente excelente en distinciones finas con respecto a otro sljee, pero descubrió que las especies humanoides eran horriblemente anónimas.

—¿Está usted seguro? —el sljee gimió humildemente—. Lo siento; yo, supongo que les confundí con otros dos —estudió la mesa vacía, retorciendo sus tentáculos en señal de sufrimiento—. ¿No les vio usted salir? Si he vuelto a ser estafado me costará mi trabajo.

Incapaz de resistir más, Fiolla sacó un generoso puñado de dinero en efectivo de su bolsita del muslo y lo lanzó en la bandeja.

—Solo, es usted imposible.

El sljee se retiró, cubriéndola de su gratitud. Fiolla se dirigió hacia la puerta.

—Si todas las formas de vida fuesen como ella... —opinó Han para sí mismo.

VI

El hotel de Fiolla, como era de esperar, era el lugar más fino de hospedaje en el espaciopuerto, el Hotel Imperial. Han recurrió a sus mejores maneras para no sentirse fuera de lugar cuando la siguió a través de un vestíbulo de columnas revestidas por joyas en vuelo, altos techos, lujosas alfombras, enseres caros y árboles exuberantes.

Fiolla, por su parte, era un cuadro de frescura, indiferente, aristocrática aun vestida con el mono. Llamó al ascensor y cuando llegó, presionó el botón de la séptima planta.

Su suite era lujosa sin rozar lo escandaloso. Han sospechó que, aunque Fiolla podía haberse permitido algo mucho más lujoso, lo habría considerado vulgar.

Cuando abrió la puerta, Han supo que algo malo pasaba. Las cosas estaban desordenadas. El mobiliario de la confortable sala estaba tirado por todos sitios, los cojines de suspensión y los almohadones estaban rasgados o volcados. Los armarios estaban con las puertas abiertas y todas las tarjetas de datos con las que Fiolla trabajaba estaban regadas por el piso.

Cuando Han apartó a Fiolla de la puerta, repentinamente fue consciente de que estaba desarmado.

—¿Tiene algún arma?— murmuró a su oído. Ella negó con la cabeza, con sus ojos muy abiertos—. Entonces deme la pistola estropeada; Más vale algo que nada.

Ella le pasó el arma. Han escuchó atentamente pero no oyó ningún sonido que le indicase que el que había puesto la suite patas arriba estuviese aún allí. Se movió con precaución por la suite, escuchando en cada puerta antes de comprobar la habitación.

Encontró señales de búsqueda en todas partes mientras realizaba un rastreo con mucha precaución, pero se quedó aliviado de que no hubiese nadie en las habitaciones.

Han activó el modo AISLAMIENTO COMPLETO de la puerta.

—¿Dónde está la suite de Magg?

Ella señaló.

—Hay una puerta de conexión entre suites detrás de ese armario; normalmente tomamos habitaciones anexas. Una auditoria puede exigir largas horas de trabajo.

Abriendo la puerta que daba a la suite de Magg, y escuchando atentamente, tampoco escuchó ningún sonido. La suite de Magg estaba en el mismo estado que la de Fiolla.

—¿Usted le envió aquí para hacer el equipaje? —preguntó.

Fiolla inclinó la cabeza a modo de asentimiento, mirando conmovida la habitación saqueada.

—Pues bien, alguien se les adelantó. Coja todo lo que pueda meter en sus bolsillos; salimos de aquí ahora mismo.

—Pero, ¿y Magg? Tenemos que informar de este incidente a los «Espos».

Su voz se desvaneció cuando regresó a su propia suite. Han comenzó a dar instrucciones en el panel de programación para que los droides-criado se encargaran de las tareas domésticas, luego volvió a la suite de Fiolla.

—No vamos a acudir a los «Espos» —le dijo—. Podrían estar con ellos, ¿No fue eso lo que me dijo? Entonces no vaya a romper ahora la baraja.

Comenzó a repartir órdenes en el panel de programación de la suite de ella también. Fiolla regresó, varios bolsillos de su mono estaban hinchados y un delgado petate colgaba de su hombro.

—No me gusta esto, pero tienes razón sobre los «Espos» —admitió—. ¿Qué estás haciendo?

Han se apartó del panel.

—Bien, hago que cierta mujer pueda viajar sin mucho equipaje. Di instrucciones para que sus cosas y las de Magg sean guardadas en el almacén. Puede regresar a por ellas más tarde —o eso espero, pensó para sus adentros—. ¿Las habitaciones están ya pagadas? Bien, nos marchamos inmediatamente.

Han miró a hurtadillas hacia el corredor antes de salir. Han se sentía tan tenso como si fuese a pilotar por primera vez, pero no encontraron problemas en el pasillo ni en el vestíbulo.

Un robo-hack los depositó junto a una de las puertas laterales del espaciopuerto, una entrada a las bahías de atraque cerca del Halcón que las credenciales de capitán de nave de Han lograron abrir.

Pero cuando alcanzaban la visión frontal del *Halcón*, Han repentinamente tiró hacia atrás de Fiolla, llevándola a un escondite detrás de un pequeño esqui orbital y atrajo su atención señalando hacia varios merodeadores en la zona.

—¿Reconoce a alguno de ellos?

Frunció el ceño bajo el sol nebuloso.

—¿Oh, quiere decir esos de las pieles doradas? ¿No eran dos de los pilotos de la redada de esta tarde? Pero, ¿qué están haciendo aquí?

Han puso una cara de consternación.

—Han venido a ver si nos unimos a su club de acrobacias aéreas, ¿qué más da?

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Fiolla.

Han cogió los macrobinoculares de la funda que colgaba en su costado. A través de ellos pudo ver a Chewbacca arriba, en la cabina del piloto del *Halcón Milenario*, realizando un chequeo de prevuelo de la nave.

—Por lo menos Chewie está a bordo —le dijo, bajando los macrobinoculares—. Spray y Bollux, supongo que también. Nuestros amigos están probablemente esperándonos a ver quién aparece antes de que la nave despegue.

Resolver la situación a tiros no serviría, Han lo sabía. Aunque él y Fiolla pudieran alcanzar el *Halcón* al amparo de las armas de su barriga, la oportunidad de evadir la red de patrulleras y las naves de interdicción situadas en órbita y saltar a la seguridad del Hiperespacio era casi inexistente.

Fiolla se mordió el labio inferior, deliberando.

—Hay transportes normales de pasajeros entre aquí y Ammuud; Podríamos salir ahora, mientras ellos vigilan su nave, y encontrarnos allí con Chewbacca. Pero, ¿cómo se lo haremos saber?

Han miró de arriba a abajo las filas de naves espaciales atracadas a ambos lados.

—Allí está lo que necesitamos —dijo y, agarrándola, la llevó hacia la parte de atrás del esqui y a través de las naves aterrizadas.

Llegaron a lo que Han había visto, un elevador de contenedores de reaprovisionamiento, con sus paneles abiertos. Han subió poco a poco a través

de una escalerilla de acceso y veinte segundos más tarde abrió de golpe la pequeña escotilla de la cabina del piloto.

—Nadie en casa —le dijo a Fiolla a la vez que le extendía una mano para ayudarla a subir.

Juntos, se metieron con dificultad en la estrecha cabina del piloto. Han dirigió los macrobinoculares hacia su segundo oficial que estaba justo enfrente, y cuando el wookiee levantó la vista de los paneles de control, Han encendió las luces de la máquina de carga. Chewbacca no se dio cuenta.

Necesitó realizar cuatro intentos más para obtener la atención del wookiee. Han vio el brazo largo y peludo de Chewie dirigirse a la consola y las luces de marcha del *Halcón* parpadearon dos veces en señal de asentimiento.

Fiolla vigilaba a aquellos individuos que espiaban el *Halcón* para asegurarse que no habían notado lo que estaba ocurriendo. Vigilando, Fiolla vio al menos a cuatro agentes montando guardia alrededor del carguero. Chewbacca fingió estar realizando unas maniobras de precalentamiento mientras Han le enviaba una serie de destellos largos y cortos, explicando su apuro y cómo había cambiado el plan. Durante el largo proceso, Han fue muy consciente de la presencia de Fiolla, presionada contra de él en la limitada cabina del piloto; descubrió que su perfume producía una cierta tendencia a distraerle.

Cuando Han terminó, las luces del *Halcón* parpadearon dos veces nuevamente. Al ayudar a bajar a Fiolla desde la escotilla de la cabina del piloto de la máquina de carga, un técnico se les acercó.

—¿Qué estaban haciendo ustedes ahí arriba?

Fiolla apuntó una mirada furiosa y arrogante al técnico.

—¿Desde cuándo los inspectores de seguridad del puerto le rinden cuenta a los técnicos de tierra? ¿Y bien? ¿Quién es su supervisor?

El técnico murmuró algo arrepentido, arrastrando sus pies y diciendo que solamente estaba preguntando. Fiolla dio una expresión más arrogante a su cara y cogiendo a Han por el codo partió.

—¿Y ahora? ¿sacaremos los pasajes y nos iremos? —preguntó una vez que se habían alejado del alcance del oído de técnico.

—Bien, te enseñaré todos los trucos para dejar fuera de juego a cualquiera con un nombre falso. Chewie va a quedarse hasta que estamos seguros, luego levantará el vuelo. No esperarán que parta sin nosotros, por lo que no debería tener problemas. Le encontraremos en Ammuud-

Estamos de suerte —dijo Fiolla cuando estaban examinando los horarios de vuelo en las pantallas de la terminal principal de pasajeros—. Hay una nave que va directamente hasta Ammuud, y sale esta tarde.

Han negó con la cabeza.

—No, allí está la que queremos, puerta 714, la lanzadera.

Fiolla arrugó su frente.

—Pero esa no deja este sistema solar.

—Por lo que nadie la vigilará —contestó—. Son propensos a colocar observadores en las naves que salen del sistema. Podemos cambiar de nave y el pasaje como dice aquí hacia Ammuud a la primera ocasión. Además, la lanzadera sale ahora mismo, cosa que me atrae mucho más. Tendremos que apresurarnos.

Hicieron un intento para no demostrar que estaban demasiado ansiosos cuando compraron los pasajes y apenas llegaron a tiempo a la puerta de embarque. Debido a que la nave era solamente intrasistémica, de viaje regular entre dos puntos, no les ofrecieron camarotes, solamente había unos grandes y confortables sillones de aceleración. Han se abrochó el cinturón de su sillón y suspirando se dispuso a dormir.

Fiolla había cogido el asiento junto a la ventana sin objeciones por parte de Han.

—¿Por qué me hiciste pagar por los billetes en efectivo?

Han abrió un ojo y la estudió.

—¿Quieres viajar distribuyendo vales de la Autoridad de una cuenta de gastos abierta? Bien, hazlo, eso es como colgarse en el cuello un letrado diciendo: EJECUTIVO DE LA AUTORIDAD. POR FAVOR, DISPÁRENME.

Su voz se quebró con un pequeño temblor.

—¿Eso cree que es lo que le ha pasado a Magg?

Él cerró sus ojos otra vez, y tensó los labios.

—Seguro que no; lo tendrán retenido por si surge la posibilidad de una negociación. Todo lo que quería decir es que no nos interesa dejar huellas. No me haga caso; algunas veces hablo demasiado.

Podía escuchar el intento de regocijo en su voz.

—O no hablas demasiado, Solo. Aún no lo he decidido.

Se acomodó y se dispuso para observar el despegue. Han, quien había visto más de ellos de los que podía contar, estaba dormido antes de que dejaran la troposfera.

En su destino, Roonadan, quinto planeta del mismo sol que calentaba a Bonadan, descubrieron que habían perdido su trasbordo con la nave estelar. La lanzadera se había demorado ligeramente por el camino debido a problemas con su inyector, pero por supuesto, las naves con horarios interestelares no se detenían por culpa del tráfico interplanetario. Funcionaban con horarios precisos para los cuales las transiciones del hiperespacio se calculaban meticulosamente con anterioridad a bordo de la nave y en las computadoras de tierra. Desviarse del estricto horario de salto era algo que los pasajeros de las líneas comerciales odiaban hacer.

—Pero no les importan las personas que dejan desamparadas en alguna roca.

Han habría sabido calcular un salto al hiperespacio con una mano mientras escapaba de la ley con una bolsa de especia de Kessel en la otra.

—Deje de quejarse. No hay nada que podamos hacer al respecto —razonó Fiolla—. Hay otra nave que nos puede llevar a Ammuud, ¿ve? Puerta 332.

Comprobó los listados de la holopantalla.

—¿Estás loca? Esa es una nave de clase M, probablemente una excursión. Mira, van a hacer escala en dos, no, tres planetas más. Y no van a quemar exactamente el hiperespacio.

Es el camino más rápido hacia Ammuud —dijo Fiolla sensatamente—. ¿O preferiría regresar y hacer las paces con las personas que nos perseguían en Bonadan? ¿O esperar a que nos rastreen hasta aquí?

Han era dolorosamente consciente de que Chewbacca y el *Halcón Milenario* estarían esperándole en Ammuud.

—Uh, supongo que no tendrá suficiente efectivo para fletar una nave propia sin usar un vale de la Autoridad, ¿verdad?

Ella le sonrió dulcemente.

¿Por qué? Sí, claro, creciendo aquí mismo en mi bolsillo este mi árbol del dinero para pequeños gastos; ahorro toda la cosecha hasta tener lo suficiente para poder comprar mi propia flota. Trate de ser racional, ¿lo tendría usted, Solo?

—Bien, déjelo. Al menos no será un desvío superior a algunos pársec estándar.

En camino hacia los mostradores de reserva, pasaron viajeros de docenas de mundos. Había courataines vestidos con sus trajes exoesqueletales, respirando la más fina de las atmósferas a través de sus respiradores; wodes de Octopedal, de pesado caminar y poco acostumbrados a caminar con menos de dos gravedades estándar; jastaals bellamente plumados trinándose frases entre ellos, con las alas extendidas parcialmente; y seres humanos en toda su variedad.

Una mano se posó encima del hombro de Han. Hizo un giro rápido pivotando sobre sí mismo, que le liberó de la mano, poniendo un poco de distancia entre él y el desconocido, y bajando instantáneamente su mano derecha hacia donde su bláster normalmente estaba esperando.

—Cálmate, Han; ya veo que los viejos reflejos siguen funcionando —el hombre parado enfrente rió. Preparado para enfrentarse a los socios de Zlarb o a una brigada móvil de «Espos», Han no sintió un alivio repentino hasta que no reconoció al hombre.

—¡Roa! ¿Qué haces aquí?

Roa había ganado peso, mucho, pero no ocultaba la amigable cara de uno de los mejores contrabandistas y burlador de bloqueos que Han había conocido nunca.

Roa sonrió, viéndose tan agradablemente paternal y confiable como siempre.

—De paso, como todos los demás, hijo, y al pasar junto a ti te reconocí — Roa llevaba una carísima maleta con publicidad de su negocio. Vestía un traje beige de corte clásico con zapatos blancos y una faja del color del arco iris—. Recuerdas a Lwyll, estoy seguro.

La mujer presentada por Roa había estado de pie a su lado.

—¿Cómo te va, Han? —preguntó con esa cálida voz que recordaba tan bien. Lwyll no había engordado tanto como su marido; ella seguía siendo una mujer sorprendente, con el pelo blanco-rubio y una cara elegante. Han pensó que ella ciertamente no aparentaba tener muchos años estándar.

Verles trajo una serie de recuerdos a su memoria del pasado acelerado y frenético en el que había estado trabajando para Roa, después de haberse cansado de ser simplemente un piloto honesto, con los créditos en el bolsillo suficientes para sacarle de la pobreza, como les gustaba a otros, vagando por las estrellas, tras haber abandonado un planeta y una vida.

Había sido Roa quien había llevado a Han en su primer estimulante pero angustioso viaje a Kessel. En la organización de Roa Han se había labrado rápidamente una reputación de aceptar oportunidades alocadas, desafiando cualquier probabilidad y corriendo riesgos terribles en la búsqueda de las ganancias ilegales.

Pero se habían separado hacía mucho tiempo, y el honor entre ladrones y contrabandistas era más un mito romántico que una institución responsable. La reacción inmediata de Han al ver a Roa fue de placer, pero algo le hacía

sospechar que el encuentro no era un accidente. ¿Podía la noticia haber sido ya divulgada, atrayendo sobre la cabeza de Han una recompensa, ofrecida por los gángsters interestelares?

Roa no mostraba signos de tratar de reclamar la presencia de los «Espos». Fiolla se aclaró la garganta, y Han hizo las presentaciones.

Roa hizo gestos con las manos notando la falta del arma de Han.

—¿Así que tú también estás fuera de juego, eh? Pues bien, no te culpo, Han. Yo también la dejé colgada después de que nos separásemos. Lwyll y yo tuvimos una salvación milagrosa. Y, después de todo, crear un negocio no tiene demasiada diferencia de nuestra vieja ocupación. Un fondo sacado del crimen puede ser una verdadera ventaja. ¿Cuál es tu nueva fuente de ingresos?

—Una agencia de colecciones. Socios de Han Solo Sociedad Limitada.

—¿Ah? Suena ideal; siempre luchaste por lo que querías. ¿Cómo está tu viejo compañero de trabajo, el wookiee? ¿Ves alguna vez a los demás? ¿Tregga ó Vonzel tal vez?

—Tregga está en un campo de trabajos forzados en Akrit'tar; le atraparon antes de que pudiese soltar una carga de raíces-chak. Sonniot tiene una empresa de servicio a domicilio, viviendo precariamente. Los gemelos Briil están muertos; los cosieron a tiros desde una patrullera en las fronteras de la Hegemonía de Tion. Y Vonzel falló en un aterrizaje de emergencia; la mayor parte de lo que queda de él estará en una clínica con un soporte de vida para siempre. Empezó una carrera unipersonal hacia los bancos de órganos.

Roa negó tristemente con la cabeza.

—Sí, había olvidado cómo era. Pocos logran salir bien librados, Han.

Regresó al presente. Enderezando los hombros, sumergió dos dedos en su llamativa faja y extrajo una tarjeta de presentación.

—La quinta firma más grande de exportación e importación de artículos en esta parte del espacio —se jactó—. Tenemos algunos de los mejores hombres de tasas e impuestos trabajando en el negocio. Hazme una visita informal un día de éstos, y hablaremos sobre los viejos tiempos.

Han guardó la tarjeta. Roa se dirigió a su esposa.

—Veré si nuestro equipaje es trasladado. Asegúrate de que la reserva para nuestra lanzadera está confirmada, mi amor —parecía triste por un momento—. Tenemos suerte de estar fuera de aquello, ¿verdad, Han?

—Sí, Roa, realmente la tenemos.

El hombre más viejo le golpeó ruidosamente en el hombro, hizo una despedida educada hacia Fiolla, y se marchó.

Lwyll esperó hasta que su marido se fue, le dio a Han una mirada perspicaz y divertida.

—No estas fuera de eso en absoluto, ¿verdad, Han? No, puedo decirlo; no Han Solo. Gracias por no decírselo.

Lwyll tocó su mejilla una vez y se marchó.

—Tiene unos amigos interesantes —fue el único comentario de Fiolla, pero su visión de él había cambiado. Las expresiones juveniles ocultaban el hecho de que era un superviviente en una profesión con un alto grado de desgaste.

Mirando a Roa mientras se marchaba, Han pensó en los hombres de tasas e impuestos y tocó la tarjeta de presentación.

—¡Solo, oye, despabilate! —atacó Fiolla—. Son nuestros cuellos por los que se supone que debemos preocuparnos.

Se dirigió paseando tranquilamente hacia los mostradores de reservas interestelares. Las cosas podrían ser peor, reflexionó Han.

—Mirarlos no te ayudará —dijo Fiolla, refiriéndose a las mesas y otros juegos de azar que se desarrollaban en el compartimiento de apuestas, ostentosamente elegante, en el salón principal de la nave de pasajeros. Ella llevaba puesto un traje de noche ceñido y suaves zapatillas de shimmersilk policromado. Había traído el conjunto con ella, guardado en el petate que juntó con todas sus pertenencias importantes en los bolsillos de su mono azul, en previsión de vestirse con otra cosa que no fuese su mono para ocasiones más formales. Fiolla lo llevaba puesto provocándole una inyección de ánimos. Han todavía llevaba puestas sus ropas habituales, pero con la camisa cerrada en su cuello.

—Podríamos repasar todo lo que sabemos —propuso.

—Eso es todo lo que hemos estado haciendo desde que subimos a bordo — Han hizo una mueca.

Eso no era completamente cierto. Habían hablado de un gran número de cosas durante el viaje; Han la encontró un animoso y divertido compañero, mucho más que cualquiera de los otros pasajeros; además ella tenía una frustrante tendencia a mantener la puerta de su camarote cerrada durante «la noche» de la nave. Pero habían intercambiado historias.

Por ejemplo, Fiolla le había explicado cómo ella y su asistente, Magg, realizando una auditoria en Bonadan cuando su terminal de computadora portátil de recuperación de datos tuvo un mal funcionamiento. Había recurrido a la ayuda de Magg, el cual comprendía mucho mejor los ordenadores, y utilizaban un número de diferentes y complicados teclados. Un accidente había abierto una carpeta de información restringida en el sistema de Bonadan. En ella había encontrado los registros de actividades del anillo de esclavitud y la anotación de la retribución inminente de Zlarb.

Los ojos de Han seguían siendo atraídos hacia los jugadores probando suerte o su habilidad en Point Five, Rebote, el Corte de Mentiroso, el Vector, y media docena de juegos más. Durante dos días de tiempo estándar, desde que había entrado en la nave de pasajeros *Dama de Mindor*, Han había estado tratando de buscar la forma de introducirse en una partida. Ahora que estaba completamente descansado, la inactividad era asfixiante.

Fiolla se había negado rotundamente a respaldarle, aunque Han había prometido rentabilidades abundantes a su inversión. Han le señaló que si no hubiese malgastado el dinero en alojamientos separados, hubiese tenido suficiente para prestarle.

—No pienso perder el tiempo malgastando el dinero en juegos de azar — había sido su réplica—, y además, si usted es un jugador de cartas tan bueno, ¿por qué vuela en esa caja de galletas que llama carguero en lugar de en un yate estelar?

Han cambió el tema.

—Hemos estado en esta nave dos días estándar. ¡Para llegar a Ammuud! No es extraño que me vuelva loco; el *Halcón* nos hubiese llevado allí en el medio día que estos idiotas tardaron en despegar —se levantó de la mesa donde habían comidos. Al menos pronto bajaremos al planeta. Tal vez vuelva a

ir al robo-ballet una vez más.

Ella atrapó su muñeca.

—No estés tan deprimido. Y por favor, no me dejes sola aquí; temo que el sacerdote de Ninn me acorrale en una esquina para darme otra conferencia de las virtudes de la abstinencia formalista. ¡Y no hagas ningún comentario! Vamos; te echo una partida de Starfight. Que sí podemos permitirnos.

No había muchos pasajeros en el salón, pues la *Dama de Mindor* estaba a punto de volver al espacio normal; la mayor parte de ellos estaban haciendo el equipaje y solventando detalles de última hora. Se rindió y caminaron hacia las máquinas de monedas.

Ella imitó su caminar contoneante, pavoneándose al lado suyo, con los brazos colgando un poco y los hombros echados hacia atrás. Hacía un balanceo exagerado de sus caderas barriendo el cuarto arrogantemente con los ojos entrecerrados y un bláster invisible colgándole en un costado. Cuando Han se dio cuenta, se reconoció a sí mismo de inmediato.

Miró encolerizadamente alrededor del salón en caso de que a alguien le diera por reírse.

—Deja de hacer eso —dijo con la boca de lado—. Corres el riesgo de que alguien te detenga.

Ella se rió ahogadamente.

—Luego me quitarán el cinturón del bláster; he estado estudiando con el maestro.

Él se encontró riéndose, como ella había intentado hacer.

El juego Starfight constaba de dos bancos curvados de monitores y lleno de controles, casi rodeando cada una de las dos estaciones. Entre ellos estaba una holopantalla grande con detalles de un mapa. Con los mandos y un montón de controles, cada jugador enviaba sus innumerables naves hacia la batalla en el espacio profundo simulado de la computadora.

Él la detuvo cuando estaba a punto de dejar caer una moneda en el juego.

—Nunca he sido demasiado parcial en el Starfight —explicó—, es demasiado parecido a mi trabajo.

—¿Qué tal un último paseo por la bahía marítima?

Era una diversión como cualquier otra. Subieron por la escalera de caracol para descubrir que tenían el paseo para ellos solos. La novedad del lugar había debido de haber cansado a los otros pasajeros. Un cristal de transpaciado de diez metros de largo y cinco de ancho seguía el casco de la nave, mostrándoles la luminosidad enmarañada del hiperespacio. Se quedaron con la mirada fija con una fascinación antiquísima, sus mentes humanas y sus ojos trataban de imponer orden en el caos más allá del transpaciado con el propósito de creer, a veces, que veían formas o figuras.

Ella notó que Han estaba todavía ido:

—Piensas en Chewie, ¿no?

Un encogimiento de hombros.

—Estará bien. Solamente espero que ese tonto grande no se ponga enfermo por habernos retrasado y comience a perder los estribos.

El sistema de megafonía de la nave anunció la advertencia final del viaje, aunque fuese más para los miembros de la tripulación que para los pasajeros. En un momento Fiolla señaló con un dedo e infundió una exclamación suave cuando las distorsiones y la discordia del hiperespacio se desvanecieron y contemplaron afuera un campo de estrellas. Debido a la posición de la ventana

no podían ver ni a Ammuud ni a su luna primaria.

—¿Cuánto tiempo queda para... —decía Fiolla, cuando las alarmas de emergencia empezaron a resonar por toda la nave. La iluminación parpadeó y se apagó, siendo reemplazada por la iluminación de emergencia, más oscura. Las protestas de los pasajeros asustados podían oírse distantes por los pasillos.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó Fiolla sobre el estrépito—. ¿Un simulacro?

—No es un simulacro —respondió—. Han suspendido todas las operaciones menos los sistemas de emergencia; deben estar canalizando energía para los escudos.

Agarró su mano y emprendió el viaje de regreso hacia la escalera.

—¿Dónde vamos? —gritó Fiolla.

—A la bahía más próxima, a una cápsula de escape o una lancha salvavidas —fue su respuesta.

El salón estaba desierto. Cuando se metieron en el pasillo el casco entero tembló bajo ellos. Han se recuperó con la agilidad de una persona acostumbrada al espacio, conservando la estabilidad y deteniendo a Fiolla poco antes de que chocase con un mamparo de la nave.

—¡Nos han dado!

Como para subrayar lo que dijo, oyeron puertas herméticas deslizándose automáticamente a lo largo de toda la nave. La *Dama de Mindor* había recibido un impacto en el casco que había abierto una brecha.

Un auxiliar de vuelo venía corriendo por el pasillo con una mediunidad bajo el brazo. Cuando Han vio que no iba a detenerse, agarró con las dos manos al hombre por su chaqueta.

—Suélteme —dijo el auxiliar de vuelo, tratando de liberarse—. Se supone que no deben salir de sus camarotes. Todos los pasajeros deben permanecer en sus camarotes.

Han lo sacudió.

—¡Primero dígame qué pasa!

—¡Los piratas! ¡Dispararon apenas habíamos salido del hiperespacio!

La noticia conmocionó tanto a Han que soltó al auxiliar de vuelo.

Cuando se fue corriendo, el auxiliar de vuelo gritó.

—¡No sea tonto y regrese su camarote! ¡Estamos siendo abordados!

VII

—Esta nave es una estafa —dijo Spray, tecleando su siguiente movimiento en el tablero de juegos del compartimiento trasero del *Halcón Milenario*.

Chewbacca se tomó el tiempo necesario para analizar el poco ortodoxo movimiento de Spray mientras dejaba escapar un rugido.

Spray, quien se había acostumbrado a los estallidos de cólera del wookiee, no se sobresaltó en absoluto. Estaba dividiendo su tiempo entre la estación técnica de comunicaciones y el juego, dándole al segundo oficial del *Halcón* un duro combate.

Mientras realizaba una inspección e inventario de la nave fuera de programación de la empresa Rastreadores Interestelares Limitada, Chewbacca lo había dejado en paz, ya que eso mantuvo ocupado al rastreador en algo, pero aquella calumnia sobre el *Halcón* era una provocación.

Ahora que lo pienso, reflexionó el wookiee, *el tynnano no es un mal piloto técnico*. Había ayudado en el despegue del *Halcón* de Bonadan, cuando Chewbacca había estado seguro de que Han y Fiolla habían acumulado tiempo suficiente para salir del planeta. Spray se convirtió en su copiloto y le había ayudado en el salto al hiperespacio con una pericia fastidiosa, inquieto mientras trataba de aprender lo que Han y Chewbacca habitualmente hacían ellos mismos. Han manejaba la parte izquierda del panel realizando las tareas de navegante y el wookiee sentado a su derecha manejaba los escudos, las comunicaciones y el armamento cuándo era necesario.

—El exterior es una ruina —continuó Spray—. ¿Por qué una parte de los sistemas que han instalado es equipo restringido exclusivamente para uso militar? ¿Son conscientes de ello? Y su armamento es muy superior a las proporciones de masa/carga. ¿Cómo consiguió el capitán Solo un permiso para navegar dentro de la Autoridad?

El wookiee, colocando su barbilla hirsuta en sus manos entrelazadas, se acercó aún más al tablero de juegos, ignorando la pregunta. Aunque hubiese podido comunicarse elocuentemente con Spray, no le habría explicado nada sobre las formas de escape en las que se habían visto involucrados, la variedad asombrosa de violaciones de la ley y la destrucción total de la estación encubierta de la Autoridad conocida como *el Confín de las Estrellas*.

Las miniaturas de los holomonstruos esperaban en el tablero de juegos circular, tirándose desafíos unos a otros. Las defensas de Chewbacca habían sido penetradas por un combatiente solitario de las fuerzas de Spray. La cuestión de la amenaza externa/interna era muy sutil, correspondiéndose estrechamente con los parámetros ganancias/perdidas. La nariz del wookiee se movió cuando le sobrevino una idea. Extendió un dedo peludo muy lentamente y presionó los controles del teclado del juego para su próximo movimiento, luego se recostó en el sofá curvo de aceleración, dejando un brazo descansar en la almohada debajo de su cabeza, cruzando además sus largas piernas. Con la mano libre se rascó el otro brazo que sufría los efectos regenerativos de la sintocarne produciéndole picores.

—Uh-oh —soltó Max Azul, quien seguía el juego desde su lugar habitual en el tórax abierto de Bollux. El droide estaba sentado sobre un barril metálico de presión entre muchos otros colocados en completo desorden en una esquina del compartimiento, entre camas plásticas, palancas de apoyo y un enriquecedor de combustible reconstruido que Han no había podido instalar

aún. El fotorreceptor de Max giró siguiendo a Spray, cuando el tynnano regresó a la mesa y realizó su siguiente movimiento sin titubear.

El combatiente solitario de Spray había sido un señuelo. Ahora uno de sus monstruos de respaldo reptó a través de la mesa y, después de una breve batalla, rompió las defensas de Chewbacca sin dificultad.

—Es la octava táctica de Ilthmar; la preparó con el combatiente solitario. Te tiene —comentó Max Azul servicialmente.

Chewbacca llenaba sus pulmones para un rugido estruendoso, cuando la computadora de navegación pidió a gritos su atención. El segundo oficial de la nave olvidó su ira y se levantó del sofá de aceleración, no sin antes borrar de la mesa su humillante derrota. Se fue apresuradamente para prepararse para la vuelta al espacio normal.

—Y mire esto; ¡una gran parte de los sistemas son Fluidics! —dijo Spray con su voz aguda caminando detrás de él, con los bigotes temblando y agitando una pantalla de lecturas tecnológicas—. ¿Qué es esto, una nave, o una destilería?

El wookiee no le prestó atención.

—Buena partida, Spray —atestiguó Max, quien por sí solo era un jugador justo.

—Me hizo realizar tres movimientos adicionales —admitió el rastreador—. Desearía que las cosas fueran igual en esta encuesta técnica. Todo está tan modificado que no puedo rastrear las especificaciones básicas.

—Tal vez podamos ayudar —dijo Max rápidamente.

—Max está muy familiarizado con los sistemas de la nave —dijo Bollux—. Él podría obtener la información que usted necesita.

—¡Simplemente lo que necesito! ¡Por favor, lo que necesito es acceso a la estación de tecnológica!

Spray estaba detrás del droide tableteando con los pies en las placas de la cubierta, junto al asiento de la estación. Cuando Bollux se sentó en la silla de aceleración, Max extendió su adaptador, el mismo que Chewbacca había reparado después del encuentro con los traficantes de esclavos.

—Estoy dentro —anunció Max cuando las lecturas técnicas empezaron a moverse a través de las pantallas a gran velocidad—. ¿Qué es lo que le gustaría —Todos los datos sobre los saltos recientes; puede hablar con la computadora de navegación, ¿no? Quiero ver cómo ha estado operando la nave.

—¿Quiere usted decir factores de exactitud y niveles de energía? —preguntó Max con su voz infantil.

—Quiero decir número de saltos al hiperespacio, coordenadas de tiempo y espacio, fechas, toda la información pertinente. Me dará una evaluación más simple de cómo funciona la nave y lo que vale.

Hubo una vacilación momentánea.

—Es inútil —dijo Max a Spray—. El capitán Solo tiene todos esos datos protegidos. Él y Chewbacca son los únicos que tienen acceso.

Exasperado, Spray lo miró.

—¿No puedes encontrar una puerta trasera para acceder a esa información? Pensaba que eras una computadora de investigación.

Max consiguió imprimir un tono herido a su voz.

—Lo soy. Pero no puedo hacer algo como eso sin el permiso del capitán. Además, si me equivoco, las medidas defensivas borrarán completamente toda la información.

Cuando el tynnano se giró preocupado, Bollux habló.

—Como yo lo entiendo, un examen general comenzaría con cosas como los sistemas de energía, registros de mantenimiento, y así sucesivamente. ¿Le gustaría a usted que Max Azul complete un chequeo minucioso del estado actual en curso de la nave?

Spray parecía distraído.

—¿Eh? Oh, sí. Sí, eso estaría bien.

Luego se sentó, acariciando su barbilla llena de dientes con una achaparrada pata, y enroscando sus bigotes en señal de concentración.

—Whoops —chirrió Max—. ¿Qué se supone que eres? No estabas ahí cuando hicimos los ejercicios de calentamiento de prevuelo.

El rastreador repentinamente se puso tenso.

—¿Qué es? Oh, esa caída de potencia. Umm, es en un conducto menor en el casco exterior, ¿no? ¿Cómo podemos enviar energía allí?

—Los esquemas de circuitos no muestran detalles —Max reconfortó—. Creo que deberíamos ir a decírselo a Chewbacca.

Spray nunca creía en lo inexplicable, por lo que estaba de acuerdo.

Viendo los consejos nerviosos del rastreador, el wookiee abandonó la cabina del piloto protestando y se dirigió a la estación tecnológica. Pero cuando vio las pruebas de la improbable pérdida de energía del conducto, sus rojas y gruesas cejas se ciñeron y las ventanas de su nariz parecidas al cuero se dilataron tras captar un olor que le indicaba que algo andaba mal.

Giró sobre el asiento y ladró una pregunta a Spray, quien había estado junto al wookiee el tiempo suficiente como para entenderle un poco.

—No tengo ni idea —contestó el rastreador estridentemente—. Nada en esta descuidada nave tiene sentido para mí. Parece un contenedor de basura usado, pero con un rendimiento superior al de un crucero imperial. Ni siquiera quiero pensar como funcionan esas modificaciones improvisadas.

A orden de Chewbacca, Max Azul le mostró, en un modelo hecho por computadora, el conducto y el lugar en el que se encontraba exactamente la pérdida de energía. El wookiee se dirigió hacia el armario de las herramientas y recogió una linterna, un escáner y una llave inglesa enorme y se dirigió hacia la popa del carguero con Spray y Bollux pisándole los talones.

Cerca del escudo del motor, el segundo oficial del *Halcón* quitó una placa de la cubierta que cubría una trampilla de inspección y se deslizó hacia el angosto espacio bajo sus pies. Tenía una idea más o menos clara de dónde se encontraban los sistemas Fluidic que habían sido instalados allí.

Apenas lograba mover sus anchos hombros y apretujar el escáner contra el casco. Moviéndolo lentamente como si se tratara de un rayo tractor, observando el monitor cuidadosamente. Por fin encontró el sitio dónde, en el otro lado del casco, el conducto del motor indicaba una pérdida de energía. No se parecía a ningún mal funcionamiento que hubiese visto antes; no había razón aparente para que el conducto perdiese energía. Algo le debía estar pasando al conducto, pero Chewbacca no lograba descubrir qué, a menos, claro estaba, que algo o alguien lo hubiese manipulado.

En un momento, se deslizaba serpenteando nuevamente fuera de la trampilla, como una enorme larva de color rojo-marrón, gimiendo de angustia.

Los vocalizadores de Bollux y Max compitieron con el chirrido excitable de Spray, exigiéndole saber cuál era el problema. Quitándolos fuera de su camino con su largo brazo, Chewbacca se dirigió hacia el compartimiento de almacenamiento donde guardaba su traje espacial extra grande.

El wookiee detestaba el confinamiento de un traje espacial y odiaba aún más la idea de caminar a lo largo del casco mientras realizaba un trabajo delicado y peligroso protegido de la aniquilación del hiperespacio solamente por el delgado campo de confinamiento del plato del *Halcón*. Pero, más miedo que de eso, tenía de lo que podría encontrar en el otro lado del casco.

La decisión se le fue de las manos. Hubo un fuerte *¡ploow!* en el interior de la trampilla de inspección provocando un despliegue violento de llamas y cuya fuerza explosiva junto con los gases, vaporizaron los líquidos de los componentes Fluidic. Se produjo un silbido profundo de aire que indicaba que la nave tenía una brecha en el casco, confirmando los peores miedos del wookiee. Durante el tiempo que habían estado en Bonadan, alguien, muy probablemente los que esperaban la llegada de Han y Fiolla, habían tomado medidas para asegurarse que el *Halcón Milenario* no escaparía. Habían adherido al casco de la nave una bomba latente en el lugar que produciría el peor daño. Había sido colocada inerte, sin activar, para que no fuese detectable excepto por la inspección más concienzuda. Una vez en vuelo se había activado, reduciendo drásticamente la energía de los sistemas de la nave para acumularla en su explosión. Después de inutilizar el casco apagaría los sistemas de control de vuelo, dejando la nave a la deriva. Aquello significaba que el dispositivo produciría un asesinato limpio, que no dejaba pruebas, destruyendo la nave y a toda la tripulación en las anomalías energéticas sin sentido del hiperespacio.

Chewbacca y Spray se retiraron debido al hedor multicolor eructado por los Fluidics rotos. Sin protección, podrían morir rápidamente respirando aquellos gases concentrados.

Pero Bollux podía llegar perfectamente donde ellos no podrían. Escucharon el sonido metálico que el droide había hecho a través del ondulante humo, halando de un pesado extintor que había sacado de la pared.

Chewbacca tenía razón al maldecir el sistema contra incendios que los había salvado a todos en Lur; La incapacidad actual de operar del sistema, podría significar sus muertes.

Los paneles del pecho de Bollux se cerraron protectoramente sobre Max Azul antes de colocar el extintor en el suelo y bajar rígidamente por la trampilla, con su cuerpo pobremente destellante por un hueco diseñado para ágiles criaturas vivas. Una vez que entró en el hueco, su largo brazo salió del mismo para arrastrar el extintor detrás de él. Aún se escuchaba el chillido del aire escapando al espacio y el aullar de advertencia de las sirenas recordando que el *Halcón* estaba despresurizándose.

Chewbacca había corrido hacia la cabina del piloto con Spray prácticamente pegado a él. En la consola de control accionó los sistemas de ventilación para eliminar las emanaciones tóxicas, y verificó los señalizadores de daños. La bomba debía de ser relativamente pequeña, colocada en una posición precisa por alguien que conocía perfectamente los cargueros de acción como el *Halcón*. El wookiee se dio cuenta de que el que había colocado la bomba latente no se había dado cuenta de la configuración de paso de los Fluidics en

la nave. Con el diseño de control radicalmente alterado, la bomba no había realizado completamente su trabajo de sentenciar la nave.

La salida al espacio normal era inminente. Sin perder el tiempo en sentarse, Chewbacca llegó hasta su asiento y trabajó en la consola. Al menos una cierta cantidad de los Fluidics funcionaban; el hiperespacio desapareció alrededor del carguero como una cortina infinita.

El segundo oficial del *Halcón* le gritó una maldición enojada al sentido de la oportunidad del Universo, alzó a Spray en el aire y le depositó en el asiento del piloto, aullando una serie de instrucciones mientras apuntaba hacia Ammuud, que había aparecido ante ellos, y salió corriendo hacia donde se había producido la explosión.

Hizo una pausa el tiempo suficiente para recoger un juego de parches para el casco y un respirador. Agachándose sobre la trampilla de inspección, vio a Bollux sentado en medio de pedazos de cristales rotos, fragmentos de tuberías de Fluidics y micro-filamentos. El fuego había sido apagado. El chillido de escape de aire se había detenido: Bollux había plantado firmemente su espalda sobre la brecha, convirtiéndose en un sello temporal.

El droide miró hacia arriba y vio a Chewbacca.

—El hueco es bastante grande, señor; no estoy seguro cuánto tiempo resistirá mi tórax la presión. También, la armadura del casco que rodea la brecha está agrietada. Sugiero usar el parche más grande que tenga.

Chewbacca analizó el difícil problema de sacar a Bollux fuera de la trampilla y simultáneamente taponar el hueco. Escogió el plan de preparar dos parches, uno más pequeño y ligero que podría ser puesto en su posición rápidamente, y luego otro, un parche robusto que se mantuviese firme incluso ante la enorme presión atmosférica que ejercía el *Halcón* contra el vacío del espacio. Extendió el parche más pequeño a Bollux y le explicó las instrucciones con un ladrido agudo, gesticulando para hacerle llegar la idea, frustrado por no haber dominado nunca el básico.

Pero el droide entendió lo que quería decir y se preparó para el esfuerzo. Usando la agilidad de su sistema de suspensión especial y sus brazos simiescos, Bollux logró empujarse y liberarse, dar media vuelta, y colocar el parche en la brecha en una rápida secuencia. Se removió tras la primera inspección, viendo que el parche temporal temblaba por la tensión.

Chewbacca lo había visto también, y se preocupó; La brecha era más grande de lo que había pensado. Estiró hacia abajo ambos brazos y tiró del droide para levantarlo a través de la trampilla de inspección. Justo cuando lo hacía, el parche cedió y fue succionado hacia la nada del vacío tan rápidamente que pareció desaparecer. Con el parche salieron varias piezas pesadas haciendo más grande la brecha.

Fue repentinamente como si Chewbacca estuviese en la mitad de unos rápidos agrestes de algún río, luchando con furia contra las corrientes de aire que se habían liberado en la nave, y que le arrastraba inexorablemente hacia el hueco. Los restos y los escombros sueltos se arremolinaron más allá de él. Reforzando los músculos de sus piernas colocándolos a ambos lados de la trampilla, el wookiee peleó por mantener su agarre sobre Bollux y resistir el tirón de la descompresión. Los tendones gigantes de su espalda y sus piernas parecían como si fuesen a deshacerse. Agarró al droide con un brazo colocando el otro sobre la cubierta, aumentando su aguante con un trípode formado por un brazo y las piernas. Bollux se recuperó algo, viendo la posición

en la que el wookiee le sujetaba, y vio que podría hacer poco para ejercer cualquier fuerza. Lo que podía hacer era agarrar la esquina de la plancha de la trampilla de inspección y arreglar el problema, algo que Chewbacca no podía hacer con solamente una mano libre. La plancha se atascó a medio camino, pero con un tirón final el droide la liberó. Una vez pasado ese punto, el aire que escapaba la atrapó y tiró de ella. Afortunadamente ninguno de los dedos de los pies del wookiee estaba colocado en los bordes de la abertura. La descompresión fue confinada en el pequeño compartimiento por lo pronto. Se habían visto en un apuro muy serio. Chewbacca quiso descansar sobre la cubierta y recobrar el aliento por un momento pero supo que no tenía tiempo. Selló con un grueso aplicador el pegajoso impermeabilizador alrededor de toda la trampilla de inspección; luego, se tomó una pausa lo suficientemente larga como para palmear el cráneo de Bollux con un brusco cumplido.

—Fue Max quien atrajo mi atención sobre la placa de la trampilla de inspección —dijo el droide modestamente. Luego se levantó y siguió a Chewbacca, quien ya había salido disparado hacia la cabina del piloto.

Allí, Spray estaba siguiendo un curso incierto con las patas en los controles.

—Conservamos una considerable función de guía —presentó un informe—, y nos he puesto en un vector de acercamiento al único espaciopuerto del planeta. Estaba a punto de alertarles para que se preparasen para un aterrizaje de emergencia.

El wookiee canceló el plan, dejándose caer en su asiento más grande de lo normal de copiloto. Tanto él como Han rechazaban el rendirse, y el escándalo consiguiente, si podían evitarlo.

Descubrió que los controles respondían adecuadamente y pensó que tendría una buena probabilidad de aterrizar el carguero sin sirenas, furgonetas de choque, redes, droides bombero, y diez mil preguntas oficiales.

Ya en la atmósfera superior de Ammuud, llevó la nave hacia una ruta establecida de acercamiento. Su unidad de control del hiperespacio parecía haber sufrido daños, pero el resto de sus sistemas de guía respondían dentro de la tolerancia.

Bollux, quien acababa de llegar, se acercó a Chewbacca. Sus paneles se abrieron.

—Creo que hay algo que debería saber, señor —Max Azul dirigió una rápida mirada a la estación de tecnología—. El daño se ha estabilizado, pero una cierta cantidad de tuberías de filamentos para los sistemas de guía ha quedado al descubierto; la nave está rajada.

—¿Estallaremos? —preguntó Spray. Debajo de ellos, podían verse claramente las características del área. Ammuud era un mundo de océanos y bosques inmensos con grandes capas de hielo en los polos.

Max respondió.

—No es cuestión de estallar, Spray; son seguros, pero son filamentos de baja presión y muy delicados. Internarse demasiado en la atmósfera del planeta los implosionará.

—¿Quieres decir que no podemos aterrizar? —parpadeó Spray.

—No —contestó Bollux serenamente—. Simplemente quiere decir que no podemos aterrizar a baja altura en Ammuud.

La nave dio un estremecimiento convulsivo.

—¡Ten cuidado! —graznó el rastreador a Chewbacca—. ¡Esta nave es aún un gravamen de Rastreadores Interestelares Limitada!

Chewbacca dio un gruñido vociferante. Uno de los filamentos de control había implosionado, la atmósfera del planeta había superado la presión interior del filamento. El wookiee gruñó. Trabajando para bordear la línea de descenso, esperaba tener la suerte necesaria para recortar la velocidad de la nave y realizar un descenso muy apacible.

—La atmósfera —terminó Bollux.

—¿A cuanta altura esta la plataforma? —preguntó Spray urgentemente. Los sensores de seguimiento del terreno, ya habían mostrado el espaciopuerto del planeta, al pie de una cadena de altas montañas.

—No baje mucho, señor —comentó Bollux en tonos neutrales.

El wookiee subió la proa del *Halcón* y activó los sensores de seguimiento del terreno para obtener características de la cadena de montañas que había más allá del espaciopuerto de Ammuud.

Su plan estaba muy claro; ya que no podía aterrizar en la atmósfera inferior del planeta, encontraría un sitio tan adecuado como fuese posible en las montañas más altas y esperaría que la presión atmosférica de allí fuese muy inferior y no colapsase el resto de sistema de guía antes aterrizar la nave.

Agitó una pata cubierta de pelo hacia Bollux y Spray, indicando el pasillo.

—Creo que quiere que aseguremos todas los objetos sueltos y nos preparemos para un «duro aterrizaje» —dijo Bollux a Spray.

Los dos giraron y empezó a abrirse camino a lo largo del pasillo al mismo tiempo, llenando frenéticamente los armarios de almacenamiento hasta arriba y asegurando las puertas.

Habían llegado a la altura de las cápsulas de escape cuando una idea importante le pasó a Spray por la cabeza.

—¿Y el capitán Solo? ¿Cómo se enterará de lo que ha ocurrido?

—Creo que no puedo contestar a eso, señor —confesó Bollux—. No veo ninguna forma segura de dejarle un recado, sin comprometernos con los oficiales del puerto.

El rastreador asintió.

—A propósito, creo que en la segunda cápsula, hay algunos componentes del equipo de soldador; será mejor sacarlos y asegurarlos.

Bollux se inclinó servicialmente en la cápsula abierta.

—No veo nada...

Sintió un fuerte empujón por atrás. Spray había actuado en el momento adecuado, cogiendo carrerilla y empujando con todas sus fuerzas a Bollux, derribándolo en el interior de la cápsula.

—¡Encuentra a Solo! —gritó Spray y apretó el botón de lanzamiento. Las escotillas interiores y exteriores se cerraron ante el confundido droide. La cápsula se liberó de sus enganches, y mientras el *Halcón* era pilotado hacia las altas montañas de Ammuud, la cápsula de escape comenzó su caída hacia el espaciopuerto.

VIII

En los cuarteles generales o en cualquier nave de las Fuerzas Armadas, una llamada a las estaciones de combate solía estar bien programada. En una nave de pasajeros como la *Dama de Mindor*, donde los consejos y los simulacros habían sido casi ignorados, había una confusión total. Por eso, Han Solo no prestó atención a las instrucciones confusas y frecuentemente contradictorias que eran emitidas por el sistema de comunicaciones de la nave. Con Fiolla arrastrada detrás de él, Han se zambulló pasillo abajo cuando los aterrorizados pasajeros, miembros de la tripulación asustados, y los oficiales indecisos se quedaron inmóviles por las conflictivas órdenes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fiolla cuando se apartaron del camino de la multitud de pasajeros que aporreaba la puerta del sobrecargo.

—Recoger el resto de tu dinero del camarote, luego iremos a la bahía de botes salvavidas más cercana —Han escuchaba muchas puertas herméticas cerrándose y trató de recordar el diseño de aquellas viejas naves de la clase M. Podría ser fatal quedar atrapado por el sello automático de una puerta.

—¡Solo, detente! —Fiolla berreó, arrastró sus pies calzados con las sandalias, y finalmente le detuvo. Recobrando el aliento, ella continuó—. Tengo mi dinero encima. A menos que usted quiera volver para ver el robo-ballet, nos podemos marchar.

Quedó nuevamente impresionado.

—Muy bien. Continuemos hacia popa; debería haber una cápsula salvavidas en la sección de máquinas.

Se acordó de que sus macrobinoculares estaban en la parte delantera, en su camarote, tendría que olvidarlos. Delante de ellos justamente, una puerta hermética había empezado a cerrarse. Comenzaron una carrera de trescientos metros y lograron pasar. Sin embargo el dobladillo del vestido de shimmersilk de Fiolla se enganchó en la escotilla y tuvo que desgarrar un borde para liberarse.

—Este vestido me costó la paga de un mes —se quejó con arrepentimiento—. ¿Qué vamos a hacer ahora, pelear o correr?

—Un poco de ambas cosas. El capitán de esta lata es tonto. Ha debido cerrar las puertas a través de toda la nave. ¿Cómo piensa que su tripulación conseguirá llegar a las estaciones de batalla? —dijo mientras seguían adelante.

—Tal vez no tiene intención de pelear —jadeó ella, pegándose a sus talones—. Creo que la tripulación de a bordo no sabría como pelear con esos piratas, ¿o no?

—Se esforzarían; los piratas no son famosos por coger prisioneros.

Alcanzaron una cápsula de escape larga y cilíndrica en el interior de la bahía. Han rompió el sello en la palanca de liberación, tiró de ella y la devolvió a su sitio, pero la escotilla de la cápsula de escape no abrió su compuerta. Tiró de la palanca nuevamente y la retornó otra vez, condenando al oficial de mantenimiento de la nave por no mantener el equipo de emergencia en condiciones.

—Escuche —Fiolla le detuvo.

El capitán de la nave parecía haber recuperado una cierta cantidad de autocontrol.

—Para la seguridad de todos los pasajeros —su voz venía del sistema de comunicaciones—, y los miembros de la tripulación del mismo modo, he

decidido aceptar los términos de rendición ofrecida por la nave atacante. Me han asegurado que nadie será dañado siempre que no oponamos ninguna resistencia y ningún intento de lanzar cápsulas de salvamento sea realizado. Por esta razón he bloqueado los accionadores manuales de las cápsulas y botes salvavidas para conservarlas a bordo. Aunque la nave ha sido dañada, no estamos en peligro inmediato. Por este medio ordeno a todos los pasajeros y todos miembros de la tripulación cooperar con las fuerzas de abordaje cuando la nave pirata se acople con la nuestra.

—¿Qué le hace pensar que mantendrán su palabra? —masculló Han—. Creo que ha estado demasiado tiempo como capitán de una nave de pasajeros —una pequeña parte de él persiguió esa idea—. ¿Cuándo había sido la última vez que los piratas habían realizado una incursión con patrulleras de la Autoridad cercanas? —un ataque de este tipo estaba fuera de precedentes en aquella parte del espacio.

—¡Solo, mira! —Fiolla señaló una escotilla abierta, donde se veía el exterior del casco. Fue a la carrera hacia ella y se encontró con que daba acceso a una torreta. La escotilla obviamente se había abierto en la primera alarma. La torreta de cañones gemelos estaba desierta; ya fuese por que su tripulación asignada no había venido a la estación artillera o porque el capitán los había requerido.

Pasando a través de la escotilla, Han se acomodó en la silla del artillero mientras Fiolla se dejaba caer en la del compañero. A través de la ampolla de transpariacero cerca de la torreta podían ver la nave pirata, un depredador delgado pintado de un negro que amortiguaba luz, acercándose hábilmente a la nave de pasajeros. La nave pirata iba aparentemente a acoplarse a una esclusa de aire en la sección media de la *Dama* protegiéndose así de las torretas artilleras.

El emplazamiento artillero estaba cargado. Colocando sus hombros contra los protectores, Han se apoyó sobre la capucha acolchada del sistema de puntería y cerró sus manos sobre los mangos de los gatillos.

—¿Qué es lo que esta haciendo, Solo? —preguntó Fiolla bruscamente.

—Si comenzamos a mover la torreta, verán el movimiento —le explicó—. Pero si esperamos, irán a la deriva tranquilamente frente a nuestros ojos. Podemos dejarlos fuera de juego, tal vez incluso incapacitarlos.

—Tal vez consigamos que nos maten —sugirió agriamente—. Y a todos los demás en la nave. ¡Solo, no puede hacerlo!

—Erróneo; es lo único que puedo hacer. ¿Crees que respetarán su palabra de no lastimar a nadie? Yo no. No podemos escapar, pero seguro que podemos darles un tortazo.

Ignorando sus protestas, puso sus hombros en los protectores nuevamente y vigiló a través del sistema de puntería. La nave pirata entró dentro en el campo de fuego de la torreta artillera. Han aguantó la respiración, esperando hacer un disparo en los órganos vitales del invasor, siendo consciente de que solamente podría disparar una sola vez.

La sección de control no entró en su línea de fuego y el puente pasó de largo, probablemente vacío, con la mayor parte de la tripulación reunida en la esclusa de aire preparada para el abordaje. La nave pirata no había despegado sus cazas, gracias a la mansa rendición del capitán de la *Dama*.

Han miró con atención a través del sistema de puntería hacia la siguiente sección del casco de la nave enemiga; luego, echándose hacia atrás, comenzó a levantarse del sillón del cañón gemelo.

—Vayámonos —apremió a Fiolla.

—¿Qué es esto, un principio repentino de cordura senil?

—La inspiración es mi especialidad —contestó ligeramente—. Solamente espero recordar bien el diseño de esta vieja Clase M. Hace mucho tiempo que me embarqué en una de estas.

Siguió el paso de Han mientras él estudiaba los letreros en los marcos de las puertas de la nave, hablando consigo mismo bajo su respiración. Allí rápidamente, siguiendo el revestimiento del casco, la nave pirata seguía acercándose. Han dio un patinazo para detenerse y dejó a Fiolla de vuelta a la seguridad temporal de un pasillo lateral.

No demasiado lejos, delante de ellos, una turba de pasajeros se había reunido cerca de la esclusa de aire principal como provocación a las instrucciones del capitán. Entre ellos Fiolla reconoció al sacerdote de Ninn con sus ornamentos verdes, un subinspector de inoculación de plantas de un agromundo de la Autoridad, y una docena de otros pasajeros a los que había llegado a conocer. Todos ellos retrocedieron por los sonidos neumáticos producidos por la esclusa de aire.

Entonces, los pasajeros corrieron por los pasillos en busca de refugio cuando la escotilla interior de la esclusa de aire se abrió y los piratas armados entraron a raudales en el pasillo. Llevaban puestos pesados trajes espaciales blindados, blandiendo blásters, picas de fuerza, lanzacohetes y vibrohachas. Tenían cara de ejecutores implacables.

Se escuchaban órdenes por el sistema de megafonía mezcladas con los gritos de los pasajeros. Los últimos estaban recibiendo malos tratos. Un grupo de abordaje corrió hacia el puente de la *Dama* con granadas conmocionadoras, cortadores de fusión y sopletes de plasma, en caso de que el capitán hubiese cambiado de idea acerca de rendirse. Varios de los piratas empezaron a reunir en manadas a los pasajeros que apenas oponían resistencia, empujándolos hacia el salón mientras el resto se dividía en equipos y empezaba una búsqueda rápida en todas direcciones fuera de la esclusa de aire.

Han llevó a Fiolla a un pasillo interior, leyendo los letreros de los marcos, hasta que alcanzaron una escotilla útil. La escotilla daba a un pasillo de servicio central que recorría toda la nave. Normalmente la escotilla habría sido cerrada y asegurada, pero podía ser abierta manualmente si la nave se encontraba en una situación de emergencia. Han manipuló la escotilla y entró de cuclillas en el pasillo de servicio, entre conductos de energía y gruesos cables. No había ventilación, normal en aquellos núcleos, donde las capas de polvo se habían reacomodado en todas partes, a lo largo de todos los diseminadores de la nave.

Fiolla frunció el ceño.

—¿Qué tiene de bueno esconderse? Corremos el riesgo de quedar abandonados a la deriva en la nave, Solo.

—Tenemos una reserva para dos en el siguiente bote que salga de aquí. Ahora entre; y le contaré el plan.

Ella entró torpemente, recogiendo en una mano la larga cola de la falda del vestido, y trepó para poder seguirle a través de la escotilla. Han se dio cuenta en ese momento que Fiolla tenía dos piernas muy bonitas.

Caminar por el pasillo de servicio los tuvo rápidamente sucios, enfadados, e irritables cuando tuvieron que pasar por encima, por debajo y entre los obstáculos.

—¿Por qué es tan complicada la vida a su alrededor? —jadeó—. ¡Los piratas hubiesen cogido mi dinero y me habrían dejado en paz, pero no, Han Solo, oh, no!

Han rió disimuladamente cuando colocó los dedos en una reja y la arrancó quitándola de su camino.

—¿No se le ha ocurrido aún que éste no es un ataque pirata?

—No podría saberlo; no he visto muchos de ellos.

—Confíe en mí; no lo es. Estoy seguro de que podrían encontrar blancos más gordos y más seguros en las zonas periféricas. Se están arriesgando mucho atacando esta nave con las patrullas «Espo» tan cerca. Y entonces, dicen todos estos disparates de no lanzar los botes. Van tras alguien en particular, y pienso que somos nosotros.

Han la guiaba en un avance lento, acucillados sobre conductos de energía, y chocando sus cabezas contra ellos en algún que otro punto donde la altura era menor. Solamente había luces de emergencia intermitentes, nodos que tan sólo aliviaban ligeramente la oscuridad. Después de lo que parecía una eternidad encontró la escotilla que había estado buscando, detrás de un mamparo principal reforzado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Fiolla.

—Simplemente debajo y a popa de la esclusa de aire de atraque —le dijo, sacudiendo con fuerza su pulgar hacia la cubierta en lo alto—. La *Dama* probablemente esté llena de piratas en estos momentos.

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí? ¿Alguien le ha criticado alguna vez por su liderazgo, Solo?

—Nunca.

Han subió por una pequeña escalera de mano mientras ella lo seguía dudando. Pero cuando probó a abrir la escotilla encima de su cabeza descubrió que la válvula estaba atascada. Colocar su hombro sobre la rueda y presionar casi le hizo perder su agarre.

—Aquí —dijo Fiolla, subiendo un pequeño pedazo de metal. Vio que lo había cogido de uno de los escalones más bajos de la escalera de mano que estaban sueltos.

—Pierde el tiempo trabajando honestamente —le dijo a ella de forma franca, y colocó el escalón a través de los radios de la rueda. El segundo intento produjo como respuesta un rechinar de metal y la rueda cambió de dirección, comenzando a dar vueltas. Abrió un poco la escotilla para echar una mirada alrededor y vio, como él había esperado, el interior de la antecámara de utilidades de la esclusa de aire. Allí, colgados en el armario de mantenimiento, los trajes espaciales y los arneses de herramientas estaban listos para ser vestidos en el momento de un aviso.

Tirando de Fiolla después de él, abrió la escotilla tan silenciosamente como pudo.

—No debería haber más que uno o dos guardias en la esclusa de aire —explicó—. Dudo mucho que les preocupe que se produzca un ataque; no habrá más que dos o tres armas de fuego en total a bordo de *la Dama*.

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí? —le imitó con un susurro.

—No podemos escondernos por mucho tiempo. Si tienen que hacerlo, barrerán completamente la nave con sensores, para localizarnos. Hay sólo un lugar donde encontraremos una cápsula de escape útil ahora mismo.

Fiolla se quedó sin respiración cuando se dio cuenta de lo que quería decir y abrió la boca para oponerse.

Han le colocó un dedo sobre los labios.

—Son traficantes de esclavos, no piratas, y no estarían sufriendo todos estos problemas si pensaran dejarnos vivir. Quieren averiguar lo que sabemos y luego nos quitarán de en medio para siempre. No estoy seguro de cómo saldrá todo esto, pero si llegas al *Halcón* sin mí coge la placa de datos de Zlarb. Dile a Chewie que está en el bolsillo del pecho de mi abrigo térmico y él entenderá.

Fiolla comenzó a decir algo, pero Han no la dejó.

—Pelear y correr, ¿recuerdas? Eso es lo que tienes que hacer.

El guardia estaba observando la esclusa de aire principal y había seguido el abordaje a través de un intercomunicador. La nave estaba medianamente asegurada y los grupos de búsqueda exploraban sus áreas asignadas.

Un ruido en la antecámara de mantenimiento atrajo su atención. Sin embargo, fue difícil identificarlo a través del casco, pero sonaba como metal golpeando metal.

Sujetando su arma, el guarda tecleó el código de apertura de la escotilla. La escotilla se abrió hacia un lado y entró en la antecámara de mantenimiento. Al principio pensó que el cuarto estaba vacío ya que había sido registrado con anterioridad. Pero entonces descubrió una figura encorvándose en un intento fútil para esconderse detrás de uno de los trajes de la tripulación. Era una joven aterrorizada que llevaba puesto un traje de noche roto.

El guardia levantó su arma arriba de inmediato y revisó el resto de la antecámara de mantenimiento, pero sólo encontró trajes espaciales colgados. Caminó hacia adentro, haciéndole señas con el arma, para que saliera de allí.

—Salga fuera de ahora mismo y no le haré daño.

De pronto, un objeto apareció desde un ángulo que el guardia no había previsto. Una pesada palanca de potencia le golpeó en el casco y el hombro, haciéndole caer de rodillas. A pesar de su armadura el guarda quedó aturdido momentáneamente con su hombro y el brazo entumecidos. Buscó palpando los controles del intercomunicador, pero el golpe había hecho pedazos el transceptor de su casco.

La mujer llegó corriendo para tratar de quitarle con la palanca el arma que tenía en la mano, pero el guardia peleó por retenerla. Un extraño sonido se produjo detrás de él y un puñetazo hizo al guardia olvidarse de su arma. Gran parte del impacto había sido absorbido por la armadura y el casco, pero el golpe había sido tan violento que a pesar de la fuerza dispersada por la armadura le golpeó en la cara aturdiéndole y produciendo una abolladura enorme en el casco.

Han, todavía en el traje espacial con el que se había colgado de un gancho para la emboscada, se tiró sobre el guardia y soltó rápidamente un arnés de herramientas sobre él, tratando de sujetarle los brazos. Con otro arnés ató las piernas del hombre.

Fiolla observó el proceso nerviosamente, contemplando el lanzacohetes que se había pegado como a fuego en su hombro, creyendo que se había materializado allí como por arte de magia.

Han se levantó y amablemente le quitó el arma. Descubrió que estaba cargado con balas antipersonales. Esos proyectiles no tendrían efecto en el traje blindado de los invasores, pero serían completamente efectivas contra los pasajeros y miembros de la tripulación sin protección. Han habría preferido un bláster, pero el dispositivo de lanzamiento pasado de moda le serviría por ahora.

Su voz quedó casi silenciada por el casco que llevaba.

—No sabemos si este guardia tendrá que informar cada cierto tiempo. Todo lo que podemos hacer es irnos. ¿Lista?

Ella trató de sonreír y él la alentó con una amplia sonrisa. Cerró la escotilla de la antecámara de mantenimiento detrás de él y en un momento cruzaron el tubo de abordaje, introduciéndose en la nave invasora.

El pasillo estaba vacío. *Deben tener a la tripulación entera buscándonos*, pensó.

Siguiendo el casco de la nave como lo había visto desde la torreta artillera cuando se acercaba a la *Dama*, empezó a recorrer la popa, y dirigirse hacia la bahía del bote salvavidas que le había hecho detener sus manos en la torreta. Llevó empujando a Fiolla delante de él y sujetó el lanzacohetes en alto como si ella fuera su prisionera. El traje espacial podía evitar que fuese detectado como un intruso en el desorden producido por el abordaje. Era, al menos, digno de intentarse.

Vio las luces de peligro y los paneles que anunciaban una bahía de botes salvavidas delante de ellos.

—¡Usted! ¡Alto ahí! —oyó gritar una voz detrás de él. Fingió no escuchar, y le dio a Fiolla un empujón. Pero la voz repitió la orden—. ¡Alto!

Giró sobre sus tacones, subió el lanzacohetes y se encontró clavando los ojos en una cara que reconoció inmediatamente. Era el hombre de pelo negro que había aparecido en la cinta del mensaje que había encontrado en la caja de seguridad de Zlarb. Él y otro hombre con trajes acorazados y los cascos quitados, trataban de sacar sus armas portátiles.

Pero las armas estaban enfundadas en pistoleras de estilo militar, construidas para la durabilidad en vez de la velocidad. *Mas les vale tener esas armas guardadas en un cajón*, reflexionó Han desapasionadamente cuando les apuntó. Fiolla gritaba algo que no podía pararse a escuchar.

Ambos hombres se dieron cuenta en el último instante que no podrían disparar más rápido que él y se retiraron con los brazos cubriéndose la cara, en ese momento Han disparó.

Los proyectiles antipersonales estaban hechos para corta distancia; las luces se apagaron en el mismo momento en que disparó el lanzacohetes, amplificando las balas y llenando el pasillo de una conmoción ensordecedora. Los traficantes de esclavos no parecían estar heridos, pero se quedaron sobre la cubierta, dónde habían caído. Han disparó otra salva AP contra ellos esperando tener suerte y, agarrando el codo de Fiolla, corrió en busca de la bahía de botes de salvamento. Fiolla parecía en estado de shock pero no se opuso. Abrió el cerrojo de la escotilla y la metió dentro.

—¡Encuentre un lugar y agárrese!

Fuera, tuvo tiempo de mascullar una maldición por la mala suerte de encontrar una lenta cápsula salvavidas en vez de una pinaza o una nave de abordaje.

Un disparo de bláster maulló más allá de él y quemó una pantalla de iluminación abajo en el pasillo. Han se arrodilló en el refugio que le proporcionaba el cerrojo y disparó despreocupadamente cuatro salvas más, vaciando el lanzacohetes sobre las figuras que aparecían por el pasillo. Todos ellos cayeron sobre la cubierta, pero sabía que no le había dado a ninguno.

Cerrando ambas escotillas, se lanzó al asiento de piloto de la cápsula e hizo detonar los sellos separadores. A diferencia de los botes de la *Dama*, los de la nave invasora todavía funcionaban. Con una sacudida increíble la cápsula fue saliendo de su hueco. En el mismo momento que cortó los sellos, el empuje que recibió la lancha salvavidas había sido como si la hubiesen pateado.

Han se movió bruscamente, confiando en pilotar solo con los propulsores en un lugar donde no había atmósfera que afectase las superficies de mando de la cápsula salvavidas. Pilotó con gravedad para salir del casco de la nave e hizo un giro hacia arriba para poner la masa de la *Dama de Mindor* entre ellos y la nave de los Traficantes de esclavos. Acelerando el motor hasta el máximo, siguió un vector que lo mantuviese fuera del alcance de los cañones de la nave para luego zambullirse hacia la superficie de Ammund.

Soltó los controles el tiempo suficiente para tirar a un lado el casco del traje espacial.

—¿Podemos ir más rápido que ellos? —le preguntó Fiolla desde la silla de aceleración situada detrás de él.

—No te preocupes por eso —respondió sin quitar los ojos de los controles—. No pueden salir tras nosotros hasta que den la alarma y recuperen a todos sus hombres de la *Dama*. Y si quieren enviar naves a perseguirnos, será mejor que tengan algunos pilotos muy hábiles.

Seguían tambaleándose, desde el tirón que produjo la salida de la cápsula, pero Fiolla se levantó y fue hacia la silla del copiloto.

—Siéntate y permanece quieta —le dijo acaloradamente—. ¡Si hubiese tenido que hacer maniobras o desacelerar en ese momento, hubieses estado dando golpes contra los mamparos un rato!

Hizo caso omiso de su comentario. Han vio que lo que la había conmovido en la nave aún seguía produciéndole efecto. Sabiendo cual era su capacidad de reacción, Han apartó su atención de los controles un momento.

—¿Qué te pasa? Bueno, además del hecho de que podríamos ser vaporizados en cualquier momento, digo.

—El hombre al que le disparaste... —tartamudeó.

—¿El del pelo negro? Es el que aparecía en el mensaje que te conté; era el contacto de Zlarb —Han recurrió a ella agudamente—. ¿Por qué?

—Era Magg —dijo Fiolla, con la sangre desapareciendo de su cara—. Era mi secretario particular, al que había seleccionado con mucho cuidado, Magg.

IX

A comienzos del corto día de Ammuud, los empleados del espaciopuerto, al igual que los droides, detuvieron su trabajo cuando las sirenas anunciaron una alarma de defensa. Las cúpulas reforzadas se desplegaron para revelar emplazamientos artilleros alrededor del puerto y en las nevadas montañas encima de ellos. Para un espaciopuerto pequeño y tranquilo, Ammuud tenía una impresionante cantidad de armamento defensivo.

Una cápsula apareció en el cielo, reflejándose a la luz. Su piloto utilizó los propulsores de frenado, y el sonido ensordecedor de su reentrada le alcanzó. Turbolásers, lanzamisiles, y cañones múltiples rastrearon su descenso, ansiosos por destruir la cápsula si mostraba el signo más leve de realizar una acción hostil. El mando de defensa era ya consciente de que una lucha entre dos naves estaba produciéndose encima de Ammuud, y se habían inclinado por la decisión de no correr riesgos. Los interceptores se mantuvieron en alerta, desde que vieron que era una nave solitaria, dejando el cielo entero como un área potencial para fuego libre.

Pero el bote aterrizó obedientemente y exactamente en el lugar asignado por el control portuario. Vehículos de superficie provistos con artillería portátil rodearon la pequeña cápsula mientras los emplazamientos artilleros mayores volvieron a la posición de espera. Los circuitos simples de los autómatas del espaciopuerto, manipuladores de cargamento, automovers, y semejantes, determinaron que no había razón para detener el trabajo, y regresaron a sus tareas, con una excepción. Nadie vio al droide trabajador que, cargando una caja de embalaje, empezó a cruzar la pista de aterrizaje.

Cuando rompió el sello de la escotilla del bote, Han se dirigió a su compañera.

—Fiolla, tienes un gran juicio en la contratación de ayuda, eso es todo lo que puedo decir.

—Solo, pasó una investigación de seguridad a fondo —insistió algo más fuerte—. ¿Qué se supone que tendría que haber hecho, sondearle el cerebro?

Han se detuvo cuando estuvo a punto de deslizarse hasta el campo de aterrizaje.

—No es una mala idea. De cualquier manera, esto nos dice mucho. Cuando obtuviste acceso a la ventana de la computadora de los traficantes de esclavos en Bonadan, no fue por un error. La terminal de Magg probablemente realizó un acceso especial en ella; parece que es el contable de los traficantes, y tal vez también su hombre de seguridad. Él te mandó fuera de la ciudad con el patín para así sacarte silenciosamente del camino. Apuesto que también inutilizó ese arma a prueba de escáner tuya.

Fiolla fue rápida en su réplica, Han tuvo que otorgarle eso. Ella ya había aceptado lo que había visto y cambiado sus ideas consecuentemente.

—Lo que ha pasado no ha sido por culpa mía —razonó lógicamente

Han no contestó, estando ocupado con la mirada fija en los rifles bláster, y los cañones de una variada colección de armas mortales, esmerándose en parecer amigable y no una amenaza. Mostró las manos vacías.

Un hombre con túnica y pantalones dio un paso adelante, con un disruptor en la mano. Su uniforme no era oficial, pero llevaba una insignia de una estrella brillante en un brazalete. Han ya sabía por las averiguaciones que hizo sobre Ammuud que era una coalición independiente y a menudo competitiva de siete

clanes principales bajo subcontrato de la Autoridad. Por la variedad de uniformes y atuendos parecía que los siete clanes habían proporcionado hombres al personal de seguridad del espaciopuerto.

—¿Qué significa todo esto? —el líder chasqueó los dedos—. ¿Quién es usted? ¿Qué sucede allá arriba? —señalando hacia el cielo de Ammuud con el cañón de su bláster.

Han descendió de la escotilla abierta y levantó sus manos con toda tranquilidad y llamativamente mientras ponía su sonrisa más encantadora.

—Somos pasajeros de la *Dama de Mindor*. La nave fue atacada y abordada por piratas; nosotros dos escapamos, pero no sé lo que sucedió después de salir.

—Según las pantallas, la nave pirata abandonó el ataque a la nave de pasajeros y huyó; no hemos sabido nada más de ella. Déjeme ver su identificación, por favor —el hombre no había bajado su arma portátil.

—No tuvimos tiempo para hacer las maletas —Han le dijo—. Saltamos sobre la primera cápsula salvavidas que alcanzamos y partimos.

—Y justo a tiempo —agregó Fiolla, serenamente desde la escotilla—. ¿Por favor ayúdame a bajar, querido?

Varios de los policías del puerto automáticamente se acercaron para asistirlos. Fiolla estaba radiante, aun con su traje de noche rasgado y el polvo del pasillo de mantenimiento en su cuerpo. También añadió una nota convincente a la historia de Han. Han intercedió antes de que alguien más pudiera llegar y ayudarla y, con las manos en su cintura, la bajó hasta el suelo.

El oficial encargado empezó a restregarse la frente.

—Tal parece ser que tendré que llevarles a la fortaleza Reesbon para realizarles más preguntas.

Pero uno de los hombres objetó.

—¿Por qué a la de Reesbon? ¿Por qué no a nuestra fortaleza del clan Glayyd? Hay más de nosotros aquí que de los suyos.

Han recordó que Reesbon y Glayyd eran dos de los siete clanes que controlaban Ammuud. Y Mor Glayyd, el patriarca de su clan, era a quien Han y Fiolla querían ver. Una mirada rápida alrededor le indicó que el *Halcón* no parecía estar en las pistas. Han resistió el impulso de averiguar algo acerca de su nave, no queriendo implicar a Chewbacca en lo que estaba ocurriendo si podía evitarlo.

Pero la situación actual suponía ser arrastrado a cualquier fortaleza de alguno de los clanes. Han no estaba seguro aún de lo que diría el líder Glayyd, pero sabía que no tenía ningún deseo de estar apartado en la fortaleza de los Reesbon.

—En realidad, estoy aquí porque tengo un negocio para el Mor Glayyd —comentó.

Ese comentario dibujó un semblante ceñudo en el oficial pero, para sorpresa de Han, también provocó una mirada sospechosa de los hombres y mujeres del clan Glayyd.

El primer miembro del clan Glayyd habló otra vez.

—¿Allí, ves? ¿Niegas que esta situación puede ser investigada por el Mor Glayyd tan honestamente como por el Mor Reesbon?

El oficial y sus hombres estaban en gran minoría; vio que no podría ganar ni por la jerarquía ni por la fuerza. Han tenía la impresión de que las fuerzas policiales del puerto estaban en completo desacuerdo.

Los labios del oficial se comprimieron cuando asintió rígidamente.

—Llamaré a un deslizador de tierra; tenemos que conservar todos los vehículos armados aquí en el puerto.

Entonces, una voz metálica y lenta habló detrás de Han arrastrando las palabras.

—¿Señor, no sería mejor que fuese con ustedes? ¿O preferiría que me quedase aquí en la cápsula?

Han se esmeró en evitar que su mandíbula cayese. Bollux estaba en la escotilla de la cápsula salvavidas, aguardando órdenes después de un descenso lleno de acontecimientos y el aterrizaje.

—Pensaba que estaban ustedes dos solos —dijo uno de los policías del puerto con un indicio de acusación.

Fiolla fue más rápida en la contestación que Han.

—Es solamente nuestro droide personal —explicó ella—. ¿Los clanes de Ammuud consideran a los droides parte del clan?

Han todavía clavaba los ojos en Bollux; no podía estar más asombrado si el droide hubiese salido bailando de una tarta. Volvió a poner su cerebro en marcha.

—No, puedes venir con nosotros —dijo al droide.

Bollux obedientemente se descolgó de la escotilla.

El oficial estaba regresando, habiendo terminado de hablar por el comunicador de uno de los transportes armados.

—Un vehículo ha sido enviado desde el depósito central y estará aquí dentro de poco —les dijo.

Recurriendo al hombre del clan Glayyd con el que había discutido, sonrió desoladamente.

—Confío que el Mor Glayyd escribirá un informe sobre este hecho para los otros clanes rápidamente. Después de todo, tiene otro... asunto urgente que podría reclamar su atención rápidamente.

Los hombres del clan Glayyd, se removieron y cambiaron de posición mirándole encolerizadamente, manoseando sus armas como si el oficial Reesbon hubiese hecho una provocación extrema. El oficial regresó a su vehículo y, junto con el resto de los hombres del clan Reesbon, se fue.

El hombre del clan Glayyd quiso saber más acerca del negocio que Han iba a proponer al líder de su clan.

—No, no está esperándome —contestó Han honestamente—. Pero es un asunto de extrema urgencia, tan importante para él como para mí.

Para anticiparse a más averiguaciones, Fiolla se apoyó con exceso en el brazo de Han, con los párpados revoloteando. Poniéndose una mano en la frente, y haciendo una imitación muy convincente de estar próxima a desmayarse por lo que el resto de las preguntas quedaron sin contestación.

—Ha pasado por mucho —aclaró Han—. Tal vez podríamos sentarnos mientras esperamos el vehículo.

—Perdóneme —masculló el hombre del clan Glayyd—. Por favor, pónganse cómodos en el compartimiento de tropas de ese transportador. Informaré al Mor Glayyd de su llegada.

—Uh, dígame que sentimos mucho molestarle en algo —Han pensaba en lo que el oficial Reesbon había dicho—. ¿Qué hemos interrumpido?

Los ojos del hombre de Glayyd se movieron rápidamente sobre Han otra vez.

—El Mor Glayyd va a luchar en un duelo a muerte —dijo, y partió para enviar su mensaje.

Sentados con Bollux en el compartimiento de tropas, Fiolla y Han presionaron al droide para que les diese toda la información. Bollux les dio un breve resumen de los acontecimientos que sucedieron después de su despedida en Bonadan.

—¿Qué hiciste después de que la cápsula tocara tierra? —quiso saber Han.

—Me temo que el cronometraje de Spray no fue del todo exacto, señor —contestó Bollux—. Aterricé a cierta distancia de la ciudad, pero al menos eso sirvió para que no me detectasen con sus sensores o me destruyesen en la bajada; las defensas son muy buenas aquí. Recorrí el resto del camino hasta el espaciopuerto y simplemente pasé desapercibido, esperando su llegada. Debo admitir que había estado concentrándome en las naves entrantes y en la pequeña terminal de pasajeros; no había esperado que ustedes llegasen de este modo. También me las he arreglado para aprender mucho sobre la situación del lugar.

—Espera; rebobina ¿Qué quieres decir con que te hiciste pasar desapercibido? ¿Dónde has estado?

—¿Por qué? Haciendo lo que se supone que hacen los droides, capitán Solo —contestó Bollux mirando a ambos y respondiendo a la pregunta de Han—. Simplemente entré en el puerto a través de un punto de chequeo de autómatas de reparto y empecé a hacer cualquier trabajo que estaba pendiente. Todo el mundo siempre supone que un droide es comprado por su dueño y programado para alguna tarea. ¿Después de todo, por qué si no estaría un droide trabajando? Nadie en ningún momento me cuestionó, ni siquiera los jefes de reparto. Y debido a que no estaba realmente asignado a alguien, nadie se dio cuenta cuando fui a la deriva de un trabajo a otro. Siendo un trabajo de droides, era una tapadera muy buena, capitán.

Fiolla estaba interesada.

—Pero eso significa mentir a los humanos. ¿No va eso en contra de tu programación fundamental?

Han hubiese jurado que la contestación de Bollux sonaba modesta.

—Mis acciones implicaban una orden de alta prioridad de contribuir a su bienestar y la del capitán, y si se me permite decirlo, evitar que sufriesen algún daño. Eso eliminó cualquier contraprogramación prohibiendo el engaño a los humanos. Y bien, cuando vi su cápsula aterrizar, simplemente llevé una caja de embalajes a través de la pista hasta que llegué detrás de la nave y luego me introduje en ella por la escotilla trasera. Como dije...

—Nadie se fija en un droide —se le anticipó Han—. Cuando estemos fuera de aquí, me encargaré de eso, si quieres; te repintaremos de colores llamativos. ¿Qué te parece? Ahora, ¿qué hay acerca de ese duelo?

—De lo que he podido aprender escuchando hablar a los humanos y a los pocos autómatas inteligentes en el puerto, señor, hay un Código de Honor sumamente rígido en vigor entre los clanes. El Mor Glayyd es el líder del clan más poderoso, y ha sido mortalmente insultado por una persona extranjera, un pistolero sumamente diestro. Los otros clanes no intervendrán porque estarían encantados de ver al Mor Glayyd morir. Y, según el código, ningún miembro del clan Glayyd puede intervenir por él. Si el Mor Glayyd no lucha, o su retador es asesinado o herido antes del duelo, perderá todo su carisma, su apoyo popular, y violará su juramento como protector del clan.

—¡Tenemos que llegar a él antes de ese duelo estúpido! —exclamó Fiolla a Han—. ¡No podemos permitir que lo maten!

—Estoy seguro de que él siente lo mismo —reconfortó Han a ella secamente.

Justo entonces un deslizador apareció, un vehículo ancho, de interiores cómodos de un color negro esmaltado.

—He cambiado de idea —le dijo Han al miembro del clan Glayyd—. Mi droide se quedará aquí en la cápsula salvavidas. Después de todo, no es de mi propiedad y me imagino que soy responsable de su regreso.

No hubo objeción. Bollux reingresó en la cápsula y Han y Fiolla se pusieron cómodos en el interior profundamente tapizado del deslizador. Los hombres del clan Glayyd se sujetaron a las agarraderas del vehículo y montaron en los estribos laterales.

El vehículo era caliente y confortable, con bastante espacio para una docena de pasajeros. Un conductor, respaldado por una computadora de orientación, se sentaba delante, tras un grueso cristal de transpariacero. El paseo los llevó por la calle principal de la ciudad. Era un lugar más bien destartado, los edificios eran de madera o piedra en lugar del material moldeado por fusión. Los desagües de la calle eran cunetas abiertas frecuentemente ahogadas con basura y piscinas de agua estancada color carmesí.

Las personas que vieron al pasar demostraban una gran variedad de actividades. Había cazadores, mecánicos de naves, policía del servicio forestal, técnicos de mantenimiento, transportistas de carga, y vendedores ambulantes, que acosaban a los jóvenes hombres de los clanes y las mujeres que los acompañaban.

Con todos sus fallos y defectos, Han prefería un lugar abierto, con peleas, y lleno de vida como Ammuud a la funcionalidad deprimente de un sitio como Bonadan o la esterilidad aseada de uno de los mundos del capitolio de la Autoridad. Este lugar nunca podría tener suficientes ganancias o ser muy influyente en los asuntos galácticos, pero parecía un lugar interesante para vivir.

Fiolla frunció el ceño cuando cruzaron unas manzanas de barrios pobres.

—Es un insulto tener una de esas monstruosidades a la vista en la Autoridad del Sector Corporativo.

—Hay cosas mucho peores en la Autoridad —contestó Han.

—Guárdate tus opiniones sobre lo que está mal en La Autoridad —devolvió el disparo—. Estoy más al corriente de eso que tú. La diferencia entre nosotros es que yo voy a hacer algo al respecto. Y mi primer movimiento es ascender a la Junta Directiva.

Han hizo un movimiento acallador, indicando al conductor y los jinetes que se habían aferrado al coche. Fiolla hizo un *hmmph!* hacia él, y se cruzó de brazos dirigiendo la mirada coléricamente fuera de su ventana.

La fortaleza Glayyd parecía simplemente eso, un montón de enormes bloques de material moldeado por fusión, con muchos detectores y emplazamientos de armas. La fortaleza estaba situada contra el pie de las montañas al borde de la ciudad, y Han presumía que se adentraba en los picos con refugios hondos e impenetrables.

El vehículo se deslizó por una portilla abierta al pie de la fortaleza y se paró en un garaje cavernoso vigilado por hombres jóvenes, soldados de a pie del

clan Glayyd. No parecían particularmente precavidos y Han supo que el coche había sido escaneado a fondo antes de la admisión.

Uno de los guardas del clan les escoltó hasta un pequeño ascensor elevador y se apartó cuando entraron, pulsando un destino para ellos. Se levantaron rápidamente, debido a que el ascensor no estaba equipado con engranajes de auto compensación, haciendo estallar los oídos de Han.

Cuando las puertas se abrieron, se encontraron mirando hacia una habitación más ventilada y abierta de lo que habían esperado. Aparentemente algunos de aquellos pesados bloques podían ser cambiados de lugar. La habitación estaba amueblada moderadamente pero muy bien. Los droides mayordomo, el mobiliario antiguo, mostraban que los ocupantes disfrutaban del lujo. En espera de los dos había una mujer algunos años menor que Fiolla.

Ella vestía un traje de noche densamente bordado y ribeteado en hilo plateado, y un chal hecho de algún material azul etéreo. Su pelo pardo rojizo estaba recogido en una cinta del mismo azul. Mostraba la mancha de una lesión reciente sobre su mejilla izquierda; a Han le pareció la marca de una bofetada. Tenía una expresión de esperanza, y de recelo.

—¿No les gustaría entrar? Por favor, tomen asiento. Siento mucho el descuido de que no me remitiesen sus nombres.

Se presentaron y encontraron lugares confortables entre el mobiliario. Han quería escucharla preguntar si querían algo de beber, pero era tan distraída que hizo caso omiso del tema completamente.

—Soy Ido, hermana del Mor Glayyd —dijo rápidamente—. Nuestro policía no especificó nada sobre su negocio, por eso decidí verle, esperando que se tratara de este... problema.

—¿Quiere decir representarle en el duelo a muerte? —preguntó Fiolla yendo directamente al grano.

La joven asintió con la cabeza.

—¡No nosotros! —dijo Han rápidamente, dejando aclarado el tema. Fiolla le dio una mirada mordaz.

—Entonces no creo que mi hermano tenga tiempo de hablar con ustedes —Ido siguió hablando—. El duelo se ha pospuesto dos veces. Aunque teníamos la esperanza, no será admitida más demora.

Han estaba a punto de discutir, pero Fiolla, más diplomática que él, cambió el curso de la conversación por el momento, preguntando por qué se había producido el reto. La punta de un dedo de Ido se dirigió a la marca en su cara.

—Ésta es la causa —dijo ella—. Temo que esta pequeña marca sea la sentencia de muerte de mi hermano. Un hombre de otro mundo apareció aquí hace varios días y se las ingenió para presentarse en una recepción. Me invitó y dimos una vuelta a través de los jardines de la azotea. Él se enfureció por algo que dije, o eso parecía. Me golpeó. A mi hermano no le quedaba otra cosa por hacer que retarle. Desde entonces nos hemos enterado de que este hombre es un pistolero muy famoso que ha matado a muchos adversarios. Todo esto parece un complot para matar a mi hermano, pero es muy tarde para evitar el duelo.

—¿Cuál es su nombre, el del extranjero? —preguntó Han, interesado ahora.

—Gallandro, es llamado —contestó ella. Han no reconoció el nombre, pero, vio la cara que puso Fiolla. *Ella está al tanto de algo de esta información, pensó.*

—Esperaba que usted hubiese venido a impedir el duelo o a intervenir en él —dijo Ido—. Ninguno de los otros clanes lo hará, ya que nos envidian y les gustaría vernos caer en la desgracia. Y por el Código, nadie más en nuestro clan o a su servicio puede intervenir por mi hermano. Pero otro extranjero puede, por el bien ya sea de nuestros intereses o el suyo propio. Esto es, si es un asunto que directamente le concierne.

Han pensaba que si él fuera el Mor Glayyd ya habría salido a buscar una nave rápida con las joyas familiares en el bolsillo.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por la voz de Fiolla.

—Ido, por favor, déjenos hablar con su hermano; quizás pueda haber algo que podamos hacer.

Después de que Ido, rebosante de alegría, hubiese salido como un rayo, Han, ignorando la posibilidad de la existencia de dispositivos de escucha, explotó.

—¿Qué te pasa? ¿Qué puedes hacer para ayudarlo?

Ella miró hacia atrás despreocupadamente.

—¿Yo? Nada, ¿por qué? Pero tú puedes tomar su lugar y salvarle.

—¿Yo? —aulló Han, se levantó tan rápidamente que casi tiró al suelo a un droide mayordomo. El droide retrocedió ligeramente con un chillido electrónico.

—No quiero saber nada acerca de esa pelea —Han continuó alzando el volumen—. Estoy aquí buscando a alguien que me debe diez mil créditos. No quiero saber nada de estas personas. Ahora que lo recuerdo, parecía que conocías al pistolero, ¿cuál era su nombre?

—Gallandro, un nombre que he oído antes. Si es la misma persona, es el hombre de mayor confianza del director territorial; sólo he oído su nombre una vez antes. Odumin, el director territorial, debe estar involucrado en todo este asunto; estas deben ser las medidas de las que Magg informó a Zlarb. Si Gallandro mata al Mor Glayyd, acabará con su rastreo de los jefes de Zlarb y tu oportunidad para cobrar. Pero si intercedemos por el Mor Glayyd, todavía podríamos obtener lo que queremos.

—¿Y qué hay acerca de los detalles menores? —Han preguntó sarcásticamente—. Algo así como si Gallandro me mata, por ejemplo.

—Pensé que eras Han Solo, quien había dicho que podría hacer más en esta vida con un bláster que con una cuenta de gastos con crédito ilimitado. Así que este es tu terreno. Además, Gallandro seguramente se retirará cuando se entere que no tendrá oportunidad de matar al Mor Glayyd. ¿Y quién se atrevería a enfrentarse al gran Han Solo?

—¡Nadie quiere o va a hacerlo!

—Solo, Solo; has eliminado a Zlarb, has visto a Magg con los traficantes de esclavos, y sabes todo lo que yo sé. ¿Piensas que alguna vez dejarán de ir a por ti? Tu única oportunidad es salvar al Mor Glayyd y obtener la información de él a fin de que pueda procesarse a todos los involucrados en el círculo de esclavitud. Y no olvidemos los diez mil créditos que te deben.

—Eso jamás. ¿Qué hay acerca del dinero?

—Si no los puedes cobrar de ellos, tal vez pueda obtener alguna clase de compensación para ti. Recompensa para un ciudadano por un trabajo bien hecho, el elogio de la Junta Directiva, esa clase de cosas.

—Quiero diez mil, ni un crédito menos —acordó Han. Fiolla estaba en lo cierto acerca de una cosa: inmorales, los traficantes de esclavos

indudablemente seguirían viniendo tras él—. Y nada de cenas ceremoniales, gracias. Me marcharé por la puerta de atrás.

—Cualquier cosa. Pero nada de eso será posible si dejas que Gallandro mate al Mor Glayyd.

En ese momento la puerta se abrió, e Ido regresó, su mano a través del codo de su hermano. Han estaba sorprendido de ver lo joven que era el Mor Glayyd; él había dado por supuesto que Ido era una hermana pequeña. Pero el Mor Glayyd era aún más joven que ella. Traía puesto un traje fino y tieso con decoraciones de varias clases, y una cartuchera que no se veía bien en él. Era ligeramente más bajo que su hermana, delgado y más bien pálido. Su pelo, del mismo color que el de ella, estaba recogido en una cola.

Ido hizo las presentaciones, pero no se refirió a su hermano por su título, ella le llamó por un nombre familiar.

—Ewwen, el capitán Solo desea intervenir por ti. ¡Oh, por favor, por favor, debes estar de acuerdo!

El Mor Glayyd dudaba.

—¿Por qué razón?

Han masajeó el puente de su nariz con el pulgar y el dedo índice. Fiolla no le ofreció ninguna pista, confiando que él sería capaz de dar alguna respuesta plausible.

—Tengo, uh, un negocio para ofrecerle, un trato en el que usted podría estar interesado. Tomará una cierta cantidad de tiempo explicarlo.

En ese momento el intercomunicador hizo una señal reclamando su atención. El Mor Glayyd se excusó y se giró. Él había debido de activar un dispositivo silenciador; ninguno de los demás oyó nada de la conversación. Cuando él se volvió a girar, su cara se había vuelto impasible.

—Parece que carecemos del tiempo para su explicación, capitán Solo —dijo—. El extranjero Gallandro y su segundo han comparecido en la puerta y me esperan en la armería.

—¡No se haga el duro, y sopéselo! —dijo Han—. ¿Por qué no me deja a mí ir a su encuentro? —cuando Han vio que iba a producirse una discusión con aquel niño orgulloso, se apresuró a continuar—. Recuerde a su hermana y su deber para con su clan. Olvide el honor; ésta es la vida real.

—Ewwen, acepta por favor —imploró Ido a su hermano—. Te lo pido como un favor hacia mí.

El Mor Glayyd miró de uno al otro y estuvo a punto de hablar, pero se contuvo.

—No podía delegar esta obligación a ningún miembro de mi clan — finalmente dijo para Han—. Pero mi muerte entregaría a mi hermana y a mis parientes a la voluntad de los otros clanes. Muy bien, estaré en deuda con usted. Acudamos a la armería.

El ascensor privado de carga los llevó hacia abajo rápidamente. La armería era una serie de cuartos fríos, resonantes, abovedados y llenos hasta arriba con perchas de armas de energía, armas de proyectiles, y armas pesadas junto con bancos de trabajo y las herramientas para repararlas. El ruido de sus pasos resonó en la piedra cuando se abrieron paso hacia un campo de tiro.

Al final del campo y a lo largo de las paredes, los holoblanco colgaban en el aire, esperando que los descongelasen para comenzar secuencias de evasión y de ataque. Pero no eran los holoblanco a los que se iba a programar para

disparar. En el extremo más cercano del campo de tiro esperaban cinco personas.

Han estaba medianamente seguro de que podría identificar sus mundos por sus códigos arcaicos y formales de batirse en duelos. La mujer con apariencia cansada y la mediunidad profesional colgando de un hombro era la cirujana. En un tiroteo en un lugar estrecho, Han dudó que sus deberes se extenderían más allá de declarar muerto al perdedor.

El hombre mayor en librea de la casa Glayyd sería el segundo de Mor Glayyd; tenía una cara marcada, llena de cicatrices y era probablemente un instructor en armas o algo semejante del clan. Otro hombre, vestido con los colores que Han reconoció como los de Reesbon, parecía el otro segundo. Había también un hombre de pelo blanco y entrado en años tratando de ocultar su nerviosismo; sólo podía ser el juez del duelo.

El último miembro del grupo fue el más fácil de todos de identificar. Aunque Han nunca le había visto antes, su mirada activó sus alarmas internas. Era ligeramente más alto que Han, pero parecía más pequeño y compacto. Vestía elegantemente con un traje sombrío de pantalones grises y túnica de cuello alto con una chaqueta abruptamente gris sobre ella. Una bufanda, flexible y blanca, cubría su nudosa garganta, y sus extremos caían graciosamente sobre su hombro y la espalda.

El pelo encanecido del hombre había sido cortado muy pequeño, pero tenía un largo bigote que llegaba a la comisura de los labios, con sus puntas adornadas con diminutos abalorios de oro.

Estaba justamente quitándose la chaqueta. Una pistolera negra detalladamente trabajada rodeaba su cintura, sosteniendo un bláster en alto sobre su cadera derecha. Han no vio que siguiese la práctica muy común de marcar el cinturón indicando a cada adversario que había asesinado; parecía como si no lo necesitase.

Pero fueron los ojos del hombre los que habían activado la mayor parte de las alarmas de Han, insinuándole cuál era la profesión de aquel hombre. Los ojos eran profundos, de un azul claro, que no parpadeaban, inquebrantables. Examinaron a todos los recién llegados, fijándose por un momento en el Mor Glayyd y deteniéndose finalmente en Han, calculando fríamente el momento. Los dos se miraron sin decir nada.

—Como marca el desafío —comenzó el segundo de Mor Glayyd—, Gallandro ha escogido la confrontación en lugar del camino de la paz. Sus armas favoritas están preparadas, Mor Glayyd. Todas las armas han sido examinadas por ambos segundos.

Todavía mirando a los ojos de Gallandro, Han hizo el movimiento final.

—Vengo en ayuda del Mor Glayyd. He oído que es mi derecho intervenir por él.

Hubo un murmullo entre los segundos y el juez. La cirujana meramente negó con la cabeza cansadamente. Han fue hacia donde las armas mencionadas habían sido colocadas y empezó a revisarlas. Estaba estudiando una colección variada de armas para el hombro y los antebrazos y se debatía entre dos pistoleras muy parecidas a la suya cuando se percató de que Gallandro estaba de pie a su lado.

—¿Por qué? —preguntó el pistolero con una curiosidad clínica.

—No tiene por qué explicarle nada —objetó Ido, quien estaba siendo ignorada.

—Mi disputa es con el Mor Glayyd; no lo conozco siquiera —dijo Gallandro.

—Pero usted sabe que soy más rápido que el niño —dijo Han agradablemente, sosteniendo en alto un Needlebeamer de cañón pequeño y examinándolo. Luego encontró la mirada fija de Gallandro, que era tan tranquila como la superficie de una piscina al amanecer. Toda la información importante había sido intercambiada, aunque la expresión de ningún hombre cambió y nada más fue dicho. Han no tenía duda alguna de que el duelo se desarrollaría como estaba previsto.

En lugar de eso, Gallandro cambió de dirección y entonó:

—Mor Glayyd, me veo en la obligación de disculparme y presentarle mi súplica fervorosa de su perdón y el de su hermana —él presentó su disculpa indiferentemente, haciendo un desagradable y pequeño intento de parecer sincero—. Confío en que usted me perdonará y en que este incidente desafortunado sea enteramente olvidado.

Por un segundo pareció que el Mor Glayyd rehusaría la disculpa; habiéndose librado de una muerte segura, al niño le habría gustado ver un disparo de Gallandro. Han estuvo a punto de aceptar por él, no muy inclinado a un duelo rápido, que podía ser evitado.

Pero Ido habló primero.

—Ambos aceptamos su disculpa con la condición que usted deje nuestra casa y nuestro mundo tan pronto como sea posible.

Gallandro miró de ella para Han, quien todavía sujetaba el Needlebeamer. Recogiendo su chaqueta, el pistolero inclinó su cabeza hacia Ido y se dispuso a marcharse. Pero hizo una pausa para intercambiar una última y dura mirada con Han.

—Otra vez, quizás —Gallandro recibió una frágil sonrisa.

—Cuando juntes el coraje para hacerlo.

Gallandro casi se rió. Repentinamente, se había girado, dejando caer sus manos hacia su bláster, y acuclillándose, disparó rápidamente cuatro veces a los holoblanos a lo largo de la pared dándole a cada uno de ellos en el centro. Se había enderezado, haciendo girar su pistola en su dedo y colocándola nuevamente en la pistolera, antes de que la mayoría de las personas en el campo de tiro se hubiesen dado cuenta de lo que había hecho:

—Otra vez, quizás —repitió Gallandro tranquilamente. Gallandro proyectó una sombra de miedo en las mujeres, cirujana incluida, y clavándole los ojos al segundo del clan Reesbon, se alejó a grandes zancadas, con sus pasos resonando en la fría piedra.

—Surtió efecto —dijo Fiolla suspirando—. Pero no has debido de intercambiar pullas con él, Solo. Parecía un hombre muy peligroso.

Han contempló los cuatro holoblanos y sus disparos perfectos, luego volvió a mirar por donde Gallandro había desaparecido. Ignoró el eufemismo de Fiolla. Gallandro era con mucho el pistolero más peligroso Han alguna vez había visto; más rápido, casi seguro, que él mismo.

X

EL *Halcón Milenario* había encontrado refugio junto a una pequeña laguna de un valle en las montañas más allá del espaciopuerto de Ammuud. Bajando por la rampa, Spray estaba encantado de descubrir que la tormenta de viento de la noche pasada había hecho caer nieve.

Encontró a Chewbacca ensamblando un equipo y un conjunto de herramientas interesantes, incluyendo un trípode de metal con patas telescópicas, carretes de cable ligero, soportes, abrazaderas, alcayatas de suelo, y una pequeña unidad sensora de tomografía del cielo. El rastreador se interesó por el propósito de todo aquello. Con algunos gestos, y expresando con un gruñido en su lengua por la fuerza de la costumbre, Chewbacca dejó claro para Spray lo que estaba a punto de hacer. Para darles protección adicional, el wookiee iba a encaramarse con el sensor de tomografía a la punta de la cordillera por encima de ellos, donde daría un área mucho más ancha de vigilancia que la que podría ofrecer el equipo del propio *Halcón*, rodeado por este pequeño valle.

—¿P-pero cuándo regresarás? —preguntó Spray con aprensión.

El segundo oficial del *Halcón* se impidió a sí mismo bufar burlonamente; el tynnano había resistido bien desde el aterrizaje de emergencia y había arrimado el hombro, asistiendo en las reparaciones y preparando las comidas. No era defecto de Spray el que no estuviese acostumbrado a la vida de supervivencia y las situaciones en las tierras salvajes.

Chewbacca hizo un movimiento rápido con el trípode, como si lo estuviera abriendo y clavándolo en la tierra, le enganchó rápidamente la placa de montaje, como si estuviera poniendo la unidad sensora en su lugar. El significado era obvio; no estaría fuera demasiado tiempo.

—¿Pero, y ellos? —quiso saber Spray, refiriéndose a la manada de herbívoros que subían por la pendiente desde un valle inferior al que se encontraban. Las bestias andaban arrastrando sus patas en un lento caminar, imperturbable, alimentándose de maleza, líquenes de rocas, y las hierbas primaverales que se encontraban al descubierto. Sus cabezas astadas subían y bajaban en reflexiones interminables.

Varios rebaños habían atravesado el área, sin demostrar interés en el *Halcón Milenario* ni hostilidad hacia Spray o Chewbacca. El wookiee abrió sus manos para demostrar que los herbívoros no presentaban problemas.

Una parte del equipo plegado se situaba en su cadera derecha colgando de su bandolera de municiones, el resto lo metió en una maleta de herramientas que colgaba de su hombro por las correas. Luego levantó su arco de energía, comprobando y revisando su arma, y se puso en camino.

—Y mire esas cosas —gritó Spray a través de las manos ahuecadas en forma de taza, señalando luego con el dedo hacia el cielo. El wookiee miró hacia arriba. Como ocurría a menudo, había una cierta cantidad de los pterosaurios de Ammuud, enormes reptiles largos, dando vueltas en el cielo a la caza de alguna presa. Pero, aunque usualmente los habían visto individualmente o por parejas, ahora había quizás una docena cruzando el cielo.

El wookiee miró de reojo al rastreador y agitó su arco de energía, gruñendo significativamente.

Debería ser a los pterosaurios a los que tendrías que aconsejarles tener cuidado.

Volvió a ponerse otra vez en movimiento. Sus pies grandes cubiertos de pelo caminaban a través de suelo rocoso y pequeños tramos cubiertos de nieve. Su carga no le pesaba para nada.

Hacía buen tiempo y pronto estuvo ascendiendo hacia un punto alto en la línea de la cordillera. Encima de él había una plataforma horizontal, y más allá de la cordillera había otro amplio valle, que terminaba en un pasaje angosto. Cuando coronó la cordillera, Chewbacca extendió sus herramientas y se sentó en una roca plana y empezó a montar el trípode de la unidad sensora.

Una vez que el plato receptor estuvo colocado en el trípode, miró hacia abajo para examinar la nave. No podía ver a Spray, pero eso no lo sorprendía; el rastreador estaba en el lado contrario de la nave, en la rampa principal.

Lo que hizo que se quedase frío, era la cercanía del rebaño de herbívoros; el grupo principal andaba con paso pesado a unos veinte metros del carguero, aunque no mostraban inclinación a investigarlo o molestarlo. Este rebaño parecía mucho más grande que cualquiera de los otros; sus líderes marcaban un buen paso, pero aún no se veía el final de la manada. Cada vez más y más de los herbívoros se abrían paso hacia las cuestas laterales. Las crías se quedaban en el centro del rebaño, con los machos más grandes delante y en los flancos, y el grupo entero daba un aspecto de estar ordenado y trasladándose tranquilamente. Satisfecho por el momento, Chewbacca regresó a su trabajo, y realizó un chequeo para asegurarse que la unidad estaba cargada y funcionando.

Cuando un trueno distante llegó a sus finos oídos, su cabeza miró hacia arriba inmediatamente. Los herbívoros, tan inactivos y nada amenazadores un momento antes, estaban ahora en estampida. Hasta ahora habían ejecutado un amplio abanico para sortear el *Halcón*, pero el rebaño empezó a extenderse, con el frente de la estampida ampliándose, mientras Chewbacca observaba, convirtiéndose en un mar de lomos peludos y un bosque de cornamentas. Los pterosaurios estaban haciendo barridos en picado a lo largo del borde frontal de la estampida, emitiendo escalofriantes sonidos y gemidos.

El wookiee no perdió el tiempo especulando si las cosas voladoras habían iniciado la estampida con incursiones aéreas para cazar a los más débiles y los más lentos. Agarrando rápidamente su equipo, recorrió el terreno circundante, en busca de algún refugio. Más herbívoros galopaban subiendo las cuestas inferiores y la estampida ganaba velocidad a cada segundo. Los animales ya no eran pesados y torpes; a la carrera, eran centrales eléctricas de seis patas, siendo el peso del más pequeño de los adultos cuatro veces el del wookiee, viajando a gran velocidad con el incentivo temible del terror.

Pero el estrecho pasaje estaba ya atestado de herbívoros luchando, y, como Chewbacca observaba, el exceso de animales comenzó a arremolinarse en un mar de cornamentas llenando valle inferior. Dejó en el suelo su equipo y se dispuso a correr, pero descubrió que ya estaba aislado. Los herbívoros fluían alrededor del punto alto que había seleccionado, evitando su pendiente pronunciada en su camino al valle inferior.

Una mirada rápida le dijo que las bestias todavía evitaban la masa poco familiar del *Halcón Milenario*, pero si el respaldo de las pasadas llegaba más lejos, su reticencia podría llegar a cambiar. El wookiee esperó que Spray fuese lo suficientemente listo para usar el armamento de la nave averiada y disuadir a

los animales de perjudicarla aún más. A esas alturas, claro está, los herbívoros estarían todos sobre la cordillera; comenzarían a descender las cuevas más pronunciadas tan pronto como la presión del rebaño embotellado fuese lo suficientemente grande.

Sujetó su arco de energía y evaluó la situación tan objetivamente como pudo, observando a los animales de abajo y el área alrededor de él. Finalmente decidió que tratar de abrirse paso a través del rebaño o correr con ellos sería suicida; estaban excitados y el pánico les haría atacar a cualquier persona extraña.

Por otra parte...

Interrumpió sus pensamientos cuando una sombra pasó por encima de él y un grito quejumbroso le advirtió. Se dejó caer al suelo rodando, y agarrando firmemente su arma. Unas anchas alas sisearon a través del aire sobre él y las garras afiladas se cerraron en el aire. El pterosaurio pasó rápidamente hacia adelante, dejando un hedor a carroña en el aire; gritando su frustración. Un segundo pterosaurio detrás de él hizo su propio intento.

El wookiee se colocó sobre una rodilla y presionó su arco de energía contra su hombro, careciendo del tiempo necesario para apuntar con su arma. Se produjo el repique del arco, con una detonación simultánea cuando la fuerza explosiva estrujó la punta del ala del pterosaurio. El animal giró, lisiado. Chewbacca cayó hacia atrás, levantando nuevamente su arco para recargar el gatillo y volver a disparar sobre el animal. Dio dos disparos más hacia el depredador provocando heridas profundas en su pecho.

La criatura cayó en vuelo, completamente muerta, entre los herbívoros de la estampida y en un momento desapareció de la vista, pisoteada por una mole de centenas de pezuñas. Otro pterosaurio había planeado alejándose, y desviándose completamente del rumbo cuando escuchó las explosiones, pero cobró nuevo vigor para realizar otra pasada.

Chewbacca se percató de por qué los pterosaurios habían alcanzado tal número; por la migración de los herbívoros. La estampida a través de la descabellada región de la montaña inevitablemente produciría bajas, dejaría rezagados y heridos y, también, refugiados, convirtiéndose en presas de los pterosaurios. La materia gris primitiva de los pterosaurios había reconocido la oportunidad para un festín.

El wookiee alzó su arco de energía otra vez y cuidadosamente apuntó al pterosaurio que se acercaba. Venía hacia él, con las garras extendidas y el pico abierto, produciendo un angosto y largo chillido. Lo centró en su mira y disparó directamente hacia las fauces. La parte superior de cráneo del reptil saltó y el pterosaurio cayó inmediatamente estrellándose contra el suelo. Chewbacca tuvo que saltar hacia atrás cuando el cadáver del pterosaurio se deslizó hasta donde él había estado hacía un momento.

Con dos de los suyos muertos, los pterosaurios fueron más cuidadosos cuando se acercaban a la cordillera. Inclinaron sus alas membranosas y pusieron distancia entre ellos y la cosa misteriosa que había matado a sus compañeros, marchándose en busca de presas más accesibles. Chewbacca miró hacia atrás hacia el valle.

La presión de los herbívoros en el paso daba marcha atrás rápidamente hacia él. Incluso ahora, unas cuantas de las bestias hacían una pausa para agruparse en la parte más baja de la cordillera. El wookiee abrió fuego varias veces contra el suelo, levantando tierra y rocas en el aire y haciendo retroceder

a los aterrados herbívoros. Pero el remolino de la estampida condujo más animales hacia la cordillera nuevamente; estaban demasiado asustados y eran demasiado estúpidos para entender el motivo de las explosiones anteriores. Nunca los detendría, aunque tuviese munición ilimitada.

Un alboroto tremendo, se levantó por encima del estruendo de las pezuñas, venía del *Halcón Milenario*. Eran las señales de emergencia y los cláxones combinados con las luces intermitentes, diseñadas para atraer la atención de los equipos de rescate en caso de colisión o aterrizaje de emergencia. Aparentemente los herbívoros habían comenzado a acercarse demasiado a la nave, y Spray había recurrido a eso para salvarla. Era una buena idea por parte del rastreador, pero Chewbacca sabía que eso no sería de mucha ayuda. Dudaba incluso si las armas del carguero podrían despejar un camino seguro a través del rebaño de criaturas.

El grito de un pterosaurio sonó y Chewbacca observó a la criatura elevándose sobre el acantilado a través del valle, llevando lo que parecía un becerro atontado o herido de los herbívoros. El wookiee expresó con un gruñido una blasfemia al pterosaurio, deseando por un segundo tener también alas. Luego él sacudió su puño en el aire y bramó salvajemente, una idea alocada digna de Han Solo le vino a la cabeza.

Cuando acabó, lanzó su arco a un lado y empezó a registrar el equipo que había traído. Primero, el trípode. Sujetó las tres patas bajo su brazo y logró un agarre firme sobre la placa de aumento. Los músculos se hincharon en sus brazos y sus patas, y apretó ferozmente sus dientes en el excesivo esfuerzo. Lentamente, hizo el pliegue que necesitaba en el metal resistente del plato.

Cuando quedó satisfecho, puso en el suelo el trípode y comenzó a trabajar furiosamente, lanzando miradas ocasionales al revuelo creciente en el valle mientras se abalanzaban al promontorio donde se encontraba. Tenía, o eso creía, las herramientas y los materiales que necesitaba; el tiempo del que disponía era otra cuestión aparte.

Colocó el cadáver derribado del pterosaurio encima de su espalda sin problemas; sus huesos eran huecos y había evolucionado para tener un peso mínimo para su gran tamaño. Atascó la placa de aumento en la barbilla del animal, ignorando el cráneo destrozado aun con la boca abierta, y lo fijó con un retenedor de su maleta de herramientas, girando el tornillo tan fuertemente como pudo sin aplastar el hueso.

Extendió dos de las patas del trípode en su longitud máxima, y las colocó a lo largo de cada ala. Rizó la vanguardia de las alas sobre las patas del trípode y les dio dos vueltas completas, ejerciendo su fuerza, contra de la resistencia del cartílago del ala. Apenas había pliegue cerca de las juntas del ala, pero tendría que servir. Solamente tenía ocho agarraderas en la bolsa que le colgaba del costado; Cuatro agarraderas para cada ala tenían que ser más que suficientes. Las apretó rápidamente para sujetar las patas del trípode en su lugar dentro de los pliegues de los bordes de las alas.

Deteniéndose a inspeccionar, vio que los herbívoros ya agolpaban en las cuevas situadas más bajo de su posición, corriendo conjuntamente, con sus cornamentas bamboleándose y brillando intermitentemente. Se dedicó a su tarea con energía redoblada.

Extrajo la pierna central del trípode a lo largo del cuerpo del pterosaurio como un eje longitudinal. La criatura era un planeador eficiente, pero su pecho carecía de la quilla conspicua para la cual los músculos de vuelo están

adjuntos y presentes en las aves, y eso era un problema. Chewbacca se centró, después de no más de algunos segundos de pensamiento, en una fila de asideros de anillo que colocó a puñetazos a través de la piel y pasó alrededor del esternón delgado de la criatura. Afortunadamente, no tenía más que una cola vestigial. Tragó y trató de ignorar el nauseabundo olor procedente del reptil mientras trabajaba.

Entonces llegó el peor problema; una columna central. Tomando una de las abrazaderas que había traído, la empujó hacia arriba directamente a través del cuerpo del reptil junto al esternón, saliendo un metro y medio por su espalda, y lo unió rápidamente al eje longitudinal. Entonces encajó la abrazadera más larga que tenía cruzándola sobre la juntura y afianzándola a las otras dos patas del trípode como un eje lateral. No se preocupó que más de las infames y nauseabundas sustancias del cuerpo del pterosaurio se estuvieran drenando; Eso disminuiría el peso, y le servía de ayuda. Pasó varios minutos cortando y preparando el cable, sin tiempo para medir o experimentar, conectando las puntas de las alas, la cola, y el pico del ave a la punta de la columna.

Tuvo que hacer una pausa cuando un grupo de herbívoros apareció en la cordillera, con mirada rápida y furiosa, apuntando sus cornamentas en su dirección. Colocó un nuevo cargador en su arco de energía y lo vació en la tierra, llenando el aire de explosiones que podían ser escuchadas por encima del estrépito de las incontables pezuñas galopando en el valle, haciendo retroceder a los animales ladera abajo de momento. Pero el valle estaba totalmente lleno y no había sitio para ellos, lo sabía; era cuestión de segundos antes de que la estampida irrumpiese en su posición y envolviera al wookiee.

Las patas prensiles del pterosaurio probablemente no le habrían dado muy buena locomoción, pero hicieron una barra de control admirable una vez que Chewbacca las había tensado con soportes, y había alambrado las garras conjuntamente, y había reforzado los hombros con alcayatas de suelo. Luego, también, reforzó las puntas de las alas, la cabeza, y la cola vestigial. El wookiee se colocó alrededor del cuerpo del pterosaurio, apretando los tensores sin nada más que una suposición de la presión que requerían.

Tiró, hinchándose bajo su piel peluda, y levantó el armazón animal, contemplando abajo y esperando que la estampida hubiese retrocedido y ahorrarse así la necesidad de tener que probar su trabajo manual.

No tuvo suerte; los herbívoros estaban literalmente siendo empujados hacia él por la presión de los de abajo. Otra andanada del arco de energía sólo los hizo replegarse por un momento; los cuerpos apiñados se abalanzaron sobre él otra vez.

Chewbacca tomó su bandolera de municiones, la retorció varias veces para ajustarla y luego metió ambos brazos a través de ella como si fuese un arnés y lo sujetó conjuntamente en el frente con una longitud de cable, abrochándose sí mismo al armazón donde el poste de carga se unía con eje longitudinal. Se echó al hombro el peso del pterosaurio y colocó su arco de energía alrededor de su cuello. El cuerpo se desplomó; pero los sumamente ligeros y sin embargo superfuertes materiales lo ayudaron en la culminación.

Un enorme herbívoro macho con cornamentas como un cerco de protección de bayonetas irrumpió hacia él. El wookiee saltó a un lado y casi chocó con otro grupo de animales. La cordillera estaba siendo invadida. Con nada que perder, Chewbacca se deslizó hacia una de las bajadas de la loma, sujetando

el cadáver del animal reforzado y esperando que el ángulo de salto fuese correcto, y se lanzó al aire.

No se habría sorprendido si las alas hubieran barloventado y no le hubiesen elevado, provocando su caída en medio de la estampida, gritando entre la masa de herbívoros. Pero un capricho de las fuertes corrientes de aire a lo largo de la cordillera dilató las alas del animal, soportando su peso en un movimiento ascendente.

Comenzó a salirse momentáneamente del curso, con el pico de ave del pterosaurio virando a la derecha, y empujó duramente las garras reforzadas de la criatura hacia donde su nariz le indicaba dónde estaba el viento. Aun así, la tasa de drenaje de su planeador provisional era abrumadora. Levantó sus piernas detrás de él y trató de distribuir su peso para obtener un mejor control. Olfateó el aire en un esfuerzo instintivo por obtener más altura, preocupándose poco por más velocidad. Había pilotado naves de un diseño basado en estos mismos principios, pero ésta era una experiencia completamente nueva. Casi se paró en el aire y apenas logró ponerse nuevamente en movimiento.

Luego una poderosa corriente ascendente fuera de la cordillera atrapó las alas del pterosaurio, y, un momento después, verdaderamente volaba. Y a pesar de todo el terror de vuelo sin motor, el pánico mortal de los herbívoros de abajo, el humo de la bilis que goteaba por los cables y apoyos del cadáver del reptil, el wookiee se encontró a sí mismo rugiendo y aullando de júbilo. Comenzó a bajar la punta del planeador, pero el experimento con el pico casi le sumergió en un ángulo neutro de ataque y un descenso muy pronunciado. Instantáneamente renunció a la improvisación y reanudó nuevamente los principios aeronáuticos.

Con el cuerpo centrado, hizo correcciones menores y se esforzó en recordar los cánticos devotos de su distante juventud. Debajo de él los herbívoros se retorcían y empujaban, con chillidos estridentes y frenéticos, pero el wookiee tenía el sonido del viento en sus oídos. Los otros pterosaurios se marcharon ante este nuevo y chocante rival. Era grande y extraño y por consiguiente no era de confianza.

Chewbacca calculó que viajaba a unos treinta kilómetros por hora y repentinamente se percató que tendría un problema para descender. Había viajado hacia el *Halcón*. El último miembro de la manada lo había pasado ahora, y el carguero parecía estar intacto. Pero su planeador provisional no estaba tan inclinado, y se encontró con que cualquier disminución de la velocidad amenazaría con despojarlo de la corriente que lo mantenía en el aire. Gradualmente, sin embargo, redujo, empujando la parte de atrás del pico del pterosaurio hacia una actitud neutral, y bramó felizmente cuando vio un buen lugar de aterrizaje. El lago pequeño de la montaña crecía ante él. Pensó por un momento que estaba a punto de pasarlo y comenzó a experimentar con una vuelta, encorvándose adelante y moviendo las garras atadas del planeador hacia sí mismo.

Realmente no tuvo el tiempo suficiente para determinar que fue lo que salió mal; al segundo siguiente, Chewbacca y el cadáver del animal giraban hacia la superficie del lago. Captó una visión de una fracción de segundo de su propio reflejo antes de que cayese con el planeador en la suave receptividad de una pista de aterrizaje formada por agua.

La brusca bofetada del agua le estimuló, sin embargo, ayudándole a vencer el frío entumecedor. Luchó para soltarse, sólo para descubrir que el planeador

no flotaba bien; sus alas cerradas a su alrededor y el peso del armazón de metal le abrumaba. Extendiendo la mano y retorciéndose, seguía siendo incapaz de soltarse del arnés improvisado con el que se sujetó. El arco de energía alrededor de su cuello sólo complicó las cosas.

Se encontraba atrapado en una maraña de cable suelto y su gigantesca fuerza no significaba nada contra la persistencia amortiguante del agua de lago. Su respiración, demasiada para retenerla, comenzó a liberarse de sus labios en burbujas plateadas cuando el wookiee luchó por escapar del planeador que se hundía. Se le nublaba la vista, y se encontró pensando en su familia y las verdes y exuberantes selvas de su mundo.

Luego se percató que una forma oscura le estaba dando la vuelta, haciendo movimientos rápidos y abriéndose paso a través de los aparejos con una flexibilidad y facilidad increíbles. Un momento más tarde el segundo oficial del *Halcón* estaba siendo arrastrado hacia la superficie del lago, que vio como un espejo interminable, imperfecto.

Chewbacca forzó la entrada de aire y respiró con tal entusiasmo que se atragantó, tosiendo y pronunciando expresiones obscenas wookiee. Spray se desenvolvió bien manteniéndole a flote, cruzando a nado con destreza y agilidad a pesar del par de cortadores pesados que sujetaba en una mano.

—¡Eso fue fantástico! —gritó el rastreador—. ¡Nunca he visto algo así en mi vida! Le perseguí cuando me percaté que se pasaría y aterrizaría en el lago, pero nunca pensé que le alcanzaría a tiempo. La tierra no es precisamente mi elemento.

Tiró del hombro del wookiee para sentarle.

Acariciando la orilla cercana, Chewbacca llegó a la conclusión de que sentía exactamente lo mismo sobre del cielo.

XI

—Su nombre era Zlarb —dijo Han al Mor Glayyd en el estudio de aquel joven afortunado—. Trató de robarme la nave y matarme. Tenía una lista de naves que habían sido blanqueadas a través de la agencia de su clan, pero no tengo la placa de datos ahora mismo. Pero si usted pudiera encontrar su nombre en los registros...

—No es necesario. Conozco al dedillo su nombre —interrumpió el Mor Glayyd, cambiando expresiones de extrema gravedad con su hermana.

—Sus jefes me deben diez mil créditos —dijo Han con algo semejante al fervor—, y los quiero.

El Mor Glayyd se reclinó en su confortable sillón de jardín que se amoldaba perfectamente a sus contornos, y plegó sus manos. Ya no parecía tan joven; desempeñaba un papel para el cual estaba muy preparado. Han deseó haber cogido una de aquellas armas en la armería.

—¿Qué sabe usted de los clanes de Ammuud y su Código, capitán Solo?

—Que el Código hoy casi provoca su órbita final —contestó Han.

El joven Mor Glayyd hizo una concesión.

—Así es. El Código es lo que impide que los clanes se agarren por el cuello los unos a los otros. Sin él, revertiríamos al salvajismo, y la guerra como hace cien años. Pero traicionar un edicto o violar un juramento también está regulado por el Código, y hace del violador una nada, un excluido, cualquier cosa previa a su estatus. Y ni siquiera un Mor de clan está por encima del Código.

Oh, déjeme adivinar a dónde nos lleva esto. Han hirvió por dentro, pero no dijo nada.

—Esos negocios que mi clan tuvo con la gente de Zlarb caen dentro de esa categoría. No preguntamos nada; aceptamos nuestra comisión por entregar y recoger las naves sin preocuparnos por su uso. Zlarb y sus socios conocían nuestros métodos; por eso estaban dispuestos a pagarnos tan bien.

—Eso significa que no va a decirme lo que quiero saber —predijo Han.

—Quiero decir que no puedo. Usted es libre de convocar a Gallandro de regreso si lo desea —respondió el Mor Glayyd rígidamente. Su hermana parecía aprensiva.

Fiolla entró en la conversación.

—Olvide eso; se acabó. Las personas de Zlarb faltaron a la palabra que le dieron a Han. ¿No significa eso nada para su Código? ¿Protegen ustedes a los traidores?

El Mor Glayyd negó con la cabeza.

—Usted no lo entiende. Nadie faltó a la palabra que me dieron a mí o a los míos; hasta ahí llega la autoridad del Código.

—Perdemos nuestro tiempo —Han habló con voz áspera a Fiolla y se fue pensando en Chewbacca y el *Halcón*. Estaba dispuesto a dejar de lado la búsqueda de sus diez mil créditos por el momento; no le importaba tanto como el hecho de que Chewbacca estaba todavía en algún lugar en las montañas de Ammuud.

Como despedida, hizo solamente un gesto con la mano de camino hacia la ciudad por donde Gallandro se había marchado antes que él.

—Ya ves la clase de personas que son. ¡Protegen a traficantes de esclavos, traidores y envenenadores!

El Mor Glayyd y su hermana saltaron de sus sillones de jardín tan repentinamente que el mobiliario se deslizó a través del resbaladizo piso.

—¿Qué es lo que ha dicho? —susurró la chica—. ¿Envenenadores?

Han lo había dicho recordando el estuche que había encontrado en el cuerpo de Zlarb y se preguntó qué era lo que los había puesto tan nerviosos.

—Zlarb era un envenenador malkita —dijo.

—El anterior Mor Glayyd, nuestro padre, fue envenenado hace como unos quince días —dijo Ido—. ¿Había oído algo acerca de su muerte?

Cuando Han negó con la cabeza, el Mor Glayyd siguió.

—Sólo los de mi círculo de confianza saben que fue envenenado. No existen precedentes; los clanes casi nunca usan venenos, pero tomamos precauciones contra ellos. Y ninguno de nuestros catadores de comida mostraron efectos.

—No lo harían con los venenos malkitas —le dijo Han—. Incluso algunos equipos examinadores de comida y analizadores de aire los pasarían por alto. Y todo lo que un envenenador malkita debe hacer para esquivar a los catadores es dosificarles un antídoto de antemano. Los catadores nunca lo notan, y sólo la víctima muere. Hágales pruebas a sus catadores, y apuesto a que encontrará rastros del antídoto en sus sistemas.

Miró hacia Fiolla.

—El envenenamiento debe ser la sugerencia de la que hablaba Magg en la cinta que encontré en el cuerpo de Zlarb; lo que no sé es qué relación tiene el duelo con todo esto.

El Mor Glayyd se había quedado atónito con todo lo que había oído.

—Luego, luego...

Su hermana terminó por él.

—...Nosotros, también, hemos sido traicionados, Ewwen.

Han Solo comprobó su bolsillo para estar seguro de que la placa que le había dado el Mor Glayyd estaba allí y tiró del cuello apretado del traje que le habían prestado.

Bollux terminaba en ese momento de cargar la cápsula salvavidas con los componentes de guía del sistema de circuitos escudados, proporcionados por el Mor Glayyd de sus propios talleres de reparaciones para sustituir a aquellos malditos Fluidics.

La cápsula había sido llevada hasta los patios de la fortaleza Glayyd a fin de que su partida fuera menos notable. El Mor Glayyd había demostrado una generosidad sombría cuándo las pruebas rápidas habían confirmado la sospecha de Han sobre los restos de un antídoto malkita en los cuerpos de los catadores de comida.

—¿Esta usted seguro de que no quiere que le acompañemos? —dijo el niño por cuarta vez.

Han declinó.

—Eso atraería demasiada atención si los traficantes o los otros clanes estuviesen alerta. Solamente espero que las defensas portuarias no nos borren del cielo.

—Muchos de mis hombres están de vigilancia hoy —contestó el Mor Glayyd —, y su nave esta registrada como un vuelo normal de patrulla sobre las tierras hereditarias del clan Glayyd. Pasarán desapercibidos. Estaremos a la escucha;

si nos necesita, iremos tan rápidamente como podamos. Lamento que su *Halcón Milenario* cayese fuera del campo de detección cuando evitó el espaciopuerto.

—Ningún problema; lo encontraré. Pero deberían reparar la *Dama de Mindor* ahora. Dentro de poco, este lugar estará lleno de «Espos». ¿Piensa usted que podría retrasarlos?

El Mor Glayyd se divirtió suavemente.

—Capitán Solo, pensé que lo había entendido; mis hombres son muy buenos a la hora de no responder preguntas. Ninguno violará el silencio, especialmente frente a los Agentes de Seguridad.

Fiolla se reunió con ellos. Igual que Han, vestía un traje de vuelo del clan Glayyd prestado, de color azul brillante y altas botas espaciales.

Se había quedado impresionada y enfadada cuando había visto los nombres de varios altos cargos de la Autoridad implicados en el círculo de esclavistas en los registros del clan, aunque las pruebas eran de poco peso, en su mayor parte permisos para vuelos charter y certificados para operar dentro del espacio de la Autoridad.

—Por favor, Fiolla, recuerde que esperamos recibir noticias suyas cuando nuestros enemigos hayan sido eliminados —dijo el Mor Glayyd—. Si no podemos vengarnos nosotros, por lo menos estaremos con usted.

Fiolla lo prometió sobriamente.

—Así será, sé lo que significa para el Mor Glayyd. Cuando lleve todo esto ante el Tribunal de la Autoridad, creo que podré redimirles del proceso. Pero les aconsejaría que investiguen más estrechamente a sus futuros clientes.

El Mor Glayyd levantó su mano en señal de despedida.

—No volverán a aprovecharse de nosotros, puede estar segura.

Ido besó a ambos en la mejilla. Luego hermano y hermana dieron un paso atrás, al igual que sus parientes de clan. En unos segundos, la cápsula salvavidas se elevaba del campo donde estaba aterrizada, acelerando hacia las montañas encima del espaciopuerto, lanzándose entre ellas y subiendo hacia los picos más altos.

—¿Cómo vas a encontrarlos, ahí arriba? —preguntó Fiolla, sentada en el puesto del copiloto—. Los sensores y detectores de esta cafetera no tienen apenas potencia, ¿verdad?

Movió hacia un lado un rifle disruptor que les había entregado el Mor Glayyd, para hacerse más espacio.

Han se rió, contento de estar nuevamente en marcha.

—¿Esta ruina? Tendrías suerte de encontrar tu bolsillo de atrás con los equipos que tiene. Ni aunque tuviera un equipo completo de seguimiento, entre todos estos picos, valles y ruidos en tierra. Pero tenemos esto —dijo poniéndose un dedo en la sien dramáticamente.

—¡Si no tenemos algo un poco más potente que esto —dijo Fiolla, imitando su gesto perfectamente—, espero que haya algunos paracaídas a bordo, porque no quiero morir!

Han llevó la pequeña nave en un curso preescogido, satisfecho de haberse mantenido lo suficientemente pegado al suelo para evitar los detectores del espaciopuerto.

—Sabemos el curso que Chewie seguía cuando pasó por encima del puerto, y yo sé cómo piensa, cómo pilota. Si yo fuese Chewie, con un *Halcón* averiado en mis manos, teniendo que mantenerme por encima de tres mil metros, con

respuesta limitada de dirección. Conozco suficientemente su estilo como para duplicar la situación. Por ejemplo, él nunca pilotaría directamente hacia esos tres picos altos allá arriba. No podría ver lo suficientemente bien a esa altura para encontrar un lugar de aterrizaje adecuado sin perder el resto de los sistemas Fluidics.

»El *Halcón* llevaría el suficiente empuje de emergencia para sobrepasar otro despeñadero, y el trazador de terreno dice que hay espacios abiertos por allí; por lo que creo que puedes entender lo que quiero decir. Esa es la manera en la que trabaja mi viejo camarada el wookiee, así le gustan las cosas. Habrá encontrado un lugar apartado donde aterrizar y mantenerse fuera de la vista mientras trata de hacer algunas reparaciones, y me esperará. Le encontraré, no te preocupes.

—¿Llamas a eso un plan? —se mofó—. ¿Por qué no tocamos la bocina o gritamos su nombre por fuera de la escotilla?

Su tono se endureció.

—¡Dije que le encontraré!

Entonces Fiolla entendió los miedos por la seguridad de Chewbacca que Han había estado ocultando.

—*Sé que lo harás, Han* —añadió silenciosamente.

Spray, el rastreador, movió su cuerpo a través del agua moderadamente fría, sintiéndose como en casa, deleitándose en zambullidas y zigzagueos que le producían una intensa alegría. Su cola terminada en filo y sus patas palmeadas lo llevaban y guiaban con gracia y fuerza, sus fosas nasales estaban cerradas. El agua clara de aquel pequeño lago de la montaña, alimentado por ríos subterráneos, estaba fría incluso para el gusto de Spray, pero su peluda piel le mantenía lo suficientemente cómodo durante los breves baños que se daba. De joven, había nadado en aguas mucho más frías, pero hacía mucho tiempo que no disfrutaba del ocio de la natación. Por fin el tynnano vio lo que estaba buscando, uno de los crustáceos múltipodos que habían hecho del fondo del lago su hogar. Spray era un poco lento en tierra, y se sintió un poco culpable de haber estado disfrutando en lugar de buscando. Imprimió velocidad a sus movimientos, esperando atrapar a la criatura sin una persecución prolongada.

El crustáceo no presintió la sombra de Spray o el movimiento del agua que le precedía hasta que fue muy tarde. Apenas había comenzado a cobrar velocidad cuando Spray lo agarró por detrás cuidadosamente, para evitar las tenazas y las patas. La velocidad de su zambullidura le llevó casi hasta el fondo del lago donde, para su gran sorpresa, su sombra asustó a un segundo crustáceo.

Con un borboteo de felicidad pensó en el buen almuerzo que iban a proporcionarles, Spray pataleó y duplicó su recogida del día. Cuando su suministro de aire se acababa, Spray se dirigió hacia la superficie del lago. Se abrió paso en la superficie con un chirrido de felicidad, levantando a gran altura un chorro de agua y llenando de nuevo sus pulmones.

Levantó su captura por encima de la cabeza, moviendo el agua y agitando los crustáceos frente a Chewbacca, quien estaba de pie junto a la orilla. El wookiee rugió con felicidad y deseosamente y lo saludó con gestos de la mano. Para cuando Spray salía del agua, el segundo oficial del *Halcón* estaba

sumergido hasta las rodillas en el lago, sujetando una bolsa de herramientas vacía abierta de par en par. Spray dejó caer sus capturas en la bolsa cautelosamente, y Chewbacca la cerró de inmediato; revolvió la peluda cabeza del rastreador en señal de aprobación.

—Llegaste en el momento apropiado —dijo el tynnano.

Las raciones del carguero estaban casi agotadas cuando Chewbacca había aterrizado con él, y ninguno de los herbívoros se había acercado desde la estampida. Pero la habilidad de Spray los había mantenido alimentados, por lo que habían dividido las tareas. Chewbacca se mantenía ocupado con las reparaciones y Spray asumió el trabajo de obtener la comida. Ahora regresaban, recorriendo el fatigoso kilómetro hasta donde estaba escondida la nave. El agua ya burbujeaba en el envoltorio de un viejo inductor que Spray había colocado encima de una bobina termal al pie de la rampa.

Su ensueño sobre una comida sabrosa se arruinó cuando la cabeza de Spray se removió, con sus orejas meciéndose en todas direcciones. Chewbacca estiró el cuello hacia el cielo y señaló con un dedo, ladrando una exclamación. Una pequeña cápsula o trineo gravitatorio acababa de bordear la cúspide de la cordillera y estaba acercándose directamente a ellos.

El wookiee colocó la bolsa de herramientas en las manos de Spray, quedando así libre para descolgar su arco de energía. No era que el arco fuera a servirles de mucho, sobre todo contra una aeronave, y se recordó a sí mismo, que estaban al descubierto. Afortunadamente, Spray imitó a Chewbacca permaneciendo completamente quieto. Se dio cuenta de que un movimiento, más que cualquier otra cosa, atraería la atención del observador de la aeronave.

La cápsula pasó por encima de ellos, pero cuando lo hizo Chewbacca pudo escuchar la tensión de sus propulsores de dirección cuando el piloto cambió de dirección para otra pasada. Giró sobre su eje, observando, y luego Chewbacca rugió con placer. En su segunda pasada la cápsula entró en una barrena horizontal. Sólo podía ser Han Solo.

Chewbacca se zambulló a través de la nieve hacia el carguero, aullando con toda la fuerza de sus pulmones, provocando ecos en el valle. Spray, sujetando la bolsa de herramientas contra su pecho, siguió al wookiee lo mejor que pudo.

Cuando la cápsula salvavidas completó su descenso junto al *Halcón*, la escotilla se abrió y Han saltó fuera. Chewbacca corrió a toda velocidad hacia él, pateando la nieve batida, y empezó a golpear a su amigo en la espalda aullando su deleite a través del valle. Cuando la primera ola de alegría pasó, el wookiee vio a Fiolla en la escotilla de la cápsula. La sacó de ella y la hizo girar por los brazos cuidadosamente, y luego la colocó en el suelo.

El último en descender fue Bollux. A él, Chewbacca le dio un gruñido amigable pero retuvo sus garras para ayudarlo, no queriendo insinuar que el droide necesitaba ayuda. Una pregunta tronada del wookiee y un pulgar indicando los paneles del pecho de Bollux le dieron la seguridad de que Max Azul también estaba presente.

—Casi os pasamos de largo —dijo Han—. Eres demasiado bueno camuflándote.

Se refería al *Halcón Milenario*, en el que Chewbacca había permitido que se acumulase nieve hasta cubrir el tren de aterrizaje. El wookiee y Spray habían amontonado nieve alrededor de la nave y colocado maleza y nieve sobre su casco superior.

—Pero vimos todas esas huellas de animales desviándose a su alrededor —terminó Han—, así es que eché una mirada mas de cerca.

El rastreador y Chewbacca tiraban fuertemente de los recién llegados, instándolos a subir a bordo. Han se demoró el tiempo suficiente para llevar parte de los nuevos circuitos a bordo; pensando por un momento que su copiloto iba a llorar al verlos.

El almuerzo fue olvidado cuando comenzaron a contarse lo sucedido. Spray se giró avergonzado cuando su anécdota de cómo se deshizo del peso muerto del cuerpo de Bollux fue comentada.

—Digo la verdad, Capitán —dijo—, como le expliqué a Chewbacca, la idea me vino de repente y supe que tendría que actuar instantáneamente —dijo al droide—. Sinceramente me disculpo, era la única cosa que podía hacer, y algunas veces tengo problemas tomando decisiones de ultima hora. Solamente me deje caer hacia adelante contra él antes de que pudiera parar o titubear. Quizá la impulsividad general es contagiosa.

—Lo entiendo perfectamente, señor —contestó Bollux graciosamente—. Y fue un buen trabajo, somos afortunados de que pensase y actuase tan rápidamente. Max Azul está también de acuerdo.

Pensaron que era mejor ignorar el sonido agudo que provenía de los paneles cerrados del pecho de Bollux.

Rápidamente todos estaban trabajando. Bollux, Spray, y Fiolla comenzaron a quitar la nieve amontonada en la nave, concentrándose en dejar al descubierto la cabina del piloto, el arbotante, y los propulsores principales. Han y Chewbacca se dedicaron a las reparaciones junto con Max Azul, que había salido del emplazamiento del pecho de Bollux y se había conectado a la estación de tecnología delantera para revisar con toda exactitud cada red de circuitos que se había reparado. Cuando los circuitos Fluidic fueron retirados uno por uno de la nave, Chewbacca se deleitó lanzándolos tan lejos como pudo; algunos de sus lanzamientos fueron tan impresionantes que Han lamentó que no fuese un acontecimiento atlético formal. Perdonó a su amigo estos excesos; los Fluidics habían sido tanto una maldición como una bendición desde que los habían instalado.

Cuando los reemplazos de circuitos terminaron, el montón de adaptadores descartados y equipos de mecanismo había aumentado considerablemente. Como conocían perfectamente cada centímetro cúbico de la nave, trabajaron rápidamente; originalmente habían instalado los Fluidics en tal forma que su retirada sería simple.

—Activando otro componente —le dijo Han a Max a través del intercomunicador de la estación tecnológica.

—Registra la salida perfectamente, capitán —dijo la voz infantil de Max a través del comunicador.

Satisfecho con la velocidad del progreso en la nave, Han dijo:

—Deberíamos tomarnos tiempo para recargar los generadores de curvatura del motor para obtener la mayor eficiencia, pero me gustaría salir primero de Ammuud. El mayor trabajo que nos queda por hacer es reparar las unidades de control del hiperespacio. No debería tomarnos mas que...

—¡Capitán Solo! —el vocalizador de Max sugería alguna urgencia—. ¡Problemas! ¡Los sensores de largo alcance detectan tres puntos de luz acercándose!

Chewbacca ladró una pregunta a Han, quien contestó rápidamente.

—¿Qué importancia tiene quiénes sean? No vienen a darnos una despedida de gala, eso seguro. No tenemos tiempo para reparar el control del hiperespacio. Cierra el casco —Han gritó en voz alta hacia Fiolla y los demás—. Subid a bordo. ¡Vamos a despegar ahora mismo!

Han corrió a toda velocidad rampa arriba, dejando que su segundo oficial cerrase las placas de los sistemas expuestos. En la cabina del piloto sus manos volaron de un lado a otro a través de sus propios controles y los de la consola de Chewbacca. Entre otras cosas, activó las comunicaciones y el monitor de rastreo de la nave, aunque dudaba obtener alguna clase de transmisión de los vehículos.

Un momento más tarde, a media carga de los sistemas de armamento, descubrió un LED parpadeando en el monitor de banda ancha. Leyó los instrumentos; había una señal estable procedente de alguna parte muy cerca de allí. Un examen rápido por el radiogoniómetro le confirmó su origen.

Recordó que había dejado el rifle disruptor en la cápsula salvavidas. Pero Chewbacca había dejado su arco de energía en la silla del navegante. *¡Buen chico!* Sujetando su cinturón alrededor de las caderas y atando la pistolera a su muslo, volvió a toda prisa hacia la rampa.

Chewbacca vio el bláster inmediatamente.

—Hemos sido traicionados —aclaró Han—. Alguien activó el transceptor de la cápsula; hemos estado enviando nuestra posición todo el tiempo. Probablemente para no tener que buscarnos entre todos los valles y desfiladeros —dijo mirando furiosamente hacia Fiolla.

—¿Después de todo este tiempo —dijo ella con expresión asombrada— aún no confías en mí?

—Nómbreme a otro candidato. Spray no ha estado junto a la cápsula y yo no recuerdo haberlo hecho —llamó por señas a su socio—. Tenemos trabajo que hacer, camarada. Spray, usted también. Bollux, vete con nuestra otra invitada al compartimiento delantero y vigílala. Y prepara tu chasis para lo que se avecina.

Emprendió el viaje de regreso a la cabina del piloto, y Fiolla se dirigió hacia el compartimiento delantero sin decir ni una palabra.

Han hizo a Spray pasar a la silla del navegante, directamente detrás de la suya, y los tres se abrocharon los cinturones. Se le pasó por la cabeza la idea de emitir una señal de socorro al Mor Glayyd, pero un vistazo a la consola de comunicaciones le quitó la idea; una o más de las naves que se acercaban estaban provocando interferencias, y no tenía tiempo para tratar de evitarlas.

Ascendiendo con los propulsores, retrajo los tres puntos del tren de aterrizaje de la nave.

Bajo el ruido de los motores le pregunto al wookiee.

—¿Qué tal es pilotando? —señalando con el pulgar a Spray.

El segundo oficial hizo una señal de mediocridad con su pata peluda pero inclinó la cabeza, queriendo decir que mientras que el rastreador no tuviese que hacer la ruta de Kessel, podría serles de utilidad.

—Magnífico —dijo Han sin entusiasmo, cortando los propulsores principales, y provocando la caída del barro y los montones de nieve y maleza acumulados en el *Halcón Milenario*, liberándose de ellos mientras ascendía al cielo.

Han dejó a su copiloto tomar los controles y dejó su asiento para agacharse sobre Spray.

—Esto es lo que hay: no tenemos hiperespacio en la nave porque no tuvimos tiempo para reconectarlo. Eso quiere decir que no podemos eludirles. Los sensores dicen que son naves pequeñas y rápidas viniendo a por nosotros, tal vez interceptores, y tarde o temprano nos alcanzarán. No los podemos rebasar pero podemos entablar combate con ellos si Chewie y yo podemos utilizar las torretas artilleras. Eso quiere decir que una persona de confianza tendrá que pilotar, así es que a menos que usted sepa manejar una torreta artillera...

—¡Capitán —jadeó Spray—, nunca he disparado un arma en mi vida!

—Era lo que me figuraba —le respondió Han suspirando—. Siéntese aquí.

Rascándose las manos nerviosamente, Spray se sentó de mala gana en el asiento del piloto mientras Han lo amarraba y colocaba el asiento más cerca de la consola. Spray acercó su dientado hocico a los diversos indicadores, pantallas y calibradores; con su visión inferior, por supuesto, era principalmente un piloto por instrumentos. Pero obviamente sabía lo que hacía.

—Simplemente mantenga alzados los escudos y un ángulo de ataque correcto —señaló Han—, e intente conservar el valor del carguero para la reventa, si eso le inspira. Por lo demás, no haga nada. Simplemente déjenos el resto.

Han y Chewbacca llegaron al pasillo central que conducía a las torretas artilleras situadas en la parte superior y la panza del *Halcón*.

—Ojalá hubiera otra forma de hacerlo —confesó Han.

—*Dowwpp* —respondió el wookiee.

Han escaló hacia la torreta sobresaliente y sintió las vibraciones a lo largo de la escalera de mano cuando su copiloto descendían hacia la otra. Se dejó caer en el asiento de la torreta y se colocó sus auriculares.

La gravedad de la nave estaba alterada allí, permitiéndoles sentarse de forma perpendicular al pasillo sin caerse. Del mismo modo, Chewbacca estaba sentado en la torreta de la barriga del *Halcón* «hacia abajo», amarrado con el cinturón de su asiento.

Mirando por encima su hombro, Han podría recorrer con la mirada el pasillo y ver la espalda de su amigo. Chewbacca hizo un giro rápido, probando sus baterías, asegurándose de que los servos respondían a los controles manuales y seguían la trayectoria con toda exactitud.

—El valor de siempre —dijo Han—, y dobles para los que caigan en la Senda del Dinero.

Chewbacca asintió con un rugido.

La voz de Spray, temblando por la tensión, surgió del comunicador.

—Tengo tres señales confirmadas acercándose. ¡Deberían estar ya en sus pantallas, están sobre nosotros!

XII

Justo cuando Spray había informado a los dos socios, los recién llegados anunciaron su llegada diestramente. El *Halcón Milenario* tembló, sus escudos repelieron grandes cantidades de energía que resplandecieron contra ellos, procedente de los cañones.

—¡Se están resquebrajando! —gritó Spray, pero Han y Chewbacca ya podrían verlo en sus monitores de puntería. Agarrando firmemente los mangos de su torreta, Han desplazó los cañones de la torreta en dirección a popa, por donde se acercaba su blanco, el más adelantado de los que se acercaban. Sabía que el wookiee tenía su propio campo para cubrir. Habían estado anteriormente en situaciones similares; cada uno conocía el área de su responsabilidad y cómo trabajaba el otro.

La computadora de puntería dibujó dos líneas transversales en cuadrículas y mostró una punta de flecha de luz que representaba al incursor. Del hábito de toda una vida, Han dividió su tiempo y su atención entre la computadora y la diminuta pantalla visual. Nunca confiaba por completo en computadoras o cualquier otra máquina; le gustaba ver a lo que iba a disparar.

El blanco apareció rápidamente, incluso más rápido de lo que había esperado. Era, como había pensado, una pinaza, un caza de ataque de alguna nave. *Entonces, nuestros amigos los traficantes de esclavos están todavía con nosotros.*

Al mismo tiempo, Han apretó los gatillos provocando despliegues rápidos y violentos de luz tratando de alcanzar la pinaza, pero la pequeña nave había adquirido demasiada velocidad; y había salido de su mira incluso antes de que Han tuviera la oportunidad de aproximarse.

La nave vibró como el juguete de un niño cuando sus escudos defensivos absorbieron el impacto de los cañones de la pinaza. Han escuchó lejanamente el disparo desde la torreta artillera de la barriga de la nave y el aullido de frustración de Chewbacca cuando el wookiee, falló el primer disparo.

Entonces, en lugar de un triángulo de luz en la pantalla del monitor aparecieron dos puntos. Condujo precipitadamente la torreta en su dirección, con una protesta de los servomotores, empujándole contra el respaldo de su asiento.

Una pinaza había entrado directamente desde la popa, con el fuego de sus blásters dividiendo en dos el casco superior del *Halcón*. Se produjeron profundas vibraciones en la nave a causa del fuego. Han no pudo resistirse cuándo vio el golpeteo de los rayos a lo largo del casco, y levantó un brazo para protegerse. Pero los deflectores aguantaron, y en una fracción de segundo la pinaza había pasado uniéndose a sus dos compañeros para realizar otra pasada.

Las pinazas eran de aproximadamente dos veces el tamaño de la cápsula salvavidas que Han y Fiolla habían robado. Eran rápidas, armadas hasta los dientes, y casi tan maniobrables como los cazas. Careciendo de hiperespacio, no era cuestión de correr más que ellas; el *Halcón* solamente podía plantarles cara combatiendo.

El carguero se inclinó y se deslizó lateralmente cuando Spray intentó una acción evasiva. Han, habiendo perdido su blanco, gritó en el micrófono del casco auricular.

—No haga nada, Spray. Simplemente acelere o frene para evitar las descargas y elimine su ventaja de velocidad. ¡Ninguna acrobacia aérea!

Spray redujo la velocidad del carguero. Dos de las pinazas se habían desviado a la derecha y la izquierda con la tercera entrando en un descenso en picado. Han soportó el fuego, sabiendo que estaban fuera de alcance, y aguardó su momento. Spray dirigió el carguero hacia lo más profundo de las altas montañas.

La pinaza que se había desviado hacia la izquierda entró bruscamente por debajo del *Halcón*. Han podía oír los disparos de las armas de Chewbacca cuando movió su propia torreta con sus cuatro cañones girando sobre un eje y elevándose sobre sus pernos en respuesta a las órdenes de los mandos.

Intentó cazar la pinaza que entró por debajo del *Halcón*. Las armas de fuego de la torreta respondieron minuciosamente al ajuste de sus controles. Las cuadrículas de puntería de la computadora calcularon el curso estimado de la pinaza, su velocidad, y por dónde aparecería. Han se acomodó en su asiento, empuñó los mangos con fuerza, y los cuatro cañones se movieron con él. Comenzó a disparar y las armas de la torreta lanzaron fuego rojo sobre el incursor. Sus disparos acertaron en el blanco, pero los escudos de la pinaza aguantaron y el piloto se las ingenió para evadir el fuego instantáneamente.

—¡Estafador! —aulló, rastreando la pinaza en un esfuerzo desesperado para volver a localizarla. Se produjo el sonido de una explosión distante y un rugido triunfante hizo ecos por el pasillo. Chewbacca había derribado al primero.

La tercera pinaza del barrido anterior mantenía un curso casi en ángulo recto directo hasta donde Han estaba apuntando. El recién llegado provocó un despliegue violento de fuego que fue absorbido por los escudos de la nave sin dañarla, al mismo tiempo que se producía una aceleración de los motores del *Halcón Milenario*. El escudo defensivo del carguero estaba a punto de caer, debido al castigo extremo al que había sido sometido por el fuego continuado de los asaltantes.

Comprendiendo que no podría alcanzar a la pinaza con sus disparos e ignorando su comunicador, Han gritó a través del pasillo:

—¡Chewie! ¡Uno en la Senda del Dinero!

Debido al diseño del *Halcón*, una esfera aplastada, y a la posición de sus baterías principales en la parte superior e inferior de la nave, los campos de fuego de sus torretas se superponían en una cuña que se extendía todo alrededor desde la cintura del carguero. Esta superposición era lo que Han y su segundo oficial llamaban La Senda del Dinero; las matanzas anotadas allí tenían más importancia ya que era una responsabilidad compartida. Su apuesta en pie era ver quien era el mejor de los dos en las torretas, llevándose doble puntuación el que acertase en la Senda del Dinero.

Pero ahora mismo a Han no le importa si acababa debiéndole hasta la camisa al wookiee. Chewbacca giró su arma rápidamente y a duras penas golpeó a la pinaza en su viaje por la Senda de Dinero, martilleando el aire detrás de ella con descargas de color rojo carmesí.

—Spray, mantén los ojos en los sensores de largo alcance —gritó Han en su micrófono—. ¡Si su nave insignia se acerca a hurtadillas a nosotros, Rastreadores Interestelares Limitada no tendrá nada que subastar exceptuando una nube de gas!

La pinaza que se le escapó a Chewbacca apareció en el campo de tiro de Han. Tiró de los controles, tratando de alcanzarla con sus disparos, pero el

piloto de la pinaza era rápido y sacó su nave de la línea de fuego antes de que sus escudos cayesen. El enemigo disparó hacia el casco superior del *Halcón Milenario*, y el carguero se sacudió. Han captó el olor a quemado de los sistemas de circuitos.

—Capitán Solo, hay una gran nave ascendiendo rápidamente desde el sudoeste. ¡En el curso actual nos interceptará en noventa segundos!

Han estaba demasiado ocupado para contestarle al rastreador. Escuchando el gruñido frustrado de su segundo oficial por el pasillo, al haber fallado por muy poco, vio la pinaza que se le había escapado al wookiee. Trazó un arco más allá de las mandíbulas de proa, y su piloto se desvió rápidamente cuando comprendió que había volado directamente hacia otra línea de fuego.

Han no se tomó la molestia a esperar que la computadora apuntase y rastreó el blanco a ojo, atrapando a la pinaza en el punto lento de su giro con un despliegue violento del armamento. Un segundo mas tarde la pinaza había desaparecido convertida en una bola de fuego y pedazos de metal.

La tercera pinaza venía rápidamente detrás de la otra, virando bruscamente para evitar la explosión de su compañero, giró, y volvió nuevamente a la Senda del Dinero. El fuego de Han y Chewbacca la abatió, convirtiéndose en una explosión de enorme violencia.

Han estaba instantáneamente en el pasillo, no molestándose en descender por la escalerilla, deslizándose con manos y pies por las barras laterales, preocupándose por la nave insignia que los iba a interceptar.

Cuando alcanzó el nivel principal de la cubierta, vio a Chewbacca subiendo los escalones detrás de él. El wookiee se rió con felicidad y Han lo miró desdeñosamente.

—¿Qué quieres decir con págame? Fui yo quien destruyó la nave en la Senda del Dinero. ¡Ni siquiera la tocaste!

Chewbacca gruñó mientras corrían hacia la cabina del piloto, dejando de lado por el momento el asunto de quién le debía a quién. Una vez que Chewbacca estaba en su puesto, Spray salió con dificultad del asiento del piloto, respirando con alivio cuando Han se dejó caer en él.

—La nave viene del sector uno-dos-cinco/uno-seis-cero —dijo Spray, pero Han ya había leído esa información en la pantalla. Giró el timón de la nave y aceleró, poniendo toda la potencia de los escudos deflectores en la popa con una mano, y abrochándose el cinturón de seguridad con la otra.

Spray había adquirido más altitud de la que a Han le habría gustado. Con el hiperespacio inoperante, la situación se resumía sencillamente a una carrera. Su mejor oportunidad para negar al enemigo disparos certeros era poner el planeta entre ellos y la nave atacante.

Todavía estaba aumentando la velocidad, provocando un retumbar en los motores cada vez más fuerte, cuando el *Halcón* fue sacudido por una explosión que les hizo rechinar los dientes. Verificando la información de las pantallas de combate, Han descubrió que la nave que los perseguía disparaba sus cañones a larga distancia, teniendo pocas posibilidades de que sus disparos penetrasen los escudos del carguero.

Su perseguidor era ciertamente la nave de los traficantes de esclavos, la presunta nave pirata que había atacado a la *Dama de Mindor*. Eso lo dejó desconcertado en lo concerniente a Fiolla y por qué el transceptor de la cápsula salvavidas estaba activado. *¿Querían los traficantes atrapar a Fiolla también?*

Ahora no tenía tiempo para pensarlo; la nave traficante estaba cerrando el cerco sobre ellos y nada de lo que él hiciese cambiaría eso. Era una nave muy bien armada, fácilmente de tres veces el tamaño del *Halcón Milenario*, y, por si fuera poco, rápida.

Si hubiésemos tenido tiempo para reactivar los motores de hiperimpulso, se decía a sí mismo continuamente, estaríamos dando el salto frente a sus narices ahora mismo.

Una voz crujió por un canal abierto en la consola de comunicaciones.

—¡Abandone el control de la nave, *Halcón Milenario*, o dispararemos inmediatamente! —Han reconoció la voz.

Cambió su casco auricular al modo de transmisión.

—¡Hoy no tendrás comida gratis, Magg!

El antiguo ayudante de Fiolla no dijo nada más. Los disparos de la nave de los traficantes se acercaron, y el nivel de energía de los escudos del *Halcón* pasó al rojo. Han disparó las armas por control remoto hacia popa. Los traficantes, con sus armas más pesadas seguían estando fuera de alcance.

Aunque Han voló siguiendo un camino tortuoso y evasivo, cortando el frío aire de Ammuud con un silbido de alta velocidad, sabía que la nave de los traficantes pronto estaría encima de ellos. Toda la esperanza que podía tener era pilotar, y, con un poco de suerte, disparar y lograr incapacitar a la nave de los traficantes.

Hizo un giro rápido con un ademán, deslizándose lateralmente cuando el fuego de los turboláseres pasó por estribor, desapareciendo por delante del *Halcón*.

Han pensó: *Todavía tenemos una oportunidad, a menos que...*

Cumpléndose su silencioso pensamiento, el carguero se bamboleó y se estremeció como si tuviese dolores de parto. Los instrumentos confirmaron que un potente rayo tractor había cogido al *Halcón*. Su máximo esfuerzo no consiguió liberar la nave.

Con el carguero atrapado firmemente por el rayo, la nave traficante se acercó rápidamente. En un momento, Han supo que su perseguidor estaría encima de ellos. Hizo un intento de no distraerse y sus manos volaron a través de la consola careciendo de tiempo para contar a su copiloto lo que estaba a punto de hacer.

Han propinó al *Halcón* toda su potencia, venciendo a duras penas el rayo tractor, redistribuyendo los escudos defensivos al máximo de su capacidad en la mitad superior del casco de su nave. Antes de que el alarmado piloto de la nave traficante supiese lo que ocurría, el *Halcón Milenario* ya había cambiado de dirección, poniendo al revés el campo del rayo tractor, y se zambulló bajo la nave. Evadir el rayo tractor bajo el casco de la nave esclavista requirió mucha energía adicional y la fuerza de propulsión del carguero había hecho trabajar demasiado a los motores; usando ambos, el empuje del rayo tractor y el propio empuje del *Halcón* con su rápido tonel, liberaron la nave.

Los oficiales de los controles de fuego de la nave traficante se quedaron atónitos y empezaron a redirigir sus armas, pero la brusquedad de la evasiva del carguero le había dado a Han la ventaja de la sorpresa.

Moviéndose a gran velocidad por debajo del casco de la nave traficante, Han disparó su torreta superior esperando con temor que sus escudos dejaran de funcionar en cualquier momento. Pero no lo hicieron, y la descabellada

acrobacia aérea de Han logró eludir todo el fuego de las baterías de la asombrada nave traficante.

De pronto, hubo una sacudida monumental. Ninguna de las alarmas o los indicadores luminosos de los paneles se encendieron. Chewbacca interpretó que no había daños, y bramó a Han, quien volvió a acelerar, dejando a la nave traficante que los siguiera si podía.

Han recurrió a Spray.

—Alguno de los nuevos sistemas que colocamos debe de haber sido tocado; pero no consigo ninguna lectura. Pruebe con la estación tecnológica delantera y vea si puede encontrar algo.

El rastreador se tambaleó completamente cuando estaba saliendo, dando bandazos en todas direcciones cuando la nave se estremeció a su alrededor. Alcanzando el compartimiento delantero, encontró a Fiolla y Bollux sentados en el sofá de aceleración. Desde la silla de la estación Spray empezó a examinar las lecturas, entrecerrando los ojos y revisando los escáneres y las pantallas, retorciéndose en la silla y rascándose nerviosamente la mano.

—¿Te duele todavía la mano, Spray? —preguntó Fiolla.

—No, mucho... —comenzó a decir, luego se cayó y giró su silla para mirar hacia ella con una expresión horrorizada—. Quiero decir...

—Los tratamientos regenerativos siempre producen picores en la piel, ¿no? —siguió Fiolla, ignorando sus protestas—. Has estado rascándote desde que llegamos. Solo me dijo que mordió la mano de quienquiera que fuese el que saltó sobre él en el hangar del espaciopuerto de Bonadan. Fue usted, ¿no?

Había muy poco de pregunta en su tono, pero sí de afirmación.

Spray estaba muy calmado.

—Olvidaba lo lista que es usted, Fiolla. Pues bien, sí, ¡fui yo!

El *Halcón* tembló otra vez; la nave traficante volvía a ganar terreno.

—Y también fue usted el que dejó activado el transceptor de la cápsula salvavidas, ¿verdad? —chasqueó los dedos—. ¿Pero cómo? Han tenía razón; usted no se había acercado a la cápsula en ningún momento.

—No lo hice —declaró Spray sobriamente—. Eso, puede creerlo. No esperaba que las cosas fuesen a ir tan lejos; aborrezco toda esta violencia inútil. Esto acabará pronto; tu ambicioso anterior ayudante está cerca.

Fiolla no podía dar crédito a todo lo que Spray estaba diciendo, y ella le dijo:

—Usted sabe que voy a decírselo a Han, ¿verdad?

Bollux giró los fotorreceptores de uno al otro, preguntándose si podría dejarlos solos el tiempo suficiente para ir a informar a Han de lo que había escuchado.

Entonces, el *Halcón* avanzó dando tumbos otra vez en respuesta a otra andanada.

—Dudo que eso signifique alguna diferencia ahora mismo —indicó Spray serenamente—. Y ahora mismo tus mejores cartas, Fiolla, serían cooperar conmigo; tu vida depende de ello.

Han y Chewbacca se habían quedado sin opciones. La nave esclavista los había vuelto a coger con su rayo tractor. Esta vez no salvarían la vida realizando un repentino cambio de sentido; la siguiente descarga penetraría los escudos y convertiría al *Halcón Milenario* en un resplandor explosivo. Han

disparaba con ahínco las últimas andanadas, en un intento fútil de evitar su muerte. Pero no se produjeron represalias. Chewbacca empezó a señalar los sensores y dio un bocinazo excitadamente. Han boqueó, queriendo frotarse los ojos, ante el tamaño de la nave que se acercaba por la popa de los traficantes.

Era un viejo destructor de la clase Victoria de los «Espos», de cerca de un kilómetro de largo, una verdadera fortaleza espacial blindada. De dónde venía, no era tan importante para Han como lo que podría hacer. El rayo tractor que tenía inmovilizado al *Halcón* se disipó; la nave de los traficantes también había visto el destructor, y no querían que los atrapasen. Pero la nave de batalla de la Agencia de Seguridad también tenía sus propios rayos tractores, más poderosos que los de los traficantes. Repentinamente, el *Halcón Milenario* y su perseguidor fueron inmovilizados en un agarre inflexible e invisible.

Alguien a bordo de la nave traficante tuvo la mala idea de disparar contra el destructor. Las descargas se esparcieron por los inmensos escudos de la nave sin posibilidades de dañar la nave, y una torreta turboláser de un costado de la nave de guerra contestó, abriendo un enorme hueco en el casco de la nave traficante y evaporando la mayor parte de su central eléctrica. La nave traficante no ofreció más resistencia y comenzó a desplazarse hacia la bahía de ataque en la panza del destructor.

El sistema de comunicaciones del *Halcón* emitió un mensaje general.

—A todo el personal en las naves capturadas, sigan las instrucciones y no ofrezca resistencia —había algo familiar en aquella voz—. Desconecten sus motores y cierren todos los sistemas excepto el de comunicaciones.

Debido a que la nave traficante ya estaba entrando en el hangar del destructor, el *Halcón* comenzó a descender a tierra, con la vasta masa del destructor colocándose en cima de él, bloqueando la visión del cielo. Relajándose frente a lo inevitable, Han extendió el tren de aterrizaje de su nave; el *Halcón* nunca podría liberarse de aquel rayo tractor, y Han ya había visto lo estúpido que había sido disparar al destructor. Apagó los motores y cortó la energía de las armas, los escudos, los tractores y los sensores.

Le dio un codazo a su socio.

—Ten preparado tu arco; tal vez podamos hacer algo cuando estemos fuera.

Si lograban escaparse, quizá al Mor Glayyd le gustaría contratar a un par de buenos pilotos. En cualquier caso, no había nada por lo que preocuparse, excepto a qué periódicos se suscribirían mientras estuvieran en prisión. Pero Han pensaba darles guerra.

La nave de los «Espos» descendió hasta que estuvo a no más de cincuenta metros por encima del inmovilizado *Halcón*. Inclínándose hacia adelante en la cabina del piloto, Han podía ver la nave cautiva de los traficantes. Un pasillo de abordaje, sin duda atestado con tropas de asalto acorazadas de la «Espo», se estaba extendiendo y fijándose a la escotilla principal de la nave de los traficantes de esclavos.

Ahora, Magg, a ver si te gusta que te lo hagan a ti, pensó Han. Sólo fue un nudo de satisfacción en su larga cuerda de mala suerte, pero algo era algo y lo saboreó mientras pudo.

De otra escotilla del destructor, apareció una jaula de seguridad, moviéndose hacia abajo llevada por un rayo tractor, bajando lenta y silenciosamente. La jaula de seguridad era circular, como una cesta con barandillas altas y un cabestrillo aéreo para conectarla a un elevador. Dentro de la jaula, donde Han había esperado una bandada de «Espos», solamente

había un hombre, el mismo que había hablado por el sistema de comunicaciones momentos antes. Era Gallandro, el pistolero.

XIII

Gallandro se acercó al *Halcón* con paso tranquilo. Cuando se detuvo, contemplando la cabina del piloto, su mano se posó sobre su cinturón y subió algo. Un momento más tarde la voz del pistolero sonó por el sistema de comunicaciones, obviamente canalizada directamente a través de la nave de guerra «Espo».

¿Solo, puede oírme usted? —en vez de dar una respuesta, Han encendió una vez las luces de posición—. ¡Oh, vamos, Solo! ¿Cómo puede ser usted tan hosco con el hombre que le salvó el pellejo?

Fácilmente, reflexionó Han, *porque eres muy hábil y rápido con un bláster*. Pero abrió un canal por el micrófono del casco auricular.

—Te toca a ti, Gallandro.

Hubo satisfacción en el tono de voz de Gallandro.

—Eso está mejor. ¿No es la cordialidad más agradable? Estoy seguro que puedes comprender como son las cosas realmente, Solo. Sin más, es usted un pragmático. Abra tranquilamente la escotilla y baje de la nave, y si es usted tan bondadoso terminaremos con este asunto.

Han consideró sugerirle a Gallandro que se sentase en un convertidor, pero al levantar la mirada hacia la gran barriga del destructor cambió de idea. Los emplazamientos turboláser, baterías gemelas y de cuatro cañones, los tubos lanzamisiles, y los proyectores de haces tractores estaban apuntado todos hacia el carguero. *Una mala jugada y todos nos convertiremos en energía*. Suspiró y desabrochó su cinturón de seguridad. Quizá algo en el exterior cambiaría la situación, pero sabía que nada de lo que hiciese desde la cabina del piloto podría ayudarles. Se giró y descubrió que Spray estaba en la parte de atrás de la cabina del piloto, observándole. Un momento después Fiolla apareció junto al tynnano. Pensó que quizás podría utilizarla a ella como rehén, pero en vista del número de veces que había puesto su vida en peligro, dudó que amenazar su vida disuadiría a Gallandro; el hombre, parecía saber lo que era la verdadera crueldad. Además, Han no estaba seguro que Gallandro creyese que Han la podría matar a sangre fría, incluso en la situación actual.

—Tus amigos han aparecido —le dijo Han fieramente—. La Autoridad tiene la situación en sus manos. Parece que conseguirás tu ascenso, Fiolla.

Ella se movió hacia la escotilla principal. Spray miró a Han de modo extraño, y luego la siguió. Encontrando a Bollux en el pasillo, Han inclinó la cabeza hacia él.

—Entra en la cabina del piloto y mantén un fotorreceptor alerta, viejo amigo. Si no regresamos la nave es tuya, a menos que Rastreadores Interestelares Limitada se la apropie. Buena suerte; el negocio ha ido mal últimamente.

Cuando Han abrió la escotilla de la nave, encontró a Gallandro esperándoles al pie de la rampa. El pistolero encontró su mirada fija con una inclinación educada de la cabeza.

—Le mencioné, capitán, que quizá habría otra ocasión.

La invitación era obvia. Han pensó en el seguro de su bláster pero, recordando la increíble velocidad de Gallandro, desechó la idea por el momento, decidiendo que podría tomar esa alternativa más tarde. Han estaba preparado para creer que ese hombre era mejor o por lo menos igual con un arma portátil.

Gallandro vio la indecisión en su expresión y mostró cierta decepción.

—Muy bien entonces, Solo. Puede conservar a su bláster por ahora, por si cambia de idea. Supongo que no necesita que le diga la cantidad de armas que están apuntándole ahora mismo; por favor, no haga ningún movimiento sospechoso sin decírmelo antes.

Han y Chewbacca bajaron hacia los lados opuestos del pie de la rampa, pero Gallandro se mantenía lo suficientemente lejos como para verlos a los dos a la vez. El wookiee, consciente de la situación tanto como Han, conservó su arco de energía colgado en su hombro.

Han esperaba ver un largo saludo o como mínimo una bienvenida cordial para Fiolla. Pero Gallandro solamente le concedió una sonrisa afable y abierta, y esperó impacientemente.

Spray bajó el último, con su andar contoneante ligeramente disparejo, con su cola cepillando la rampa; un poco de humedad de su reciente baño asomaba aún por su peluda piel. Gallandro se inclinó ante él deferentemente, aunque el pistolero nunca perdió de vista a Han.

—Odumin —dijo Gallandro—, bienvenido, señor. Ha conseguido que otro proyecto termine satisfactoriamente. Veo que no ha perdido usted su habilidad para el trabajo de campo.

Spray hizo un gesto despreciativo, entrecerrando los ojos mirando al alto y aristocrático pistolero.

—Tuve suerte, viejo amigo. Debo confesar que prefiero el trabajo de gerencia.

Han, quien había estado boqueando mirando de uno al otro mientras que Chewbacca no hizo nada para estrangular sus gemidos, finalmente dijo:

—¿Odumin? ¿Usted es el gerente territorial? Por qué, gusano traidor y rebelde, debería... —pero las palabras no eran suficientes para describir lo que sentía.

—Eso no es necesario, capitán —dijo Spray, con su voz sonando herida—. Comencé como un rastreador, ¿sabe? Pero me moví por la estructura de la Autoridad del Sector Corporativo, cuando era conveniente, y como un humano, usé a otros como intermediarios y permanecí como una figura anónima. En este negocio de esclavitud, que se extiende incluso por mis propios asistentes y oficiales de la Agencia de Seguridad, me encontré en la obligación de realizar mis propias averiguaciones con la ayuda de algunos asistentes de total confianza como Gallandro aquí presente.

Juntó sus dedos palmeados y asumió la apariencia introspectiva de un maestro. Han se encontró escuchando a pesar de su furia.

—Era un problema muy complejo —comenzó Spray/Odumin—. Primero, estaba esa prueba que usted descubrió en el cadáver de Zlarb, que, como parece, le guió a hasta Bonadan y eso me convenció de que era un traficante de esclavos. En el espaciopuerto, cuando se dirigió hacia el hangar, llegué a la conclusión de que iba a dejar el planeta. Había materiales a mano, un par de guantes de trabajo y un disolvente industrial que podría ser utilizado como anestésico; eso me hizo tomar la decisión excesivamente apresurada de tratar de obtener de usted la información que poseía y que le hacía sospechoso para sus, umm, aliados. Pero resultó ser usted un hombre ingenioso, capitán.

Han bufó.

—Todavía no puedo creer que usted tuviese agallas para saltar sobre mí, incluso sin luces.

Spray se estiró en toda su altura.

—No cometa el mismo error que tantos otros han cometido; soy más capaz de lo que parezco. Con su vista neutralizada, usted hubiese caído mareado por las emanaciones antes que yo; yo, después de todo, puedo contener la respiración por períodos prolongados. Pero después de nuestra pelea, Gallandro, que había estado vigilándole a usted, me informó sobre su verdadera identidad. Decidí que había encontrado mi solución.

Las cejas de Han se arquearon.

—¿Su solución?

Spray recurrió a Chewbacca.

—¿Te acuerdas de que nuestra partida en el tablero de juegos y la octava táctica de Ilthmar, la de utilizar un combatiente solitario enviado para confundir al adversario? Capitán Solo, usted era esa pieza, y mi solución. Los traficantes sabían que no era un Agente de Seguridad y que no podría recurrir a las autoridades jurídicas. Usted me obligó a realizar actos que los hiciesen vulnerables, como usted puede ver.

Eso hizo a Han recordar otra cosa. Miró hacia Fiolla.

—¿Y usted?

Spray respondió por ella.

—Oh, ella es precisamente lo que dijo que es: una empleada ambiciosa, agresiva, y leal. La limpieza requerida en la Autoridad a causa de este negocio dejará algunos puestos de trabajo de primera en mi organización; pienso ver a Fiolla adecuadamente recompensada. Creo, que el puesto de asistente del gerente territorial quedará vacante muy pronto.

—Un trabajo de lujo con la Autoridad —riñó Han—, la peor pandilla de saqueadores que alguna vez infestaron el espacio.

—No todo el mundo en la Autoridad está corrompido, Han —dijo Fiolla—. Pero alguien desde dentro puede cambiar las cosas, como Spray trata de hacer: Si alguien está en una posición adecuada, puede hacer gran cantidad de bien.

—¿Lo ve? —la pregunta de Spray estaba llena de aprobación—. Nuestras actitudes son complementarias. Con todo su atrevimiento y habilidad, capitán, usted nunca hará un daño apreciable a una organización del tamaño y la riqueza de la Autoridad. Personas como Fiolla o yo mismo, trabajando desde dentro, podemos lograr lo que los blásters no pueden hacer. ¿Cómo puede echarle la culpa por eso?

Para evitar contestar, Han miró hacia Gallandro.

—¿Y qué hay sobre el reto?

La mano del pistolero se movió simulando un despido.

—El clan Glayyd constituía un problema particular; sus registros están conectados a un interruptor de autodestrucción vigilado por miembros leales al clan. No podríamos arriesgarnos a entrar y coger las pruebas sin destruirlas en el intento. El anciano Mor Glayyd desconfiaba de los traficantes y ellos pensaron que serían capaces de conseguir su ayuda por medio de la fuerza del dinero. No es el tipo de fe en la naturaleza humana, como ve. Los traficantes le hicieron ofertas secretas al clan Reesbon y cuando el anciano Mor Glayyd se enteró de ellas, contactó con Spray, temiendo que su clan iba a ser traicionado. Fue envenenado poco después, claro está, en parte por la sugerencia de Zlarb, según parece.

»Les precedí a todos ustedes llegando aquí; después de que el *Halcón* hizo su aterrizaje de emergencia, Odumin... lo siento, señor... Spray contactó

conmigo. Vi una oportunidad en la peculiar estructura de su Código para hacer que el clan Glayyd estuviera en deuda con usted, Solo. No me costó mucho integrarme con los Reesbon, y viendo lo preocupados que estaban por el asunto, tuvieron la idea de hacerme retar a duelo al nuevo Mor Glayyd.

—Una inspiración maravillosa —aplaudió Spray—. ¿Y fue también tuya la idea de que los Reesbon conspirasen para activar el transceptor de la cápsula salvavidas?

Gallandro se encogió modestamente de hombros, retorciendo su bigote. Han quiso reprochárselo. Y a todos los demás presentes.

—Espera un momento, Spray —objetó—. ¿Cómo contacto con él? Usted estaba perdido aquí en las montañas.

Spray se desilusionó repentinamente.

—Er, sí. Había técnicos de comunicaciones esperando mi señal, pero enviarla requería un uso prolongado de las instalaciones del *Halcón* en caso de que Gallandro no estuviese disponible inmediatamente.

Spray se giró hacia el wookiee.

—Y eso quiere decir que le debo una disculpa. Para mantenerle a distancia de la nave el tiempo necesario atemorice a aquellos herbívoros provocando la estampida con un arma de señales luminosas, queriendo solamente dejarle aislado en la cordillera por un tiempo. No tenía ni idea de que hubiese tantos de ellos, o que usted podría acabar en peligro. Lo siento de verdad.

Chewbacca fingió no oírle, y Spray no insistió en el asunto.

—Así que usted es simplemente otro asesino a sueldo —Han dijo a Gallandro—. ¿Es así? ¿Un recadero en la cadena de la Autoridad?

El pistolero parecía divertido.

—Tiene todo el tiempo del mundo para intentar sentenciarme, Solo, mientras que yo ya he estado en su lugar. He hecho todo esto antes que usted, pero me cansé de esperar a morir de alguna manera sin sentido. Así es que he dejado de dormir con un ojo abierto, y a cambio he conseguido un futuro. No se sorprenda si en algún momento acaba igual que yo.

Nunca, Han pensó, pero descubrió que Gallandro era ahora un puzzle mas complicado.

—Con Magg y los demás en la nave esclavista, y las pruebas que han salido a la luz, creo que nuestro caso será irrefutable —dijo Spray con satisfacción.

—Luego, ¿no nos necesitará? —dijo Han con esperanza.

—Eso no es totalmente cierto —admitió el gerente territorial—. Siento no poderles dejar ir, aunque haré lo que pueda para obtener la indulgencia para todos ustedes.

Han puso cara escéptica.

—¿De un Tribunal de la Autoridad?

Spray parecía dolido, mirando con los ojos entrecerrados a Han. Viendo la jaula vacía de seguridad, dijo:

—Gallandro, ¿no trajo hombres? ¿Quién va pilotar el *Halcón de Milenio* de regreso al espaciopuerto?

—Lo harán ellos —anunció Gallandro, indicando a Han y Chewbacca—. Yo iré con ellos, para asegurarme de que se comportan.

Spray cabeceaba vigorosamente.

—Eso es una absoluta imprudencia. ¡Es un riesgo innecesario! Sé que no le agradó retractarse de su reto, pero era su trabajo. ¡No hay necesidad de ser provocador!

—Los controlaré —Gallandro repitió serenamente—. No olvide que trabajo para usted con ciertas condiciones acordadas.

—Sí —ceceó Spray suavemente para sí mismo, acariciando sus bigotes. Recurrió a Han—. Esto es cosa de Gallandro; no puedo interferir. Le aconsejo enfáticamente no realizar actos imprudentes en su contra, capitán Solo —extendió su pata, ofreciéndosela a modo de amistad—. Buena suerte.

Han ignoró la mano extendida, clavando directamente los ojos en Fiolla, quien no se atrevía a mirarle. Spray miró hacia Chewbacca, pero el wookiee llamativamente sujetó ambas manos en el cabestrillo de su arco de energía y miró perdidamente hacia delante. El gerente territorial tristemente retiró su mano.

—Si consiguen evitar el encarcelamiento, les aconsejaría que abandonasen el espacio de la Autoridad lo más rápido que puedan y que no regresasen nunca. Fiolla, sería mejor que nos fuésemos. Oh, y Gallandro, por favor, asegúrese de obtener la placa de datos de Zlarb del capitán Solo.

Se puso en camino con un deambular lento, con su cola arrastrándola sobre el suelo rocoso. Fiolla le siguió sin mirar atrás. Gallandro extendió su mano hacia Chewbacca.

—Creo que no puedo permitirle estar armado, mi alto amigo. Tomaré el arco de energía.

Chewbacca gruñó, mostrando sus largos colmillos, y podría haber intentado un tiroteo. Pero, sin duda, el pistolero podría matar al wookiee donde estaba y seguramente a Han también. Al menos, Gallandro parecía lo suficientemente confiado en que podría hacerlo.

—Dáselo, Chewie —ordenó Han. El wookiee le miró, y gruñó nuevamente a Gallandro, y a regañadientes entregó su arma. Gallandro tuvo el cuidado de permanecer fuera del alcance de aquellos brazos cubiertos de pelo. Gesticulando hacia la rampa, los invitó a subir a bordo.

—Es el momento, capitán Solo —dijo el pistolero. Han estuvo de acuerdo con él, y precedió a Gallandro rampa arriba.

—Ahora —dijo Gallandro con satisfacción cuando estaban a bordo—, si su copiloto es tan amable de preparar la nave, usted y yo iremos a por esa placa de datos —captó la mirada de Chewbacca—. Prepare solamente los motores, y no haga nada imprudente, amigo mío; la vida de su compañero depende de ello.

El wookiee comenzó a caminar y Han se movió hacia la parte trasera. El estrecho cubículo estaba desordenado, igual que la última vez que lo había visto, con ropas y equipo desparramados sobre la litera, la silla y el diminuto escritorio. La red de contención de la litera estaba desabrochada y colgaba de un mamparo. Una bandeja de comidas estaba encima del lector del escritorio.

Han ignoró el desorden y dio un paso hacia su minúsculo armario cuando Gallandro le apuntó con el arco de energía. Con el pistolero observándole cuidadosamente, Han metió su mano derecha en el bolsillo interior de su abrigo térmico, palpando en busca de la caja de seguridad de Zlarb. Pero mientras la buscaba a tientas encontró el clip de la caja enganchado en el borde del bolsillo.

¡Ese gran y feo wookiee es un genio! Han pensó, instantáneamente cubriendo el botón desarmado con su dedo índice y sacándolo, separándolo de su clip. Se lo ofreció al pistolero.

Gallandro estiró su mano derecha. Se le había ocurrido que Solo podría aprovecharse de la breve distracción y coger su bláster mientras la mano derecha de Gallandro sostenía la caja. Se sintió feliz dejando que Han probara suerte si quería. Pero mientras las manos derechas de ambos hombres estaban todavía en la caja de seguridad, Han simplemente quitó el dedo del seguro.

Los dos dieron un grito por el shock de la neuro-parálisis que dejó sus manos como si tuviesen el frío del cero absoluto. La caja de seguridad rodó por la cubierta cuando las manos entumecidas no pudieron sujetarla. Gallandro apretó sus dientes y miró furioso a Han, quien lenta y cautelosamente le dio un golpecito al seguro de su pistolera. La mano izquierda de Gallandro descendió hacia su arma enfundada pero se dio cuenta qué era un movimiento un tanto embarazoso y Han no había cogido aún su bláster. Han tiró de su cinturón hasta que su bláster estaba al otro lado, sobre su cadera izquierda. La sonrisa de Gallandro había desaparecido, e hizo lo mismo con su propia pistolera. Ahora, sus manos estaban cerca de las armas.

—Tuve que cambiar un poco las posibilidades —Han sonrió abiertamente—. Espero que no le moleste. Siempre que usted está listo, Gallandro. El escenario es suyo.

El labio superior del pistolero sujetaba gotas de sudor entre las hebras de su bigote. Su mano comenzó a tensarse, con los dedos preparándose para una tarea poco familiar. Han casi cogió su arma, pero se reprimió agudamente. Gallandro tenía que ser el que debía decidirse.

La mano izquierda del pistolero se cayó con holgura, cuando abandonó el esfuerzo. Chewbacca, incapaz de ignorar las protestas que había escuchado, apareció en la escotilla. Han arrebató el bláster de la pistolera labrada de Gallandro y la tiró a la altura de la cintura de su segundo oficial cuando apareció detrás de él.

—¡Encárgate de él! ¡Voy a ver si puedo sacarnos de aquí!

Leyendo los instrumentos en el momento en que entraba en completa carrera en la cabina del piloto, se detuvo con el talón de su pierna izquierda contra la consola y llegó de un salto a su asiento. Los motores estaban calientes, pero por órdenes de Gallandro las armas, los escudos, y todos los demás sistemas incluyendo las comunicaciones estaban desconectados. El shock neurológico no había sido lisiante; la sensibilidad en su brazo derecho estaba volviendo. *Todo esto no me hará bien*, frunció el ceño. Se quedó asustado del poco tiempo que había pasado desde que habían entrado en la nave; Spray y Fiolla apenas habían terminado la caminata de regreso a la jaula.

Arremetió su puño contra la consola.

—¡Mira esto! Si tuviese potencia de fuego tendría dos rehenes perfectos bajo mis armas. O si tuviese rayos tractores, podría transportarles de regreso aquí.

—Hay otras formas de manejar la carga aparte de los rayos tractores —dijo un vocalizador agudo—, ¿no es verdad, Bollux?

—Max Azul está en lo cierto, señor —pronunció lenta y pesadamente el droide desde el asiento del navegante, desde el cual había estado observando la situación con sus fotorreceptores y las placas del pecho abiertas—. Como un ascensor de obreros —el droide apuntaba con el dedo hacia fuera.

Han lo cortó con un grito de guerra espeluznante hacia atrás esperando que su copiloto lo escuchase.

—¡Chewie! Agárrate a tu peluda piel. ¡Vamos a hacer un intento desesperado!

Han imprimió plena potencia al motor, dando al *Halcón Milenario* toda su aceleración, y frenando precipitadamente bajo la barriga del destructor, replegando tren de aterrizaje cuando despegó. Aún con los propulsores de frenado a tope, hizo un giro cerrado, que lo lanzó a él mismo contra la consola mientras Bollux forcejeaba para obtener un blanco; apuntando torpemente, y aplicando más potencia.

La jaula de seguridad, suspendida a medio camino por su haz tractor, se acercó a una velocidad increíble. Con más instinto que habilidad, Han hizo minuciosamente las correcciones en su curso y volvió a accionar los propulsores de frenado. La mandíbula inferior del arco de estribor de la nave, enganchó la jaula por el cabestrillo.

Han aceleró nuevamente, con cuidado pero sumamente rápido, arrancando a tirones la jaula del agarre del rayo tractor.

—Hacedlo, venga, hacedlo —bufó hacia el gigantesco destructor, cuyas armas estaban rastreándole—. Disparad contra mí. ¡Así convertiréis a vuestro gerente territorial en partículas!

Pero no hubo disparos. El *Halcón* aulló saliendo de debajo de la barriga de la nave de guerra «Espo». Todo había sucedido a tal velocidad, que Han había atrapado la jaula antes de que los oficiales de los controles de fuego del destructor hubieran decidido qué hacer. Ahora estaban impotentes, sin posibilidad de intervenir, evitando poner en peligro a su superior. Pero el destructor ascendió majestuosamente y siguió al carguero de cerca. Han estaba fuera de sí; riéndose, aullando, y pataleando con sus botas sobre la cubierta, pero pilotó la nave con la máxima cautela. Si les ocurría cualquier cosa a Spray y Fiolla, la nave de guerra borraría del mapa al *Halcón*. Descubrió que el cabestrillo de la jaula parecía firmemente sujeto en la mandíbula de la nave.

Chewbacca apareció, empujando a un desgredado Gallandro ante él. El wookiee tiró al pistolero hacia el asiento de la terminal del oficial de comunicaciones, y luego se sentó en su sitio. Gallandro estaba alisando sus bigotes y sus ropas.

—¿Solo, es necesario que este enorme cuerpo esté vigilándome todo el tiempo? —entonces se dio cuenta de lo que pasaba y una admiración avarienta salió de su voz—. Parece que ha obtenido ventaja. Felicitaciones, Solo, pero controle lo que hace. El gerente territorial es una persona sumamente razonable y estoy seguro de que accederá a cualquier término que exija. Supongo que su liberación incondicional sería demasiado pedir. Oh, y quizá luego podemos probar un desempate, más bien por curiosidad: puede vaciar primero el cargador de mi pistola si usted quiere; simplemente me gustaría saber qué es lo que habría ocurrido.

Han le lanzó una mirada rápida y arrogante, y volvió a dedicarse a la tarea de pilotar el *Halcón* suave y tranquilamente a través de los altos picos rocosos de Ammuud.

—Pagarías por saber el resultado, ¿verdad, Gallandro?

El pistolero inclinó la cabeza atentamente.

—Por supuesto. ¿En qué estaría pensando? No habrá otras ocasiones, capitán. Esas circunstancias eran únicas.

Ambos sabían que eso era cierto; Han soportó su próxima burla.

—Si gira su brazo puede activar la consola de comunicaciones y contactar con el comandante de esa nave de ahí detrás. Dígale que quiero el tiempo necesario para terminar las reparaciones en el *Halcón* y un poco más para obtener algo de ventaja. Y no haga heroicidades, o recogerán a Spray con carpetas.

—Las condiciones son aceptables —le reconfortó serenamente Gallandro—, con garantías suficientes para ambos bandos.

Gallandro se puso a trabajar en la consola de comunicaciones.

Han redujo la velocidad, satisfecho de que no habría represalias de los «Espos». Golpeó con los nudillos el brazo de su copiloto.

—Fue una buena idea. ¿Qué te hizo improvisar activar el clip de la caja de seguridad?

El wookiee contestó con una retahíla de rugidos y gruñidos en su idioma. Han giró la cara hacia delante, para evitar que su expresión estuviese a la vista. Era improbable que Gallandro entendiese el idioma del wookiee, y no descubriría nada, a menos que viese la cara del piloto, y cómo le había desconcertado la respuesta de Chewbacca.

Porque Chewbacca no había conectado el clip de la caja de seguridad. Y eso dejaba solamente a otra persona que sabía donde se encontraba la caja de seguridad. Han estaba medio de pie e inclinado mirando hacia abajo a través del pabellón a la jaula de seguridad que se mecía suavemente. Spray estaba agazapado con cara de abatimiento en la esquina de la jaula, con los dedos palmeados agarrando la barandilla. Hacía un valeroso esfuerzo para tratar de no parecer mareado cuando se producían los repentinos cambios de rumbo. Han pensaba que, aún con esta vuelta de la tortilla, había sido un buen día para el gerente territorial; pensó en negociar con Spray antes de que volvieran a separarse de nuevo.

Fiolla, a diferencia de su superior, parecía vigorosa, más o menos en posición vertical, agarrada al cabestrillo y mirando fijamente hacia la cabina del piloto. Cuándo ella vio a Han mirando hacia abajo, una lenta y confidencial sonrisa cruzó su cara. Sabiendo qué ella podía leer el movimiento cinético más leve, Han pronunció: *Serás un miembro de la junta directiva muy sagaz*. Han vio una sonrisa salir de sus labios e hizo un giro burlón con la cabeza. Han volvió a deslizarse sobre su asiento. Gallandro había detenido al destructor y discutía con su capitán.

—Solamente tendría que soltar a uno de mis rehenes desde un poco más alto —interrumpió Han— para asegurarme que cumple su parte del trato hasta el final —Gallandro hizo girar su silla con cara de sorpresa—. Y no se haga el duro, Gallandro; los recuperarán a los dos si mantiene su palabra —Han volvió a concentrarse en pilotar, comprobando los sensores en busca de un lugar adecuado para aterrizar. Un pensamiento más se le ocurrió repentinamente—. Por cierto, Gallandro, infórmese de cuanto dinero en efectivo disponen en su bóveda de seguridad —y se rió disimuladamente ante el ladrido inquisitivo de Chewbacca—. ¿Qué quieres decir con para qué? Alguien nos debe diez mil créditos por los servicios prestados, ¿o lo habías olvidado?

Gallandro, con los dientes apretados, remontó su discusión con el capitán «Espo». Las carcajadas de felicidad de Chewbacca resonaron cuando el wookiee golpeó el brazo de su asiento, provocando vibraciones que viajaron a través de la cubierta. Han se inclinó hacia adelante otra vez y lanzó un sincero beso a Fiolla.

FIN